3 1761 09546537 3

MEMORANDA

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

LS
24387
me

B. PÉREZ GALDÓS

MEMORANDA

Paco Navarro—La Reina Isabel
La casa de Shakespeare—Pereda—Cuarenta leguas por
Cantabria—Clarín—Ferreras—Don Ramón de la Cruz
y su época—Niñerías—Soñemos, alma, soñemos—Rura
¿Más paciencia?—La República de las Letras

3.000

98880
12/10/09

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1906

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

PACO NAVARRO [1]

I

Venimos á la conmemoración de Navarro Ledesma con el propósito de añadir á las honras académicas la ofrenda de nuestros corazones; queremos transmitir, así á las lejanías de ultratumba como á las esferas próximas y á toda la generación viva, los testimonios del cariño que profesábamos al grande ingenio, al hombre bueno y afable, cuya amistad fué una de las pocas flores que han embellecido y alegrado nuestra existencia. Aquí, donde la labor literaria es penosa, casi penal, y la pluma como un remo de galeras; donde los caminos son ásperos, difíciles, el fin de ellos nunca dispuesto para el reposo, la tarea inmensa, el provecho corto, insegura el aura del favor, apremiante y severo el exigir, voluble y frío el recompensar, no viviríamos si en esta carrera no nos alentase el afecto del ami-

(1) No fué leído este artículo en la velada del Ateneo por apremios del tiempo, que dilataron su terminación.

go que á nuestro lado camina jadeante, y no compartiéramos con él, y él con nosotros, las breves alegrías y sinsabores largos que forman la trama vital en este oficio duro. Consagremos, pues, nuestros homenajes más fervientes al compañero y amigo, que pronto fué maestro; al modelador infatigable de formas literarias y forjador de armas para la crítica; al que en la lucha desplegó la más grande abnegación y constancia de que hay memoria, pues no cejó un solo instante ni conoció el descanso hasta que con súbita fatalidad se lo dió la muerte.

Mantengamos siempre viva la memoria de aquel atleta, ejemplo de increíble tenacidad en la labor del entendimiento. Trabajaba Navarro como si sobre él pesara una dura penitencia ó castigo impuestos por deidad inexorable. Era un español de la rama más linajuda y vigorosa, la rama ascética, que vive, alienta y muere dentro de la obligación que le imponen sus fines altruístas y espirituales, con doloroso sacrificio del sér propio. Y en su castizo españolismo se marcaba también claramente la progenie castellana, latina y humanista, que hace á los hombres estudiosos y alegres, ambiciosos de saber y gustosos de la hermosura clásica, así como del vivir ameno y dulce en el seno amoroso del bienestar y de la abundancia. Tal era el sér complejo de Navarro Ledesma: ascético para el trabajo, inflexible en los deberes, horaciano en el concepto de la vida modestamente cómoda y

regalada sin exceso, en grata compañía de buenos y probados amigos. Su trato cariñoso, y su saber cada día mayor y más ameno, adquirido tanto en los libros como en el mundo, eran un bien demasiado hermoso ¡ay! para que durara.

Hombre de fecundísimo ingenio y cultura extensa, y además dotado de activa voluntad, había de tener pacto con el tiempo para que éste no le faltara en tantos y tan apremiantes quehaceres. Así, cuando acudió á merecer la cátedra del Instituto en ruda contienda, le vimos acopiar en meses toda la erudición crítica de las letras españolas desde los siglos remotos hasta nuestros días; y posteriormente, cuando ideó y emprendió su magno libro del *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes*, nos asombró la presteza con que el historiador, poeta y erudito, pudo apropiarse los materiales para el insigne monumento y aderezarlos con tan soberano arte y tanta destreza y gracia. Y el que en esta empresa colosal ponía su espíritu, aún reservaba una parte de él para desparramarla con increíble fecundidad en el sin fin de trabajos sueltos destinados á engalanar la prensa pequeña y la grande: juicios graves de sucesos públicos, apuntes críticos, comentarios chanceros de picante humorismo, flores diversas, ricas de color y frescura, con algún ramo de aliaga ó de ortigas.

Si maravillosa sería esta continuada emisión de ideas en una naturaleza que uniese al vigor mental el vigor físico, mayor ad-

miración nos causa en el hombre que pasó sus años floridos agobiado por crueles dolencias. Los que le vimos en trances morbosos muy graves, acechado por la muerte, pudimos apreciar el gallardo tesón con que el enfermo se desprendía de los brazos del dolor para lanzarse con brío á los afanes de la vida mental. Y verdaderamente inaudito fué que, afligido el cuerpo de Navarro de complejos achaques, se mantuviera siempre su entendimiento equilibrado y fresco, y que sus ideas no revelaran pesimismo ni melancólica negrura, sino más bien vitalidad, esperanza y alegría. El hombre doliente se ocultaba bajo la exuberante lozanía de un ingenio siempre sereno, gracioso y fecundo. Nunca se vió un espíritu tan sano en cuerpo tan enfermo.

Por esta fortaleza de su grande espíritu pudo Navarro, en pocos años, recorrer toda la escala que de las tentativas juveniles conduce al magisterio literario y á los altos sitiales de la gloria. Glorioso fué el último año de su desgraciada vida, en el cual le vimos rehecho de sus quebrantos de salud, y al parecer bueno, y con alientos y cuerda para muchos años. Creyérase que la Naturaleza, al sentenciarle á muerte, quiso también que en breve tiempo y espacio diera el hermoso árbol sus flores más bellas y su fruto más sabroso. En el año que había de finalizar aquella preciosa existencia, llegaron las cualidades mentales de nuestro amigo á su máximo desarrollo y esplendor, su

saber á la mayor riqueza de conocimientos, adquiridos en libros rancios y libros nuevos, en los viajes y en la sagaz observación de la vida. Enfocados aquellos días desde los presentes, creemos ver en el ocaso glorioso de Navarro Ledesma el sutil humorismo y la dulce tolerancia de los hombres que han vivido mucho y allegado todo el caudal que dan las lecturas y la experiencia, y se aproximan con serena majestad al último día de su existencia mortal. Hallábase en la plenitud de su talento; dominaba el campo inmenso de la Humanidad, y había llegado á poseer el reposo filosófico de los grandes viejos que esparcen toda su luz mental al derivar hacia la tumba. Sus treinta y cinco años decoraron su cabeza con nobles canas, y pusieron tempranamente en su rostro la sonrisa paternal.

II

No obstante, si por estar tan juntos el prodigioso libro de Cervantes y la muerte de su autor, vemos en la figura de éste la integral fructificación de un ingenio, hemos de reconocer que no nos dejó Navarro toda la substancia de su sér como poeta y erudito. A la otra vida se llevó hermosos planes, producto de juvenil ambición no satisfecha sino en muy pequeña parte. La muerte nos ha privado de una resurrección de Lope, no

menos bella que la de Cervantes, pues, á juicio de Navarro, el creador del Teatro español nos dió en su vida el más intenso y humano de los dramas. Hemos perdido además un Hernán Cortés, héroe de la talla de los Césares y Alejandros por la diversidad de sus geniales aptitudes, y un Fernán González, figura que, como la del Cid, vemos con medio cuerpo en la leyenda y medio en la historia. Era ésta la primera jornada de sus nuevas empresas, y Navarro no tardó en acometerla, planeando aquel viaje á Burgos y su tierra el verano anterior, en los días del eclipse. Amigos cariñosos que le acompañaron han descrito con singular encanto la excursión á Covarrubias. Son páginas luminosas y tristes como la pintura de un ocaso brillante. Ansiaba Navarro examinar y conocer la tierra madre castellana, pues su viaje á Reinosa en el verano de 1904 apenas le dió una visión rápida de aquel país. El hijo de Toledo, hecho á la contemplación de la nueva Castilla y á sus monumentos y paisajes, deseaba completar su estudio de la vida española con la visita detenida de la Castilla atávica y austera. Es la Castilla del Tajo un poco más risueña que la del Duero, y en sus ciudades nos recrean la vista los graciosos monumentos mudejares y la opulencia plástica de los platerescos. Todo esto lo tenía Navarro bien grabado en su alma; mas ésta quería embelesarse en la contemplación de los admirables vestigios del arte románico. En la Li-

teratura quería del mismo modo remontarse á los orígenes de las formas y de los hechos, pasar del drama á la epopeya, de las influencias italianas al principio genésico del alma española, el Romancero y la tierra dura que lo crió.

Hablaba de esto el insigne toledano con entusiasmo candoroso, y su viva imaginación le anticipaba el deleite de recorrer los parajes por donde anduvieron Diego Porcellos, Fernán González y el Cid, y rastrear el ambiente en que moró la musa embrionaria del maestro Gonzalo de Berceo. Con tales estudios se preparaba para dar en el Ateneo un curso de *Literatura de la Edad Media*. Era una ilusión ardiente, como todas las suyas, y de ella dejó una impresión personal en la última de las cartas que formaron su larga correspondencia con el que esto escribe; cartas llenas de luz, de sinceridad, de gracejo, en las cuales se marcan y suceden todos los incidentes de su vida literaria, mezclándose con apreciaciones justísimas y con familiares desahogos.

En la última carta, escrita un mes antes de morir, se muestra fascinado por el horizonte de triunfos que ante sí veía. En ella estampó esta frase de engañoso júbilo: "Tengo muchos y grandes proyectos...„ ¡Irónico epitafio, dictado por la ignorancia en que vivimos tocante al término de nuestra existencia! He aquí sus proyectos: "El *Lope* lo prepararé este invierno si los menesteres de la prensa me dejan respirar un poco. Luego

quisiera hacer un libro más pequeño del *Arcipreste*, y otro de *Don Alvaro de Luna*. Además, proyecto una *Historia de la Literatura Femenina Española*, para sacar de su error á las gentes creídas de que en España las mujeres no han hecho nunca más que rezar y multiplicarse.„ Antes y después de estos planes frustrados por la Muerte, escribía conceptos donosos y originales acerca de su método escolar en las proyectadas conferencias. Hablando del itinerario que pensaba recorrer, tierras de Burgos y Zamora, después Sahagún, León, Carrión de los Condes, decía: "Yo quisiera que en todas las conferencias hubiese que emplear el aparato de proyecciones; meter las ideas á las gentes por los ojos, pues éstos son el único sentido despierto en España, gracias á las corridas de toros, donde la buena vista es lo principal (y también á los autos de fe). El oído ya está mucho más descuidado, como sentido posterior, progresivo y más intelectual. No podemos esperar gran cosa de la atención auditiva, por lo cual es preciso manejarse excitando la atención visual.„

Termina con este tristísimo lamento que se desborda de su pecho oprimido, en el cual la labor cuotidiana no dejaba un solo aliento para el descanso: "Si tuviera salud y no me obligara la precisión de escribir cuatro ó cinco artículos diarios, me parece que podría realizar estos proyectos y algunos más; pero el *arate cavate* de todos los días me derrenga.„ Desgraciadamente abundan en

nuestra tierra los *derrengados* en las diferentes artes, oficios y profesiones, los que nacen con el alma forjada para el sacrificio y los formidables deberes.

El pobre Paco era de éstos: su vida, lastimada por dolencias hondas, fué una lucha que á prueba ponía continuamente sus facultades portentosas. Lo que más en él nos maravillaba era que el incesante ejercicio del entendimiento no amenguara el vigor de sus concepciones ni desluciera la pureza y elegancia de su estilo. Ni un momento vimos que desmayara el poder de imaginación y de inteligencia, sostenido por una voluntad inflexible. Luchador de tal temple sólo por la Muerte podía ser derribado.

III

No más de quince años figuró el nombre de Navarro Ledesma en los anales vivos de nuestra Literatura. No recuerdo haber leído nada suyo antes del 90. El primer recuerdo que de su persona conservo se remonta á los meses que hube de pasar en Toledo, preparando la última parte de *Angel Guerra*. Las primeras cartas que de él recibí, ya de regreso en Madrid, me traían noticias y apuntes descriptivos de los Cigarrales; cartas deliciosas, llenas de amenidad y frescura, que podrá gustar el público si logramos compilar é imprimir un Epistolario com-

pleto de escritor tan interesante. Desde tales fechas hasta el 905, en que feneció aquella vida tan útil y gloriosa, vimos y admiramos el crecimiento continuo y la lozanía pródiga de su fecundo ingenio. Con igual aptitud y facilidad trataba la literatura y la política. En la crítica no tardó en ser maestro, y la sátira punzante tuvo en él aquí un verdadero creador. Pocos le han igualado en el vigor epigramático; pocos dispararon como él la flecha rapidísima, mojada en la punta con una gota de malicia, sin saña.

Trabajando de continuo en diversas tareas, emprendió el inmenso acopio de erudición para lidiar bravamente por la cátedra de Literatura en San Isidro. Ganada ésta, las ocupaciones profesionales no le apartaron del vertiginoso pensar y escribir para la Prensa sobre asuntos diversos, como si ello fuera un tributo ineludible ó penitencia impuesta por el Numen que rige las almas españolas. La salud del escritor infatigable se alteró gravemente: dentro de un cuerpo atormentado por insufribles perturbaciones, ardían un entendimiento y una fantasía consumiéndose en su propio fuego. Los trastornos fisiológicos no le rendían: seguía trabajando, y en una pausa ó respiro otorgados por las dolencias, concibió y ejecutó su obra sintética, *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes*, cifra y resumen de todos los trabajos del escritor en su no larga existencia, pues en dicho libro se contienen la erudición benedictina, la fortaleza del entendi-

miento, el vuelo de la fantasía, el lenguaje caudaloso, de infinita variedad y riqueza, y el don de amenidad, fruto del saber y del trato social. Es el libro integral, la flor espléndida de una vida laboriosa y angustiada. A la planta productora no le quedaron fuerzas para sobrevivir á la gestación de su obra inmortal.

Navarro Ledesma pudo pronunciar con el pensamiento ó con la palabra, en la hora de su muerte, el *non omnis moriar*. Bien sabía que su obra no ha de perecer... Ahora, esperemos que las generacionos venideras tengan gratitud y memoria, y cuiden de no abandonar esta joya en el inmenso osario donde solemos malguardar las glorias patrias.

Madrid, Enero de 1906.

LA REINA ISABEL

I

La primera vez que tuve el honor de visitar, en el palacio de la *Avenida Kléber*, á la Reina doña Isabel, me impuso la presencia de esta señora un alelado respeto, pues no es lo mismo tratar con majestades en las páginas de un libro ó en los cuadros de un museo, que verlas y oirlas, y tener que decirles algo, dando uno la cara, en visitas de carne y hueso, sujetas á inflexibles reglas ceremoniosas. Por mi gusto, me habría limitado á las fórmulas de cortesía y homenaje, tomando á renglón seguido la puerta, sin intentar siquiera exponer el objeto de mi visita, el cual no era otro que solicitar de la Majestad que se dignase contar cosas y menudencias de su reinado, haciendo la historia que suena después de haber hecho la que palpita... Pero el embajador de España, mi amigo de la infancia, que era mi introductor y fiador mío en tal empresa, hombre muy hecho al trato de personas altas, me sacó de aquella turbación, y fácilmente expresó á la Reina el gusto que ten-

dríamos de oir de sus labios memorias dulces y tristes de su tiempo azaroso. Con exquisita bondad acogió Isabel II la pretensión, y tratándome como á persona suya, que por suyos tuvo siempre á todos los españoles, me dijo: "Te contaré muchas cosas, muchas: unas para que las escribas... otras para que las sepas.„

A los diez minutos de conversación, ya se había roto, no diré el hielo, porque no lo había, sino el macizo de mi perplejidad ante la alteza jerárquica de aquella señora, que más grande me parecía por desgraciada que por reina. Me aventuraba yo á formular preguntas acerca de su infancia, y ella con vena jovial refería los incidentes cómicos, los patéticos, con sencillez grave; á lo mejor su voz se entorpecía, su palabra buscaba un giro delicado que dejaba entrever agravios prescritos, ya borrados por el perdón. Hablaba doña Isabel un lenguaje claro y castizo, usando con frecuencia los modismos más fluidos y corrientes del castellano viejo, sin asomos de acento extranjero, y sin que ninguna idea exótica asomase por entre el tejido espeso de españolas ideas. Era su lenguaje propiamente burgués y rancio, sin arcaísmo; el idioma que hablaron las señoras bien educadas en la primera mitad del siglo anterior; bien educadas digo, no aristócratas. Se formó, sin duda, el habla de la Reina en el círculo de señoras, mestizas de nobleza y servidumbre, que debieron componer su habitual tertulia y trato en la in-

fancia y en los comienzos del reinado. Eran sus ademanes nobles, sin la estirada distinción de la aristocracia modernizada, poco española, de rigidez inglesa, importadora de nuevas maneras y de nuevos estilos elegantes de no hacer nada y de menospreciar todas las cosas de esta tierra. La amabilidad de Isabel II tenía mucho de doméstica. La Nación era para ella una familia, propiamente la familia grande, que por su propia ilimitación permite que se le den y se le tomen todas las confianzas. En el trato con los españoles no acentuaba sino muy discretamente la diferencia de categorías, como si obligada se creyese á extender la majestad suya, y dar con ella cierto agasajo á todos los de la casa nacional.

Contó pasajes saladísimos de su infancia, marcando el contraste entre sus travesuras y la bondadosa austeridad de Quintana y Argüelles. Graciosos diálogos con Narváez refirió, sobre cuál de los dos tenía peor ortografía. Indudablemente, el General quedaba vencido en estas disputas, y así lo demostraba la Reina con textos que conservaba en su memoria y que repetía marcando las incorrecciones. En el curso de la conversación, para ella tan grata como para los que la escuchábamos, hacía con cuatro rasgos y una sencilla anécdota los retratos de Narváez, O'Donnell ó Espartero, figuras para ella tan familiares, que á veces le bastaba un calificativo para pintarlas magistralmente... Le oí referir su impresión, el 2 de

Febrero del 52, al ver aproximarse á ella la terrible figura del clérigo Merino, impresión más de sorpresa que de espanto, y su inconsciencia de la trágica escena por el desvanecimiento que sufrió, efecto, más que de la herida, del griterío que estalló en torno suyo y del terror de los cortesanos. Algo dijo de la famosa escena con Olózaga en la cámara real en 1844; mas no con la puntualización de hechos y claridad descriptiva que habrían sido tan gratas á quien enfilaba el oído para no perder nada de tan amenas historias... Empleó más tiempo del preciso en describir los dulces que dió á don Salustiano para su hija, y la linda bolsa de seda que los contenía. Resultaba la historia un tanto caprichosa, clara en los pormenores y precedentes, obscura en el caso esencial y concreto, dejando entrever una versión distinta de las dos que corrieron, favorable la una, adversa la otra á la pobrecita Reina, que en la edad de las muñecas se veía en trances tan duros del juego político y constitucional, regidora de todo un pueblo, entre partidos fieros, implacables, y pasiones desbordadas.

Cuatro palabritas acerca del *Ministerio Relámpago* habrían sido el más rico manjar de aquel festín de Historia viva; pero no se presentó la narradora, en este singular caso, tan bien dispuesta á la confianza como en otros. Más generosa que sincera, amparó con ardientes elogios la memoria de la monja Patrocinio. "Era una mujer muy buena

—nos dijo;—era una santa, y no se metía en política ni en cosas del Gobierno. Intervino, sí, en asuntos de mi familia, para que mi marido y yo hiciéramos las paces; pero nada más. La gente desocupada inventó mil catálogos, que han corrido por toda España y por todo el mundo... Cierto que aquel cambio de Ministerio fué una equivocación; pero al siguiente día quedó todo arreglado... Yo tenía entonces diez y nueve años... Este me aconsejaba una cosa, aquél otra, y luego venía un tercero que me decía: ni aquello ni esto debes hacer, sino lo de más allá... Pónganse ustedes en mi caso. Diez y nueve años y metida en un laberinto, por el cual tenía que andar palpando las paredes, pues no había luz que me guiara. Si alguno me encendía una luz, venía otro y me la apagaba...„ Gustosa de tratar este tema, no se recató para decirnos cuán difíciles fueron para ella los comienzos de su reinado, expuesta á mil tropiezos por no tener á nadie que desinteresadamente le diera consejo y guía. "Los que podían hacerlo no sabían una palabra de arte de gobierno constitucional: eran cortesanos que sólo entendían de etiqueta, y como se tratara de política, no había quien les sacara del absolutismo. Los que eran ilustrados y sabían de constituciones y de todas estas cosas, no me aleccionaban sino en los casos que pudieran serles favorables, dejándome á obscuras si se trataba de algo que en mi buen conocimiento pudiera favorecer al contrario. ¿Qué

había de hacer yo, jovencilla, reina á los catorce años, sin ningún freno en mi voluntad, con todo el dinero á mano para mis antojos y para darme el gusto de favorecer á los necesitados, no viendo al lado mío más que personas que se doblaban como cañas, ni oyendo más que voces de adulación que me aturdían? ¿Qué había de hacer yo?... Pónganse en mi caso...„

Puestos en su caso con el pensamiento, fácilmente llegábamos á la conclusión de que sólo siendo doña Isabel criatura sobrenatural, habría triunfado de tales obstáculos. Si yo hubiera tenido confianza y autoridad, habríame quizás atrevido á decirle: "¿Verdad, señora, que en la mente de Vuestra Majestad no entró jamás la idea del Estado? Entró, sí, la realeza, idea fácilmente adquirida en la propia cuna; pero el Estado, el invisible sér político de la Nación, expresado con formas de lenguaje antes que por pomposas galas que hablan exclusivamente á los ojos, rondaba el entendimiento de Vuestra Majestad, sin decidirse á entrar en él. ¿Verdad que criaron á Vuestra Majestad en la persuasión de que hacer podía cuanto se le antojara, y quitar y poner gobernantes como si cambiase de ropa? ¿No confió la Reina demasiado en el amor de su pueblo y en la protección diviva, dos cosas ¡ay! sujetas á inesperadas, lastimosas quiebras? Porque los pueblos aman, y Dios protege, pero siempre con su cuenta y razón. El amor de los pueblos suele ser más egoísta

que el de los hombres, y han menester los reyes de una constante atención sobre las vidas y sobre los intereses de la familia nacional, para que ésta se mantenga firme en sus cariños, y no se revuelva cuando se ve burlada y convertida en rebaño. El favor del Cielo debió Vuestra Majestad esperarlo como sanción de sus actos y de su fiel cumplimiento de las leyes, y no vislumbrarlo tras de las milagrerías y enredos con que alucinaban á la pobre niña y Reina los traficantes en piedad, ó cambiantes de almas por intereses, y de intereses por almas. Muchos ingratos vió Isabel II en su largo camino desde la coronación al destierro, y á no pocos hubo de perdonar el mal que le hicieron á trueque de tantos beneficios; pero hombres de entereza y de gran virtud halló también en ese camino, y no supo valerse de ellos. De los ingratos y de los que no lo eran, de la ambición de los revoltosos y del padecer de los pacíficos, del resentimiento de muchos y del derecho de todos, se formó la gran justicia del 68, ardua, inevitable sentencia que nadie puede condenar analizando sus orígenes obscuros, sus medios desusados, porque los pueblos, cuando se juegan la vida por la vida, ponen en el lance todo lo que poseen.„

Claro que esto fué pensado, y antes moriría yo que decirlo en la visita. Aun el pensarlo allí era gran impertinencia, por lo cual es lo más probable que lo pensé después. En la visita, yo no hacía más que re-

crearme oyendo el encantador murmullo de la Historia viva, fresca, brotando de su nativo manantial. Doña Isabel, animándose con el renovar de añejas memorias, á cada instante tomaba más gusto á sus cuentos, por el propio sabor de ellos y por la conciencia que tenía la narradora de su gracioso contar. Verdad que de los asuntos que iban saliendo, ella escogía los de su conveniencia y mayor agrado, desechando los que la enfadaban, ó los que por tener espinas no podían pasar sin dolor de su pensamiento á sus labios. Al fin, sintetizando ya los pasajes alegres y dolorosos que había contado, y como queriendo engarzar con un hilo de oro las buenas y las malas venturas, dijo estas palabras que en mi mente conservo bien grabadas: "Yo tengo todos los defectos de mi raza, lo reconozco; pero también algunas de sus virtudes.„

II

Otro día nos dió más referencias interesantes de cosas y personas, y esclareció algún suceso desvirtuado por la pasión. Inclinado su ánimo al pesimismo, vimos nublarse su rostro y empañarse el azul de sus ojos. "Sé que lo he hecho muy mal: no quiero ni debo rebelarme contra las críticas acerbas de mi reinado... Pero no ha sido mía toda la culpa, no ha sido mía...„ Acudió León y Castillo á dar consuelo al espí-

ritu de la Reina con la fina lisonja que su cortesía y su cariñosa adhesión le dictaban. Ponderó los progresos del reinado de Isabel II, el desarrollo de la riqueza, la difusión de la cultura, el aumento del bienestar; señaló las puras glorias de la guerra de Africa, las victorias logradas en el terreno del arte y las letras; los ferrocarriles, y tantas otras cosas que la Reina no encontró el día de su advenimiento y dejó el día de su fin político. Pero aun teniendo estas afirmaciones en boca del embajador toda la verdad del mundo, no convencían á la Reina de la fecundidad de su reinado. "Pero hay más, mucho más—decía—que pudo hacerse y no se hizo: ha faltado tiempo, ha faltado espacio... Yo quiero, he querido siempre el bien del pueblo español. El querer lo tiene una en el corazón; pero ¿el poder, dónde está?... Sólo Dios manda el poder cuando nos conviene... Yo he querido... El no poder ¿ha consistido en mí ó en los demás? Esta es mi duda.„

Llegó el momento de la despedida. La Reina, que deseaba moverse y andar, salió al salón, apoyada en su báculo. Fué aquélla mi postrera visita y la última vez que la ví. Vestía un traje holgón de terciopelo azul; su paso era lento y trabajoso. En el salón nos despidió, repitiendo las fórmulas tiernas de amistad que prodigaba con singular encanto. Su rostro venerable, su mirada dulce y afectuosa, persistieron largo tiempo en mi memoria.

Recordando después, lejos ya del palacio de Castilla, las últimas expresiones de desaliento que oímos á la Reina caída, y aquella otra declaración que en anterior visita hizo, referente á los defectos y virtudes castizas que reconoce en sí, vine á pensar que sus virtudes pueden pertenecer al número y calidad de las elementales y nativas, y que los defectos, como producto de la descuidada educación y de la indisciplina, pudieron ser corregidos, si en la infancia hubiera tenido Isabel á su lado persona de inflexible poder educativo, y si en la época de formación moral la asistiese un corrector dulce, un maestro de voluntad que le enseñara las funciones de soberana constitucional, y fortificara su conciencia vacilante y sin aplomo. No se apartaba de mi mente la imagen de la dama bondadosa, tal como en sus floridos años nos la presentan las pinturas de la época, y pensando en ella hacía lo que hacemos todos cuando leemos páginas tristes de un desastre histórico y de las ruínas y desolación de los reinos. Nos complacemos en desbaratar todo aquel catafalco de verdades y en edificarlo de nuevo á nuestro gusto. Yo reconstruía el reinado de Isabel II desde sus cimientos, y á mi gusto lo levantaba después hasta la cúspide ó bóveda más alta, poniendo la fortaleza donde estuvo la debilidad, la prudencia en vez de las resoluciones temerarias, el sereno sentir de las cosas donde moraron la superstición y el miedo. Y en esta reconstrucción, empezaba,

como he dicho, por el fundamento, y lo primero que enmendaba era el enorme desacierto de las bodas reales.

Sin ofender á nadie, y por puro pasatiempo imaginativo, puede uno dedicar sus ratos de meditación á ejercer de Providencia que vela por los pueblos desgraciados. Reformaba yo la Historia, y hacía del reinado de Isabel, con la misma Isabel, no con otra, un reinado de bienandanzas. Las bellas cualidades de la soberana las dejaba como eran y han sido hasta el día de su muerte, y los defectos reducíalos á lo más mínimo, casi á la nada, bajo la acción dulce de un matrimonio dictado por la razón y fortificado por el mutuo cariño. Casaba yo á la Reina de España con un Príncipe ideal, escogido entre los mejores de Europa; y como esto que digo es imaginación ó más bien sueño, no estoy obligado á decir el nombre, y lo designaba sólo con la socorrida fórmula teórica de *Equis*. *Equis* daba su mano á Isabel, á despecho de Palmerston y de Guizot, y casados se quedaban, quisiéranlo ó no las entrometidas matronas Inglaterra y Francia... Hecho esto, faltaba otra cosa en el restaurado edificio histórico. Para que Isabel ejerciera noblemente su soberanía constitucional, elegía yo entre todos los hombres políticos que hemos tenido desde aquellas calendas, á don Antonio Cánovas, no como era el 46, un mozuelo sin experiencia, sino como fué después en la madurez de su laboriosa vida política. Con el Cánovas de 1876,

puesto treinta años atrás en la serie histórica, transmutación admisible en la ley del ensueño, no había miedo de que á espaldas de los Gobiernos visibles trabajasen en las sombras palatinas las camarillas enmascaradas, apartando de su dirección recta las resoluciones de gobierno. Cánovas (y quien sueña Cánovas, puede soñar Prim ó Sagasta, aunque éstos habrían sido más útiles en días posteriores del reinado), hubiera hecho de la servidumbre de Palacio lo que debía ser: habría cortado toda comunicación con monjitas extáticas y capellanes traviesos, suprimiendo con sólo un gesto la milagrería y embusteras santidades que así desdoraban el altar como el trono... Pues este estadista ideal, que he llamado Cánovas porque los talentos y el rigor de este hombre de nuestro tiempo parécenme los más adecuados para inaugurar en aquéllos un reinado eficaz, es otra *Equis* que, con la del Rey, completa la existencia privada y política de Isabel II.

¿Pero quién nos asegura que estos dos emblemas ó signos, puesta la *Equis* política á la izquierda de la Reina, á la derecha la *Equis* marital, habrían podido contener el empuje de las facciones, hacer frente á los efectos de la cruenta guerra, defenderse del conspirar continuo y atajar los motines y sediciones? No habrían hecho todo esto; pero sí algo, más que algo, casi lo bastante para que el reinado se desenvolviera entre suaves discordias, empalmando al fin semipa-

cíficamente con otro reinado en que la mayor cultura facilitara la acción gobernante. Y á esta paz relativa, alivio más que remedio de tantas guerras y trifulcas, hubieran llegado las dos *Equis* con sólo abstenerse del gran error de aquel tiempo, que fué la desheredación de los progresistas. Invitados éstos al juego constitucional, y sacadas sus ánimas del Purgatorio del ayuno crónico, habrían dado á la patria grandes hombres, y, sin duda alguna, nueva *Equis* de esclarecido brillo en nuestra Historia... Mas todo esto es sueño, y sólo en sueños han existido estos *Equis*, correctores del Destino y de la adversidad humana.

Es consuelo aceptable, á falta de otros, el rectificar en sueños nuestras desdichas y las ajenas. ¿Quién asegura que este mismo sueño del rey *Equis* y del ministro *Equis*, no lo tuvo en sus tristes días la desgraciada doña Isabel? ¿Y quién asegura que no lo tiene ahora?

III

¡Cómo ha de ser! Por no haber agregado á la inocente Isabel las dos *Equis*, todo se lo llevó la trampa, y las buenas cualidades de la Reina, ineficaces para la salud de la patria, sólo han servido para que algunos, quizás muchos ciudadanos agradecidos, puedan enaltecer su memoria. La bon-

dad generosa, el fácil arranque para las dádivas y mercedes, el corazón abierto á los cariños y cerrado á los rencores, quedaron obscurecidos y ahogados por insubstancial beatería, por la volubilidad y sinrazón que presidían á los cambios de gobierno, por el olvido del principio de libertad, aliento de los héroes que dieron la vida por asegurar la corona de Isabel. ¡Y ella se quejaba de los ingratos, sin darse cuenta de la monstruosa ingratitud suya!

Comparemos. Poniendo los tiempos de Isabel junto á los tiempos siguientes, para ver si estas generaciones valen más ó menos que aquéllas, advertimos que si en algunos órdenes la diferencia nos es favorable, en otros hemos perdido bastante. Entonces era mayor la ignorancia; pero las voluntades más firmes. Entonces hacían los hombres algo bueno, y algo, quizás algos, perteneciente al reino de la maldad; ahora los hombres han descubierto y practican el fácil oficio de no hacer nada. Entonces había más fe, ideales luminosos, arrestos para todo; hoy tenemos un poquito de cultura, conocimientos de mayor extensión: se sabe el nombre de las cosas, de las subcosas, y toda derivación de la materia ó del pensamiento tiene su estudio; mas reina en las almas el orgullo del saber ó el desdén de lo que se ignora, envueltos ambos en la blanda pereza de las acciones.

¿Proceden estos males de los males de marras? Así debe de ser, como nuestra rela-

tiva cultura tuvo por maestra la pedantería de aquellos tiempos y el discreto saber que entonces se acumuló en escuelas y talleres. Y es indudable que el ejemplo más pernicioso que nos legó aquel reinado, fué un nuevo mandamiento de novísima ley que entonces empezó á tener franco uso: "Hagamos todo lo que se nos antoje, y cada cual observe la ley de su propio gusto.„ El cumplimiento del deber, desde aquellas décadas, rige sólo para los tontos, y de éstos, rodando años y días, van quedando muy pocos. En cambio, acrece prodigiosamente el número de hombres agudos, chistosos y neciamente prácticos, maestros en la sutil corruptela de hacer cada uno su santa voluntad, revistiendo el desafuero de formas hipócritas, y pagando á la ley un tributo externo por medio de figurados resortes y artificiosos mecanismos que imitan los de la ley. Este mal viene de allá, de los enmarañados tiempos en que difícilmente se veía la relación entre los efectos y las causas. Su impulso inicial nadie sabe dónde estuvo; pero de allá procede, sin duda, esta facilidad para erigir en norma de la vida los propios gustos, como este amaneramiento social de tomarlo todo á broma y el hablarlo todo en chistes, ocultando la desvergüenza con módulos de lenguaje á veces ingeniosos, signo y marca indudable de nuestra decadencia.

¿Y cómo dudar que de los días de Isabel nos vino el caciquismo, ahora más terrible y devastador que en sus orígenes, porque lo

hemos cultivado con esmero, al aire libre y en estufa, y dádole más fuerza y extensión para que nos atormente á todos por igual y sin que ningún nacido se escape? Finalmente, en descargo de aquella edad, reconozcamos como obra exclusiva de la nuestra este mal inmenso metido en lo más hondo de nuestra naturaleza, al cual llamamos crudamente y sin atenuación la *frescura nacional*. La imagen de esta generación, principalmente en la parte de ella que habita en las grandes ciudades, se nos representa alzando los hombros y alargando el labio inferior para expresar el supremo desdén de todas las cosas. ¿Se nos van los territorios de América y Oceanía? Bueno. ¿Se estanca la riqueza; pierde la mitad casi de su valor nuestra moneda; nos cierran las naciones modernas el camino de Africa, fundadas en el vergonzoso abandono de nuestra política internacional? Bien; todo está bien... Vivimos y vegetamos sin prever el fin de nuestras desdichas, heredadas las unas, de creación reciente las otras.

Faltas añejas, faltas recientes, nos han traído á esta situación. Debilitado el ideal patrio, debilitada la fe en la Monarquía, la fe en la República, queda tan sólo la esperanza en una nueva fe, que surja del fondo social acabando con la indiferencia y el caciquismo, con el autonomismo personal, y con la depravada caterva de *frescos* y *chistosos*. Los problemas que enardecían á los hombres en otro tiempo, pasaron y se des-

vanecieron, ó resueltos ó á medio resolver, perdido el gran interés que á los hombres movía en favor de ellos. Resta el problema nuevo que avanza sobre tanto escombro, el problema del vivir, de la distribución equitativa del bienestar humano, y de las vindicaciones que, apenas intentadas, difunden por todo el mundo la desconfianza y el pavor. Todo eso viene, y ante esta intensa aspiración general de incontrastable poder, la historia de ayer quedará reducida á cuentos vanos, y las figuras que fueron grandes ó que lo parecieron, mermarán hasta llegar á ser apenas perceptibles. El reinado de Isabel se irá borrando de la memoria, y los males que trajo, así como los bienes que produjo, pasarán sin dejar rastro. La pobre Reina, tan fervorosamente amada en su niñez, esperanza y alegría del pueblo, emblema de libertad, después hollada, escarnecida y arrojada del reino, baja al sepulcro sin que su muerte avive los entusiasmos ni los odios de otros días. Se juzgará su reinado con crítica severa: en él se verá el origen y embrión de no pocos vicios de nuestra política; pero nadie niega ni desconoce la inmensa ternura de aquella alma ingenua, indolente, fácil á la piedad, al perdón, á la caridad, como incapaz de toda resolución tenaz y vigorosa. Doña Isabel vivió en perpetua infancia, y el mayor de sus infortunios fué haber nacido Reina y llevar en su mano la dirección moral de un pueblo, pesada obligación para tan tierna mano.

Fué generosa, olvidó las injurias, hizo todo el bien que pudo en la concesión de mercedes y beneficios materiales; se reveló por un altruísmo desenfrenado, y llevaba en el fondo de su espíritu un germen de compasión impulsiva en cierto modo relacionado con la idea socialista, porque de él procedía su afán de distribuir todos los bienes de que podía disponer, y de acudir á donde quiera que una necesidad grande ó pequeña la llamaba. Era una gran revolucionaria inconsciente, que hubiera repartido los tesoros del mundo, si en su mano los tuviera, buscando una equidad soñada y una justicia que aún se esconde en las vaguedades del tiempo futuro. En sus días tristes soñaba con las dos *Equis*, que hubieran hecho de ella una reina burguesa y correctísima. Tal vez en los días alegres soñó con una tercera *Equis*, que la guiaba al reino inmenso, misterioso, de la nivelación social, donde todos los humanos disfrutan por igual de los dones del cielo y de la tierra.

Descanse y sueñe en paz.

Abril de 1904.

LA CASA DE SHAKESPEARE

I

¿Por dónde voy á Stratford?—La estación de Birmingham.

En cuantas visitas hice á Inglaterra me atormentaron las ansias de ver la gloriosa villa de Stratford-on-Avon, patria de Shakespeare. Una vez por falta de tiempo, otra por rigores del clima, ello es que no pude realizar mi deseo hasta el pasado año (1889). Por fin, en Septiembre último pisé el suelo, que no vacilo en llamar sagrado, donde están la cuna y sepulcro del gran poeta. Desde luego afirmo que no hay en Europa sitio alguno de peregrinación que ofrezca mayor interés ni que despierte emociones tan hondas, contribuyendo á ello, no sólo la majestad literaria del personaje á cuya memoria se rinde culto, sino también la belleza y poesía incomparables de la localidad.

Si en Inglaterra es Stratford un lugar de romería fervorosa, pocos son los viajeros del

Continente que se corren hacia allá. En los voluminosos libros donde firman los visitantes, he visto que la mayor parte de los nombres son ingleses y norte-americanos; contadísimos los de franceses é italianos, y españoles no ví ninguno. Creo que soy de los pocos, si no el único español, que ha visitado aquella Jerusalén literaria, y no ocultaré que me siento orgulloso de haber rendido este homenaje al altísimo poeta, cuyas creaciones pertenecen al mundo entero y al patrimonio artístico de la humanidad.

Y no crean mis lectores que ir á Stratford es obra tan fácil, aun hallándose en Inglaterra. La superabundancia de comunicaciones viene á producir el mismo efecto que la falta de ellas. No conozco confusión semejante á la del viajero instalado en cualquier ciudad inglesa cuando coge el *Bradshaw* ó Guía de Ferrocarriles, y trata de investigar en sus laberínticas páginas el camino más directo y rápido para trasladarse de un confín á otro de la Gran Bretaña. El libro de los Vedas es un modelo de claridad en comparación del voluminoso *Bradshaw*. Si quisiéramos dirigirnos por cualquiera de las tres grandes líneas ó redes que, partiendo de Londres, cruzan toda la isla, á saber: el *North-Western*, el *Midland* y el *Great-Northern*, la tarea no es en extremo difícil; pero si intentamos buscar direcciones transversales por las infinitas ramas que enlazan estas líneas, unas con otras, y con las secundarias, vale más renunciar al estudio previo

del camino, y entregarse á las peripecias de un viaje de aventuras, y á la buena fe de los empleados del ferrocarril.

Verdadera maravilla de la ciencia y de la industria es la muchedumbre de trenes que ponen en movimiento todos los días de la semana, menos los domingos, las Compañías antes citadas, y además las del *Great-Western* y *Great-Eastern*, y la fácil exactitud con que las estaciones de empalme dan paso á tan enorme material rodante sin confusión ni retraso. La velocidad, desmintiendo distancias, desarrolla en aquel país hasta tal punto el gusto de los viajes, que toda la población inglesa parece estar en constante movimiento. Se viaja por negocios, por hacer visitas, por hablar con un amigo, por ir de compras á una ciudad próxima ó lejana, por pasear y hacer ganas de comer.

Hallábame en Newcastle, y nadie me daba razón de la vía más corta para visitar *the home of Shakespeare*. Una rápida inspección del mapa simplificó la dificultad, pues viendo que Stratford está cerca de Birmingham, á esta ciudad había que ir por lo pronto. Después, Dios diría. Entre Newcastle y Birmingham, el viaje es entretenidísimo, pues se pueden admirar las catedrales de York y Durham, y después se atraviesa una de las comarcas fabriles más interesantes, la del Hallamshire, donde campea Sheffield, la metrópoli de los cuchillos. Sin detenerme recorro esta región, contemplando

la inmensa crestería de chimeneas humeantes que por todas partes se ve, y llego á Birmingham, ciudad populosa, una de las más trabajadoras y opulentas de Inglaterra. Un poco más alegre que Manchester, se le parece en la febril animación de sus calles, en la negrura de sus soberbios edificios, y en la muchedumbre y variedad de establecimientos industriales.

¿En qué parte del mundo, por remota y escondida que sea, no se habrá visto la marca de esta ciudad aplicada á infinidad de objetos de uso común y ordinario? La universalidad, la variedad y el cosmopolitismo de la industria de Birmingham se expresan muy bien en un elocuente párrafo de la obra de Burrit, *Paseos por el país negro*. Dice así:

"El árabe come su alcuzcuz con una cuchara de Birmingham; el pachá egipcio ilumina su harem con candelabros de cristalería de Birmingham; el indio americano se bate con el rifle de Birmingham, y el opulento rajah del Indostán decora su mesa con los cobres de Birmingham; el audaz jinete que recorre las estepas de Sud América espolea su caballo con un acicate de Birmingham, y el negro antillano corta la caña de azúcar con su hacha de Birmingham... etc.„ No copio más porque es el cuento de nunca acabar, semejante al de las cabras de Sancho.

La estación de este formidable emporio industrial es de tal magnitud, y hay en ella

un vaivén tan vertiginoso de trenes, y gentío tan inquieto, que no extrañaría yo que perdiera el sentido quien, desconociendo la lengua y las costumbres, se quisiera indagar una dirección en aquella Babel de los caminos humanos.

"¿En qué plataforma se toma billete para Stratford?„

Esta es la pregunta ansiosa del peregrino shakesperiano en la ingente estación de Birmingham.

No se crea que tal pregunta es contestada claramente. Muchos empleados suelen informar con incierto laconismo: "Es de la otra parte.„ Y recorra usted otra vez los puentes que comunican las inmensas naves por encima de las vías. Después pase usted por un túnel abierto debajo de otras, hasta llegar á las plataformas del costado Sur, y allí, échese á correr á lo largo del interminable andén.

Por fin, hay quien dé informes exactos de la vía que se debe tomar, del sitio donde está el *booking-office* ó despacho de billetes, y de la hora del tren. Gracias á Dios, ya tengo en la mano el billete para Stratford; tomo asiento en un coche; el tren marcha. Alabado sea mil y mil veces el Señor.

II

Stratford al fin.—Shakespeare's Hotel.

Llego por fin á una comarca totalmente distinta de la Inglaterra de Birmingham, Manchester y Leeds. Han desaparecido las chimeneas, han huído aquellos fantasmas escuetos que se envuelven en el humo que vomitan, y que agobian el espíritu del viajero con su negrura satánica. Penetro en un país risueño, más agrícola que industrial, impregnado de amenidad campestre. No más talleres, no más hornos. La pesadilla parda se disipa, y el humo, que todo lo entristece, se va quedando atrás. Recorro un ramal del *Midland*, que enlaza esta gran red con la no menos importante del *Great-Western*, y entramos en el condado de Warwichshire, las regiones más pintorescas de Inglaterra, y además ilustrada con nobles recuerdos históricos; comarca de dulce verdor, en que flotan las églogas.

Paso junto al célebre castillo de Kenilworth, parte en ruínas, que da nombre á una sugestiva novela de Walter Scott. Perteneció aquella señoril residencia al Conde de Leicester, favorito de la Reina Isabel, en honor de la cual se celebraron fiestas aparatosas. Omito la descripción de esas hermosas

ruínas, así como la del castillo de Warwick, que me apartaría de mi objeto, y sigo en busca de la casa del poeta. ¡Kenilworth Leicester, Isabel! todo esto ha pasado, mientras que Shakespeare vivirá eternamente, y su humilde morada despertará más curiosidad y admiración que todos los palacios de príncipes y magnates.

La impresión de descanso y de paz que trae al ánimo del viajero este ameno y poético rincón de Inglaterra, vale las penas y contrariedades del excéntrico viaje. La campiña es deliciosa y revela las mayores perfecciones de la agricultura. Por fin el ramal del *Midland* enlaza con un ferrocarril puramente local, tranquilo, y más parecido á los nuestros que á los ingleses, porque no hay en él el vértigo ni la velocidad de las redes centrales de la isla, ni en las estaciones desmedida aglomeración de pasajeros. Por fin llego á la estación de Stratford, que es una villa de diez mil habitantes. En la estación, lo mismo que en nuestras ciudades provincianas, hay un ómnibus que recoge á los viajeros y los va dejando en las casas ó en las fondas. Es de noche. Todo en este simpático pueblo respira sosiego, bienestar y sencillez campestre. El que sale de las bulliciosas ciudades industriales para venir aquí, cree entrar en la gloria. Los nervios descansan del loco estruendo, y de las impresiones rápidas y múltiples que constantemente recibimos en los grandes centros urbanos. La imaginación es la que no des-

cansa, antes bien se lanza á los espacios ideales, representándose el tiempo en que vivía la celsa persona cuya sombra perseguimos en aquella localidad apacible. No podemos separar al habitante de la morada; nos empeñamos en trasladar ésta á los tiempos de aquél, ó en modernizar al poeta para hacerle discurrir á nuestro lado por las calles, hoy alumbradas con gas, de su querida y placentera villa.

Dos hoteles hay en la patria de Shakespeare que merecen especial mención. Uno es el llamado *Red Horse*, célebre porque en él escribió Washington Irving sus impresiones de Stratford; el otro, llamado *Shakespeare's Hotel*, ofrece la particularidad de que los cuartos están designados con los títulos de los dramas del gran poeta. El que á mí me tocó se denominaba *Love's Labours Lost*, y á la derecha mano ví *Hamlet*, y más allá, en el fondo de un corredor obscuro y siniestro, *Macbeth*.

La posada pertenece al género patriarcal, sin nada que la asemeje á esas magníficas colmenas para viajeros que en Londres se llaman el *Metropolitan* y en París el *Gran Hotel*. Es más bien una de aquellas cómodas hosterías que describe Dickens en sus incomparables novelas, y de las cuales habla también Macaulay en su hermosa descripción de las transformaciones de la vida inglesa. Todo allí respira bienestar, "confort,„ tranquilidad y refinado aseo. El estrepitoso y chillón lujo de los hoteles á la

moderna, no existe allí. La escalera, de nogal viejo, ennegrecido por el tiempo; los muebles, relumbrantes de limpieza, revelan la domesticidad, la familiar sencillez. Huéspedes y patrones viven en apacible concordia. La mesa es abundante y poco variada: el *roastbeef* excelente, el té magnífico, y luego vengan tostadas, *bacon*, huevos escalfados, ensaladas, patatas cocidas, y todo lo demás que constituye la sobria culinaria británica. La cerveza y la mostaza completan el buen avío. Para mayor encanto, el interior de aquel hermoso cuarto que lleva el título (estampado con claras letras en una tabla sobre la puerta) de *Love's Labours Lost*, ofrece comodidades que en vano buscaríamos en los más aparatosos hoteles del Continente. Basta decir que las camas inglesas, grandes, mullidas, limpias como los chorros del oro, son las mejores del mundo, y que el ajuar de tocador que las acompaña no tiene rival.

El dueño de la casa (y ésta revela en su interior una respetable antigüedad), queriendo sin duda que sus huéspedes se empapen bien en las ideas é imágenes shakesperianas, ha llenado el edificio, desde el portal hasta el último cuarto, de cuadros y estampas colocados en vistosos marcos, todos de asuntos de los famosos dramas. Cuanto ha producido el buril en el siglo pasado y en el presente, allí se encuentra. Hay grabados hermosos, y otros deplorables. El viajero que allí pasa la noche, se ve acosado

por la turba de ilustres fantasmas. Se los encuentra en la alcoba, en el comedor y hasta en el cuarto de baño. Aquí *Lady Macbeth* lavándose la mano; más allá *Catalina de Aragón* reclamando sus derechos de reina y esposa, ó el *Rey Lear*, de luenga barba, lanzando imprecaciones contra el cielo y la tierra; por otra parte el fiero *Glocester*, de horrible catadura; el cínico *Falstaff*, panzudo y locuaz; más lejos el judío *Shylock* ante el tribunal presidido por la espiritual *Porcia*. No faltan Antonio discurriendo ante el cadáver de César, ni *Kaliban* y *Ariel*, seres imaginarios que parecen reales; *Romeo* ante el alquimista, *Julieta* con su nodriza, *Ofelia* tirándose al agua; en fin, todas las figuras que el arte creó, y la humanidad entera ha hecho suyas, reconociéndolas como de su propia substancia.

En el comedor del hotel encuentro tipos de los que Dickens nos ha hecho familiares. La raza inglesa es poco sensible á las modificaciones externas impuestas por la civilización. En algunos he creído encontrar aquella casta de filántropos inmortalizada por el gran novelista, y les he mirado las piernas esperando ver en ellas las famosas polainas de M. Picwick.

Después de una noche de descanso en la cómoda vivienda en compañía de las imágenes trágicas que decoran las paredes de la habitación, la claridad del día me permite hacer un reconocimiento de la villa, la cual es pequeña, pues sólo tiene quince ó

veinte calles y revela un perfecto orden municipal. Ya quisieran nuestras presumidas capitales del Mediodía tener una administración local que se asemejase á la de aquella poblacioncita semi-oculta en un rincón de Inglaterra. Los servicios municipales son allí tan esmerados como en los mejores barrios de Londres. Basta dar por las calles de Stratford un paseo, en el cual no se emplea más de media hora, para comprender que nos hallamos en un pueblo donde las leyes reciben el apoyo y la sanción augusta de las costumbres. La cultura urbana tiende á la uniformidad, y bajo su poderoso influjo hasta las más remotas aldeas toman las apariencias de ciudades coquetonas. En Stratford se encuentran tiendas tan bellas como las de Londres, y el vecindario que discurre por las calles tiene el aspecto de la burguesía londonense. Por ninguna parte se ven los cuadros de miseria que suelen hallarse en las ciudades industriales, ni las turbas de chiquillos haraposos, tiznados y descalzos que pululan en los *docks* de Liverpool ó en el *Quayside* de Newcastle. El bienestar, la comodidad, la medianía placentera y sin pretensiones, se revelan en las calles de Stratford. Es algo como el olor de la ropa planchada que brota de la patriarcal alacena en esas casas de familia, más bien de campo que de ciudad, donde reinan el orden tradicional y la economía que se resuelve en positiva riqueza.

En una de las principales y más espacio-

sas calles, contrastando con los edificios modernos, hay una casa de estructura normanda, con ensamblajes de madera ennegrecida por el tiempo. Parece una gran cabaña, de las que actualmente se construyen en los jardines con troncos sin descortezar. Es de dos pisos de poca elevación, y tiene un cobertizo de madera que sombrea y ampara la puerta, junto á la cual pende un llamador de alambre terminado en argolla. El cartel allí fijado dice al visitante que llame si quiere entrar. Llamo, y me abre un señor muy atento, bien vestido. Es el guardián del edificio. ¡Parece mentira que de tan sencillo modo entre uno en la casa natal de Guillermo Shakespeare!

III

La casa.

Omitiré la historia jurídica de éste que podremos llamar monumento, y las diferentes transmisiones que sufrió como inmueble desde 1574, en que la compró John Shakespeare por la suma de 40 libras, hasta 1847, en que fué adquirida por los comités de Stratford y Londres, y declarada patrimonio nacional.

Consta de dos pisos, y las habitaciones de ambos han sido restauradas con refinada

inteligencia, procurándose que conserven el aspecto y carácter que debieron tener en tiempo del grande hombre. En el piso bajo está la cocina, con su inmensa chimenea de campana, en la cual subsisten los ganchos de que se colgaba la carne para ahumarla. A un lado y otro hay dos asientos ó poyos de mampostería. El conserje permite á los visitantes sentarse en ellos, y cuantos hemos tenido la dicha de penetrar en aquel lugar, que no vacilo en llamar augusto, nos hemos sentado un ratito en donde el dramaturgo pasaba largas horas de las noches de invierno contemplando las llamas del hogar, que sin duda evocaban en su ardiente fantasía las imágenes que supo después reducir á forma poética con una maestría no igualada por ningún mortal.

Vetusta escalera conduce al piso alto, donde está la habitación en que nació Guillermo. En ella se ven sillas de la época, un pupitre y otros muebles. El testero de la calle es una gran ventana de vidrios verdosos, en los cuales no hay una pulgada de superficie que no esté rayada al diamante por las infinitas firmas de personas que han visitado la estancia. Destácanse en aquel laberinto de rayas los nombres de Walter Scott, Dickens, Gœthe, Byron y otras celebridades. Las paredes están asimismo cubiertas de nombres.

En otra pieza que da al jardín se ve el célebre retrato, que pasa por auténtico, si bien su autenticidad, diga lo que quiera la

inscripción que lo acompaña, no aparece completamente probada. Su semejanza con el busto de *Trinity Church*, de que hablaré después, es grande; pero encuentro en el busto mayor belleza y más fiel expresión de vida. Como pintura, el retrato es mediano.

Junto á la casa se ha construído un edificio en el mismo tipo de arquitectura, destinado á museo shakesperiano. Mil curiosidades, objetos diversos, documentos, cartas, grabados que se relacionan más ó menos claramente con la vida del dramaturgo, se muestran allí perfectamente ordenados.

Lo que más atrae la atención es la carpeta que se dice fué usada por Shakespeare cuando recibió la primera enseñanza en *Grammar School*, las célebres cartas de Queney, los originales de los contratos que el poeta celebró con empresas teatrales, ejemplares de las primeras ediciones de sus dramas, un anillo marcado con las iniciales W. S., copas y otros utensilios domésticos, armas, libros y papeles varios. El museo es interesante, y revela un extraordinario grado de cultura; pero como impresión de la existencia del autor de *Hamlet*, es mucho más honda la que se recibe sentándose en el poyo de la cocina bajo la enorme campana de la chimenea. Ambos edificios, la casa natal y el anejo, son cuidados y conservados con diligente esmero. En ellos no se enciende fuego ni de noche ni de día, para evitar el peligro de un incendio en aquel viejo maderamen, ennegrecido y resecado

por el tiempo. En un jardín contiguo se cultivan las flores y arbustos más comunmente citados por el poeta en sus inmortales escenas y sonetos. La peregrinación á la casa natal aumenta cada día. El número de visitantes, según consta en los libros de firmas, ascendió el último año á *diez y siete mil.*

De Hensley Street pasamos á New Place, donde estuvo la casa en que murió Guillermo. En ella habitó los últimos diez y nueve años de su vida y escribió algunos de sus dramas, probablemente el *Julio César, Antonio y Cleopatra*, *Macbeth* y todos los del cuarto período. En el extenso jardín de la casa de New Place plantó Guillermo un moral. Arbol y casa fueron destruídos bárbaramente á mediados del pasado siglo por el poseedor de la finca, Sir J. Gastrell, cuyo nombre ha pasado á la posteridad por este acto de salvajismo. Para consumarlo no tuvo más motivo que las continuas molestias que le daban los visitantes. La madera del moral fué conservada por algunos industriales, que se dieron á fabricar objetos y á expenderlos. Pero el número de baratijas del árbol shakesperiano llegó á ser tan considerable, que debemos suponer entró en su confección, no un árbol, sino un bosque entero. La casa no tardó en ser derribada también, y de ella sólo quedan informes cimientos. La que en su lugar existe contiene otro museo, menos interesante que el de Hensley Street. El jardín, esmeradamente

cuidado, es amenísimo, delicioso, lleno de la memoria, y de las huellas, y de la sombra de aquél á quien Ben Johnson llamó *alma del siglo, asombro de la escena.*

IV

La tumba.

Pero lo más interesante de Stratford es la iglesia, *Holy Trinity Church*, sepultura del poeta y de su mujer. Honor insigne para un país es guardar los restos de sus hombres eminentes. Nuestra incuria nos impide vanagloriarnos de esto; y aunque sabemos que los huesos de Cervantes yacen en las Trinitarias, y en Santiago los de Velázquez, no podemos separarlos de los demás vestigios humanos que contiene la fosa común. Téngase en cuenta que Shakespeare disfrutó en vida de fama resplandeciente; que sus contemporáneos le estimaron en lo que valía; que poseyó cuantiosos bienes de fortuna, y que su familia pudo y supo cuidar de la conservación de sus cenizas venerables.

La iglesia parroquial de Stratford es bellísima, ojival, del tipo normando en su mayor parte, pequeña si se la compara con las catedrales españolas y aun con las inglesas, grande en proporción de los templos parroquiales de todos los países. Antes del cisma

fué colegiata, con un coro de quince canónigos. Consta de una gran nave con crucero, y otras dos colaterales pequeñas, y sobre el crucero se alza la torre del siglo XIV, construcción aérea y elegantísima. El interior no ofrece la desnudez fría de los templos protestantes. Parece una iglesia católica, sobre todo en el presbiterio, lo más hermoso de este ilustre monumento. Las rasgadas ventanas de estilo inglés perpendicular, los pintados vidrios que las decoran, el altar con gallardas esculturas, la sillería de tallado nogal, los púlpitos, los sepulcros, ofrecen un conjunto de extraordinaria belleza y poesía. Al penetrar en el santuario, todas las miradas buscan el monumento del altísimo poeta en la pared Norte del presbiterio, en el lado del Evangelio. Es propiamente un retablo, y quien no supiera qué imagen es aquélla, la tomaría por efigie de un santo allí colocado para que le adoraran los fieles.

Consta de un sencillo cuerpo arquitectónico, greco-romano: dos columnas sostienen un cornisamento con guarda-polvo, que ostenta en el copete las armas de Shakespeare; en el centro el busto, imagen de medio cuerpo y de tamaño natural. A primera vista se tomaría el monumento por una ventana, en la cual estuviera asomada la figura, viéndosela de la cintura arriba. Los brazos caen con naturalidad sobre un cojín. La mano derecha tiene una pluma, y la izquierda se apoya abierta sobre un papel. El color aplicado á la tallada piedra da á la es-

cultura una viva impresión del natural. La cara es grave, la mirada algo atónita, la expresión noble, la frente majestuosa, el traje sencillo y elegante, ropilla de paño negro y valona sin pliegues.

Imposible apartar los ojos de aquella imagen, en que por un efecto de fascinación, propio del lugar, creemos ver vivo al dramático insigne, y con la palabra en los labios. En el plinto se lee la siguiente inscripción, que por tratarse de quien se trata no resulta todo lo enfática que en otro lugar parecería:

Judicio Pylium, genio Socratem, arte Maronem.
Terra tegit, Populus mæret, Olympus habet.

Está bien claro el texto latino y no necesita traducción. Sólo debe indicarse que *Pylium* es Numa Pompilio, y que la palabra *Socratem* se considera equivocación del grabador, á quien sin duda mandaron poner *Sophoclem*.

Debajo de la inscripción latina hay seis versos ingleses, que literalmente traducidos dicen:

Detente, pasajero, ¿por qué vas tan aprisa?
Lee, si puedes, quién es aquél, colocado por la envi-
[diosa muerte
Dentro de este monumento: Shakespeare, con quien
La vivida Naturaleza murió; cuyo nombre adorna
[esta tumba,
Mucho más que el mármol, pues cuando él escribió
Supo convertir el arte en mero paje, servidor de su
[ingenio.

Obiit anno 1616
Ætatis 53, die 23 Ap.

Al pie del monumento está la lápida que cubre los restos del más grande hijo de Inglaterra. La inscripción, compuesta por el mismo, según creencia tradicional, es de un vigor que claramente acusa la soberana mente del poeta. La traducción más aceptable que de ella puede hacerse, expresando el pensamiento de modo que la fidelidad perjudique lo menos posible á la energía, es ésta:

> Buen amigo, por Jesús abstente
> De remover el polvo aquí encerrado.
> Bendito sea quien respete estas piedras,
> Maldito quien toque mis huesos.

Cerca del sepulcro de Guillermo está el de su mujer Ana Hatheway, que le sobrevivió siete años, á pesar de ser más vieja que él. (Diez y ocho años y medio tenía el poeta cuando se casó, y su mujer veinticinco.) También yace allí Susana, la hija mayor. (Además de Susana, nacieron de aquel matrimonio dos gemelos, llamados Hamnet y Judit.)

El monumento que he descrito, y la piedra sepulcral que cubre los huesos del autor de *Otelo*, absorben por completo la atención en el presbiterio de *Trinity Church*. Las hermosas vidrieras, el altar y las graciosas líneas de aquella arquitectura, quedan ante el espíritu del visitante en lugar secundario. Luego se advierte que hay en todo perfectísima armonía; que el gallardo templo

es digno de encerrar la memoria y los restos mortales del primer dramático del mundo, y que en aquel noble recinto parece dormir su genio con un reposo que no es el de la muerte. Toda persona espiritual ha de sentir en semejante sitio emociones profundísimas, imaginando que conoce á Shakespeare, y ha de connaturalizarse con él más íntimamente que leyendo sus obras.

Resulta una impresión mística, una comunicación espiritual como las que en el orden religioso produce la exaltación devota frente á los misterios sagrados ó las reliquias veneradas. El entusiasmo literario y la fanática admiración que las obras de un superior ingenio despiertan en nosotros, llegan á tomar en tal sitio y ante aquella tumba el carácter de fervor religioso que aviva nuestra imaginación, sutiliza y trastorna nuestros sentidos, nos lleva á compenetrarnos con el espíritu del sér allí representado, y á sentirle dentro de nosotros mismos, cual si lo absorbiéramos por misteriosa comunión.

Para recorrer todo lo antiguo que conserva las huellas de Shakespeare, nos falta visitar *Grammar School*, donde recibió la primera enseñanza. El aula se conserva sin variación desde aquellos tiempos, y su arquitectura tiene el mismo carácter que la casa natal y otras que en la ciudad subsisten. Inmediata á la escuela hállase *Guildhall*, donde, si no miente la tradición, daban sus funciones dramáticas los cómicos

errantes que alguna vez llegaban á Stratford. Supónese que allí vió Guillermo las primeras representaciones escénicas que despertaron su genio creador, y allí aprendió los rudimentos del arte histriónico, en el cual descolló también, aunque no tanto como en el de la creación poética.

Los monumentos modernos consagrados á la memoria de Shakespeare son dos: la *Clock Tower*, ó torre del reloj, construcción de estilo gótico, más severa que elegante y de proporciones no muy grandiosas, y el *Shakespeare Memorial*, edificio complejo, situado á orillas del Avon, y en el cual se quiso hermanar lo útil á lo agradable. El primero de estos monumentos fué construído á expensas de un generoso americano, que quiso, como vulgarmente se dice, *matar dos pájaros de un tiro:* honrar el nombre de Shakespeare, y perpetuar la memoria del jubileo de la Reina Victoria. No se ve claramente la paridad entre ambas ideas; pero el patriotismo sajón es tan extensivo, que fácilmente abarca y sintetiza todos los sentimientos de que se enorgullece la raza. A mayor abundamiento, la *Clock Tower* representa también la fraternidad entre Norte América y la madre Albión, y para este sentimiento hay allí símbolos que el artista ha sabido hermanar con la iconografía shakesperiana y con el busto de la Emperatriz de las Indias.

El otro monumento, ó sea el llamado *Shakespeare Memorial buildings*, es un edificio

complicado y grandioso, erigido por suscripción pública, y que contiene un teatro, museo y biblioteca. Exteriormente su aspecto de alhóndiga ó depósito comercial no expresa bien el objeto espiritual de su fundación. Hállase situado á orillas del Avon, no lejos de *Trinity Church*, y desde los jardines que le rodean se goza de la perspectiva hermosísima del río y sus risueñas márgenes. Lo más notable del edificio como arte constructivo, es la escalera. La sala del teatro, donde con frecuencia se representan por los mejores actores ingleses los dramas del sublime hijo de Stratford, es grande y bella. Pero las colecciones de escultura y pintura que componen los muros anexos, apenas podrían calificarse de medianas. Con todo, la erección de este vasto edificio honra á los paisanos de Shakespeare y es una prueba de refinada cultura. En el jardín se admira una estatua en bronce (bastante mejor que la que Londres ostenta en Leicester Square) sobre gallardo pedestal, que decoran cuatro figuras representando á Lady Macbeth, Hamlet, Falstaff y el Príncipe Hall, los cuatro caracteres fundamentales de la creación shakesperiana: el trágico, el filosófico, el cómico y el histórico.

Y ya no hay más que ver en Stratford.

La visita ha concluído, y sólo quedan espacio y margen para las reflexiones que sugiere la contemplación de los interesantes objetos relacionados con la vida mortal del dramaturgo, que ha sido y será siempre

asombro de los siglos. Pero estas reflexiones mejor las hará el lector que yo. No es ocasión para un estudio de las creaciones del trágico inglés, las cuales son patrimonio del género humano, y por esto quizás, y por su propia universalidad, parece como que están exentas de la crítica.

Pero si del teatro shakesperiano no es fácil escribir con novedad, la vida del poeta, por tanto tiempo rodeada de obscuridades, ofrece inagotable asunto... Los comentaristas del hijo de Stratford no descansan, y cada día se aclara un punto dudoso de aquella preciosa existencia. Así, la diligente labor biográfica, integrando la crítica, forma un eterno expediente de canonización.

PEREDA [1]

Ahora que estamos solos, impaciente lector, en la antesala de un libro, esperando á que se nos abra la mampara del capítulo primero, voy á hablarte de aquel buen amigo, cuyo nombre viste, al entrar, estampado en el frontispicio de este noble alcázar de papel en que por ventura nos hallamos. Y no voy á hablarte de él porque su fama, que es grande, aunque no tanto como sus méritos, necesite de mis encomios, sino porque me mueve á ello un antojo, tenaz deseo quizás, ó más bien imperioso deber, nacido de impulsos diferentes. El motivo de que haya escogido esta ocasión ha sido puramente fortuito y no ha dependido de mí. Desde hace mucho tiempo tenía yo propósito de ofrecer á aquel maestro del arte de la novela un testimonio público de admiración, en el cual se vieran confundidos cariño de amigo y fervor de prosélito. Cada nueva manifestación del fecundo ingenio montañés me declaraba la oportunidad y la urgencia de cumplir el compromiso conmigo mismo contraído; luego los quehaceres lo diferían, y

(1) Prólogo de *El Sabor de la tierruca*.

por fin, solicitado de un activo editor, que incluye en su Biblioteca el último libro de Pereda, veo llegada la mejor coyuntura para decir parte de lo mucho que pienso y siento acerca del autor de las *Escenas Montañesas;* acepto con gozo el encargo, lo desempeño con temor, y allá va este desordenado escrito, que debiera ponerse al fin del libro, pero que por determinación superior se coloca al principio, contra mi deseo. Ni es prólogo crítico, ni semblanza, ni panegírico: de todo tiene un poco, y has de ver en él una serie de apreciaciones incoherentes, recuerdos muy vivos, y otras cosas que quizás no vienen á cuento; pero á todo le dará algún valor la escrupulosa sinceridad que pongo en mi trabajo y la fe con que lo acometo.

Veo que te haces cruces, ¡qué simpleza! pasmado de que al buen montañés le haya caído tal panegirista, existiendo entre el santo y el predicador tan grande disconformidad de ideas en cierto orden. Pero me apresuro á manifestarte que así tiene esto más lances, que es mucho más sabroso, y si se quiere, más autorizado. Véase por dónde lo que se desata en la tierra de las creencias, es atado en los cielos puros del Arte. Esto no lo comprenderán quizás muchos que arden, con *stridor dentum*, en el Infierno de la tontería, de donde no les sacará nadie. Tal vez lo lleven á mal muchos condenados de uno y otro bando, los unos encaperuzados á la usanza monástica, otros á

la moda filosófica. Yo digo que *ruja la necedad*, y que en este piadoso escrito no se trata de hacer metafísicas sobre la gran disputa entre Jesús y Barrabás. Quédese esto en lo más hondo del tintero, y *á quien Dios se la dió, Cervantes se la bendiga.*

Andando.

Conocí á Pereda hace once años, cuando había escrito las *Escenas Montañesas* y *Tipos y paisajes*. La lectura de esta segunda colección de cuadros de costumbres impresionó mi ánimo de la manera más viva. Fué como feliz descubrimiento de hermosas regiones no vistas aún, ni siquiera soñadas. Sintiéndome con tímida afición á trabajos semejantes, aquella admirable destreza para reproducir lo natural, aquel maravilloso poder para combinar la verdad con la fantasía, y aquella forma llena de vigor y hechizo, me revelaban la nueva dirección del arte narrativo, dirección que más tarde se ha hecho segura é invariable, obteniendo al fin un triunfo en el cual ha llevado su iniciador parte principalísima. Algunos de tales cuadros, principalmente el titulado *Blasones y talegas*, produjeron en mí verdadero estupor y esas vagas inquietudes del espíritu que se resuelven luego en punzantes estímulos ó en el cosquilleo de la vocación. Es que las obras más perfectas son las que más incitan, por su aparente facilidad, á la imitación. Luego viene, como diploma más alto de su mérito, la inutilidad del esfuerzo de los que quieren igualarlas, y tratándose

de aquélla y otras obras de Pereda, hay que darles á boca llena, y sin género alguno de salvedad, el dictado de *desesperantes*. Son de privilegio exclusivo, y... ¡ay del infeliz que ponga la mano en ellas! No le quedarán ganas de repetir el intento.

Como iba diciendo, la lectura de estas maravillas, después de la admiración que en mí produjo, infundióme un deseo ardiente de conocer el país, fondo ó escenario de tan hermosas pinturas. Suponía en él la misma originalidad, la propia frescura, gracia y acento de las *Escenas*, y figurábame que así como éstas no tienen rival, aquél no debía de tener semejante en el ramo de países. Esto me llevó á Santander: el simple reclamo de un prosista fué primer motivo y fundamento de esta especie de ciudadanía moral que he adquirido en la capital montañesa.

En la puerta de una fonda ví por primera vez al que de tal modo cautivaba mi espíritu en el orden de gustos literarios, y desde entonces nuestra amistad ha ido endureciéndose con los años y acrisolándose ¡cosa extraña! con las disputas. Antes de conocerle, había oído decir que Pereda era ardiente partidario del absolutismo, y no lo quería creer. Por más que me aseguraban haberle visto en Madrid, nada menos que figurando como diputado en la minoría carlista, semejante idea se me hacía absurda, imposible; no me cabía en la cabeza, como suele decirse. Tratándole después, me cercioré de la

funesta verdad. El mismo, echando pestes contra lo que me era simpático, lo confirmó plenamente. Pero su firmeza, su tesón puro y desinteresado, y la noble sinceridad con que declaraba y defendía sus ideas, me causaban tal asombro y de tal modo informaron y completaron á mis ojos el carácter de Pereda, que hoy me costaría trabajo imaginarle de otro modo, y aun creo que se desfiguraría su personalidad vigorosa si perdiera la acentuada consecuencia y aquel tono admirablemente sombrío. En su manera de pensar hay mucho de su modo de escribir: el mismo horror al convencionalismo, la misma sinceridad. Otra circunstancia hace excepcional su proselitismo, y lo exime de las censuras á que vive expuesta toda opinión radical en nuestros días: me refiero á su preciosísima independencia, que le aisla de los manejos de todos los partidos, incluso el suyo.

Dicho esto, quiero añadir que Pereda es, como escritor, el hombre más revolucionario que hay entre nosotros, el más anti-tradicionalista, el emancipador literario por excelencia. Si no poseyera otros méritos, bastaría á poner su nombre en primera línea la gran reforma que ha hecho, introduciendo el lenguaje popular en el lenguaje literario, fundiéndolos con arte y conciliando formas que nuestros retóricos más eminentes consideraban incompatibles. Empresa es ésta que ninguno acometió con tantos bríos como él, y en realizarla todos se quedan tamañi-

tos á su lado. Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España, consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para reproducir los matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él; el terco régimen aduanero de los cultos le priva de flexibilidad. Por otra parte, la prensa, con raras excepciones, no se esmera en dar al lenguaje corriente la acentuación literaria, y de estas rancias antipatías entre la retórica y la conversación, entre la academia y el periódico, resultan infranqueables diferencias entre la *manera de escribir* y la *manera de hablar*, diferencias que son desesperación y escollo del novelista. En vencer estas dificultades nadie ha adelantado tanto como Pereda: ha obtenido maravillosas ventajas, y nos ha ofrecido modelos que le hacen verdadero maestro en empresa tan áspera. Cualquiera hace hablar al vulgo, pero ¡cuán difícil es esto sin incurrir en pedestres bajezas! Hay escritores que al reproducir una conversación de duques, resultan ordinarios: Pereda, haciendo hablar á marineros y campesinos, es siempre castizo, noble y elegante, y tiene atractivos, finuras y matices de estilo que á nada son comparables. Por esto, por sus felicísimos atrevimientos en la pintura de lo natural, es preciso declararle porta-estandarte del realismo literario en España. Hizo

prodigios cuando aún no habían dado señales de existencia otras maneras de realismo, exóticas, que ni son exclusivo don de un célebre escritor propagandista, ni ofrecen, bien miradas, novedad entre nosotros, no sólo por el ejemplo de Pereda, sino por las inmensas riquezas de este género que nos ofrece la literatura picaresca.

Frente al natural, Pereda tiene una energía de asimilación que asusta. Los contornos y tintas que ve, las particularidades que escudriña, los conjuntos y efectos totales que sorprende, maravilla son que nos revelan en él como un poder milagroso. En *Los hombres de pró*, en las páginas culminantes de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* y *De tal palo tal astilla*, se muestran en toda su riqueza la facultad observadora, la invención sobria y fecunda, el culto de la verdad, de donde resultan los caracteres más enérgicamente trazados, y el diálogo más vivo, más exacto y humano que es posible imaginar.

Otra cosa. Pereda no viene nunca á Madrid. Para conocerle es preciso ir á Santander ó á su casa de Polanco, donde vive lo más del año, entre dichas domésticas y comodidades materiales que le añaden, como literato, una nueva originalidad á las demás que tiene. Es un escritor que desmiente, cual ningún otro de España, las añejas teorías sobre la discordia entre la riqueza y el ingenio. Por no dejar hueso sano al convencionalismo, le ha perseguido y destroza-

do hasta en esa rutina cursi de que el escritor es un sér esencialmente pobre. Así, en ninguna parte se conoce tan bien á nuestro buen príncipe montañés, como en aquellos hospitalarios estados de Polanco, residencia placentera y cómoda, asentada en medio de la poesía y de la soledad campestres, entre los variados horizontes y los paisajes limpios y puros de aquella hermosa costa, que con su ambiente fresco y su templada luz parece ofrecer al espíritu mayor suma de paz, más dulces recreos que ninguna otra región de la Península.

Y el buen castellano de Polanco, sectario del absolutismo y muy deseoso de que resucite Felipe II para que vuelva á hacer sus gracias en el gobierno de estos reinos, es el hombre más pacífico del orbe, de costumbres en extremo sencillas, de trato amenísimo, llano y familiar, que podría derechamente llamarse democrático. A veces imagino que, por trazas del demonio, la Humanidad pierde el sentido, que el tiempo se desmiente á sí mismo y nos hallamos de la noche á la mañana en plena situación absolutista Llevando adelante la hipótesis, imagino que al autócrata se le ocurre una cosa muy natural, y es elegir para primer gobernante al hombre de más ingenio de su partido. Tenemos á Pereda de ministro universal. Pues ya podemos hacer lo que se nos antoje, porque de seguro no nos ha de chamuscar ni el pelo de la ropa, y viviremos en la más dulce de las anarquías.

No sé por qué me figuro que la firmeza de las ideas de Pereda, bien analizada, resultaría más afecta al orden religioso que al político, y no sé, no sé... pero casi podría afirmar que gran parte de aquella intolerancia mordaz, de aquella flagelante y despiadada inquina contra ciertas instituciones, desaparecería si el espíritu de nuestro autor no estuviera enviciado y como engolosinado en la observación de los infinitos tipos de ridiculez que sabe ver y calificar como nadie; tipos que él atribuye, con ingeniosa parcialidad, al sistema político dominante en todo el mundo, y que en realidad aparecen contenidos en él por lo mismo que el tal sistema abarca la porción más grande de la sociedad... Eso sí, hombre que tenga en grado más alto la facultad de ver lo cómico y todos los grados de la ridiculez de sus semejantes, no creo que exista ni aun que haya existido. Posee perspicacia genial, vista milagrosa y olfato sutil que le permiten penetrar hasta donde no puede hacerlo la grosera observación de la mayoría. Y luego que descubre la pobre víctima, allí donde menos se pensaba, la coge en la poderosa zarpa, juega con ella cruel, la destroza, la arroja al fin hecha pedazos. Ejemplos de esta sátira implacable se hallan en sus celebrados libros *Los hombres de pró* y *Don Gonzalo*, novelas de costumbres políticas, en que la energía de la pintura llega hasta lo sublime, y el espíritu de secta hasta la ferocidad; obras en que el autor ha puesto toda la irritación de

su temperamento y todo el vigor de sus ideales extremados. Y no es fácil ni lógico juzgar estos acabados modelos de novela política con un criterio inspirado en ideas de prudencia, que al fin encerraría la inspiración del artista dentro de límites mezquinos. Creo que las obras citadas no pueden ser de otra manera que como son. Así salieron, cruelmente sarcásticas y guerreras, de la mente de su autor, y con el ambiente de la imparcialidad perderían todo su vigor y encanto. Por lo demás, la intolerancia que tanto avalora y vigoriza el potente ingenio de Pereda suele desarmarse en el seno de la amistad, en esos coloquios sostenidos con algún huésped de Polanco á lo largo de un prado ó por los ángulos y curvas de sombría calleja, allí donde parece no pueden llegar los ecos de la batalla empeñada por ésta ó la otra idea, de esas que al fin y á la postre, implantadas ó no, modifican poco las partes positivas de nuestra existencia. Fácil es en estos coloquios, en que el espíritu parece más expresivo que la palabra, sorprender en el buen campeón algo de cansancio por tantas y tan crudas batallas como ha reñido en el terreno más escabroso de todos, que es el de las letras. Y sin esfuerzo de conjeturas, sino por la lógica misma de las cosas, se viene á comprender que teniendo Pereda su familia, sus libros y sus amigos, se le importa una higa de lo demás.

Ignoro la edad de mi amigo, y me falta con esto el primer dato para su biografía.

Para su retrato me faltan colores. Sólo puedo decir que es hombre moreno y avellanado, de regular estatura, con bigote y perilla, de un carácter demasiadamente español y cervantesco. Posee un retrato suyo, buena pintura y gentil cabeza, con valona y ropilla, al cual es necesario dar el tratamiento de *usarcé*. Tratándose de temperamentos nerviosos, hay que postergarlos á todos para dar diploma de honor al de mi amigo, á quien frecuentemente es preciso reprender como á los niños, para que se le quiten de la cabeza mil aprensiones y manías. Hay quien le dice que todas estas *ruineras* son pretexto de la pereza, y se le receta para curarse una medicina altamente provechosa para el médico, es decir, que se tome medio millar de cuartillas y que nos haga una novela. Recuerdo una temporada en que dió en la flor de que se iba á caer en medio de la calle, y salía con precauciones mil y temores muy graciosos. Sus amigos le recetaban que se pusiese al telar. No quería ni á empujones hacerlo; pero tanto se bregó con él, que el feliz término de todo aquel desconcierto nervioso fué la encantadora novela *De tal palo tal astilla*.

Para concluir. Es Pereda un hombre harto de bienestar, privilegiado sujeto en quien concurren dones altísimos como su poderoso ingenio, que le hace figura de primera magnitud en las letras españolas, su bondad y nobles prendas, y todo lo demás que ensancha y florea el camino de la vida. Por

tener tan variados tesoros y ninguna pena, suele preocuparse de pequeñeces, y las contrariedades del tamaño de piedrecillas se le agrandan como montaña que obstruye el paso. Cualquier contratiempo en la impresión de sus libros, la tardanza de un editor ó, *pinto el caso*, la falta de cumplimiento del compromiso de un amigo, le hacen cavilar, y ponen en apretadísima torsión todo el cordaje de la incansable máquina de sus nervios.

Por eso, si el no haber escrito estas líneas antes de ahora es causa de que tú, desesperado lector, no hayas podido gustar antes este libro campesino y esencialmente montañés, *El sabor de la tierruca*, flor la más pura quizás del ingenio de Pereda, á tí antes que á él pido perdón, aunque ambos hayan rabiado igualmente por culpa mía. Y no siento yo la tardanza, sino que no haya acertado á decir todo lo que sé sobre el originalísimo escritor y maestro incomparable que ha trazado á la novela española el seguro camino de la observación natural. Su influencia en nuestra literatura es de las más grandes que han existido, y la señalarán en toda su extensión el tiempo y la venidera infalible justicia de las categorías literarias. Muchos le deben todo lo que son, y algunos más de lo que parece. Si este escrito pudiera ser largo, algo más diría yo que la brevedad me obliga á dejar de la mano; cosas que tal vez no sean necesarias por ser sabidas de todo el mundo, pero que yo qui-

siera indicar, porque sin indicarlas no quedo satisfecho. Y es que hablando de Pereda y subiéndole hasta donde alcanzan mis fuerzas de sectario apologista, siempre me parece que no le enaltezco bastante, y quisiera volver á emprender de nuevo la tarea hasta ponerle más alto, más alto y donde debe estar.

Madrid, Abril de 1882.

CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA

I

Al entrar en Santillana parece que se sale del mundo. Es aquélla una entrada que dice: "no entres.„ El camino mismo, al ver de cerca la principal calle de la antiquísima villa, tuerce á la izquierda y se escurre por junto á las tapias del palacio de Casa-Mena, marchando en busca de los alegres caseríos de Alfoz de Lloredo. El telégrafo, que ha venido desde Torrelavega, por Puente San Miguel y Vispieres, en busca de lugares animados y vividores, desde el momento en que acierta á ver las calles de Santillana da también media vuelta y se va por donde fué el camino. Locomotoras jamás se vieron ni oyeron en aquellos sitios encantados. El mar, que es el mejor y más generoso amigo de la hermosa Cantabria, á quien da por tributo deliciosa frescura y fácil camino para el comercio, el mar de quien Santillana toma su apellido, como la esposa recibe el del esposo, no se digna mirarla, ni tampoco dejarse ver de ella. Jamás ha pensado hacerle el obsequio de un puertecillo, que en

otras partes tanto prodiga; y si por misericordia le concede la playa de Ubiarco, las aviesas colinas que mantienen tierra adentro á la desgraciada villa, no le permiten hacer uso de aquel mezquino desahogo. Contra Santillana se conjura todo: los cerros que la aplastan, las nubes que la mojan, el mar que la desprecia, los senderos que de ella huyen, el telégrafo que la mira y pasa, el comercio que no la conoce, la moda que jamás se ha dignado dirigirle su graciosa sonrisa.

El viajero no ve á Santillana sino cuando está en ella. Desde el momento en que sale la pierde de vista. No puede concebirse un pueblo más arrinconado, más distante de las ordinarias rutas de la vida comercial y activa. Todo lugar de mediana importancia sirve de paso á otros, y la calle Real de los pueblos más solitarios se ve casi diariamente recorrida por ruidosos vehículos que transportan viajeros, que los matan si es preciso, pero que al fin y al cabo los llevan. Por la calle central de Santillana no se va á ninguna parte más que á ella misma. Nadie podrá decir: "he visto á Santillana de paso.„ Para verla, es preciso visitarla.

Los habitantes mejor situados de esta venerable villa muerta son las monjas. Ellas, desde las desvencijadas ventanas de los dos grandes conventos construídos hace siglos á la derecha del camino, cuando se baja al campo de Revolgo, pueden atisbar á todo el que pasa, aunque no entre en Santillana.

Disfrutan de ameno paisaje, aunque no espacioso, y de la grata compañía de hermosos árboles y frescas praderas. Aquellas pobres ascetas, arrojadas las más de los secularizados conventos de la provincia, son los únicos vecinos de Santillana que ven cielo, árboles, la incomparable perspectiva de los suelos verdes y frescos, colinas, campo, una lontananza que hace veces de horizonte, y, sobre todo, pasajeros.

Sírvanos de amparo la mirada de las vírgenes del Señor para penetrar en la villa difunta. Es preciso dejar el coche á la entrada, no sólo porque aquí no hay longitudes fatigosas, sino porque los que empedraron estas calles no pensaban que algún día hubiera carruajes en el mundo. Entramos, y las históricas casas detienen nuestro paso, nos dan una especie de *quién vive*, nos miran con sus negros balconcillos soñolientos, medio cerrados, medio abiertos; fruncen el negro alero podrido, y parece que la enorme pared verrugosa se inclina en ceremoniosa y lenta cortesía. Nuestro estupor aumenta cuando advertimos, mirando á todos lados, un fenómeno rarísimo y que no se observa ni al visitar los pueblos más muertos. No se ve gente. No hay nadie. Nadie nos mira, nadie nos sigue, y el roñoso gozne de la ventana secular no gime lastimero abriéndose para dar paso á un semblante humano. Todo es soledad, un silencio como el del sepulcro, ó mejor, como el del campo. Ni pasos de hombre ni de bruto turban el sosiego

majestuoso que rodea las venerables casas. Allí, como entre cartujos, todo se dice con la expresión de la fisonomía; nada se habla.

Ninguna puerta antigua se parece á estas puertas; ningún ojivo ventanucho, ningún jiboso balcón ni tuerto tragaluz se parece á los huecos de estas viviendas, cuya fisonomía es completamente extraña á los tiempos presentes. Los siglos no han mudado nada, ni puesto su mano remendona en parte alguna de los destartalados edificios. Los habitantes de ellos no pueden ser como nosotros, y de seguro, si no los vemos en el momento presente, es porque han ido de fiesta y volverán de súbito, mostrándonos sus avellanados rostros dentro de las golillas, y pasando casi á saltos y cuidadosamente de piedra en piedra para no mancharse de barro las enjutas piernas con negras calzas.

Hay casas pequeñitas cuyo techo parece estar al alcance de nuestra mano; otras grandes que se estiran manifestando cierta finchada animadversión al vernos pasar. Unas esconden su fealdad en un ángulo; otras, ventrudas y derrengadas, apoyándose en podridos puntales, salen y estorban como el tullido con muletas que pide una limosna. Las hay que muestran el vanidoso escudo ocupando media fachada; las hay que muellemente se reclinan sobre su vecina. Echándole á ésta el peso de una teja, daría con su cansado cuerpo en tierra; aquella otra, por el contrario, muestra en sus

hermosos sillares gran confianza en sí misma, y su curtido rostro expresa vanidoso convencimiento de remojarse en las aguas del venidero siglo.

A todas les ha salido de tal manera el musgo, que parecen vestidas de una piel verdinegra. En las junturas y en los desperfectos, variadas especies vegetales muestran su pomposa lozanía. A trozos vese interrumpida la hilera de habitaciones por tapias de huertas, en que el musgo es resbaladizo y sutil como el más fino terciopelo. Ejércitos de helechos en fila coronan el muro de un extremo á otro, y moviéndose á compás á impulsos del viento, parece que corren. Una higuera extiende sus brazos hasta media calle, cual si quisiera decir algo, con suplicante ademán, al transeunte. En otra parte vese en lugar de puerta un gran arco de fábrica, por el cual un arroyo se mete tranquilo y sin bulla dentro de la masa de edificios, perdiéndose en laberintos obscuros, á cuyo extremo se alcanza á ver la indecisa claridad del hueco por donde sale al campo. Sobre aquel río se alza una vivienda misteriosa, toda negra, toda húmeda, tan vieja que los reinos de la Naturaleza se han confundido, y no se sabe lo que es liquen, lo que es piedra, lo que es viga, lo que es hierro. Al punto que la ve, llénala la incitada fantasía de novelescas historias; que no hay torreón sin duende. Pregúntale su abolengo, el número de horas que han transcurrido suavemente desde el

primer día de su existencia, y el número de vidas que se han sucedido en su recinto, como las leves ondas del pequeño río que van pasando y perdiéndose la una en la otra.

El aldabón se mueve y llama; retumba la bóveda del portal como una respuesta soñolienta; ábrese una ventana, y las vigas de la escalera crujen; suenan pisadas de inquietos corceles, ladridos de perros cuyo lenguaje no parece igual al de los perros de nuestro siglo; óyense preguntas y respuestas en las cuales se destaca el majestuoso asonante del *Romancero*. En la penumbra, gallardas plumas negras se mecen sobre las cabezas, y entre las voces se siente sonajeo de espuelas y roce de rechinantes conteras contra el suelo. Las capas obscuras parecen sombras que entran y salen. Una luz macilenta, por hermoso brazo sustentada, alumbra de improviso colores más vivos, y las bruñidas cotas lanzan plateados reflejos. Las voces, las luces, se van extinguiendo al fin. Descansan los caballos, cesan de chillar las añosas maderas de la escalera, se pierden los pasos, á lo lejos golpean algunas puertas; gruñen, en vez de ladrar, los perros; desaparece la luz; piérdense en absoluta obscuridad plumas y capas, y todo cae en profundo sosiego. Poco después, de toda aquella algazara no queda más que la vibrante palabra diatónica del sapo, un asqueroso hablador de la húmeda noche, que perennemente está haciendo su pregunta sin que nadie le conteste.

Defendámonos contra la fantasmagoría. ¡Atrás, sombras vanas, imágenes absurdas! No nos dejaremos fascinar; lucharemos contra la ilusión hasta vencerla y poner sobre sus destrozados restos el orgulloso pabellón de la realidad. Si es de día, ¿á qué vienen esas sombras, donde se mecen airosas plumas? ¿De qué rincón han salido esos vagabundos que hablan en romance? Abajo la leyenda; reine la vigilante observación que todo lo mide, y á cada objeto da su color y á cada boca su palabra.

Por fin vemos gente. Un aldeano pasa y nos saluda con la grave urbanidad del montañés que no se ha depravado en el muelle de Santander ó en las minas de Reocín. Por la calle de las *Lindas* bajan dos muchachas, que nos miran y luego hablan entre sí, comentando nuestra visita á Santillana. Al fin, entre tanto caserón viejo, entre tanta puerta corroída, divisamos algo que chilla y disuena. Parece que se oye un *alto* brutal. La impresión es fuerte, porque se había perdido la noción de las perspectivas á la moderna, y el ánimo no estaba preparado para transición tan brusca. Mas no hay que asustarse: aquel establecimiento flamante es la botica, y su pórtico hállase pintado de blanco con gallardos ramitos azules que le dan muy buen ver. En la puerta, varios jóvenes de la población entretienen las inacabables horas de Santillana hablando de política, de los toros de Santander, ó de las menudas historias de la villa. Y que hay todavía his-

torias en Santillana, pueblo de tantas grandezas, no podemos dudarlo ya desde que hemos visto que hay gente.

II

La Abadía.

Para llegar al atrio es forzoso que pasemos sobre una reja colocada horizontalmente, sistema de ingreso que el viajero no acierta á comprender si no le advierten que los cerdos y las vacas, que libremente pasean por las calles de la villa, entrarían con el mayor desenfado en la santa iglesia, si por aquel ingenioso medio no se les detuviera. Abundante hierba crece en el atrio, y sus informes baldosas, sobre las cuales han pisado tantos siglos entrando y saliendo, están rodeadas de verdura entre charcos que la lluvia renueva sin cesar. A la derecha se alza la torre, cuadrada, rojiza, semejante por su esbeltez á los cubos mozárabes de Castilla la Nueva. Mirada atentamente, y prescindiendo del parentesco más ó menos lejano que tienen todas las obras de arquitectura, y en particular las obras orientales con las románicas, se ve que es cosa muy distinta. Una austeridad cenobítica domina en la galería superior, en el ajimez, en las columnas cilíndricas de los ángulos y en los

cordones horizontales, que parecen puestos allí para ceñir las diversas fases de la fábrica. La puerta principal es un noble vestigio que inspira compasión. Las series de arcos concéntricos cuajados de estrellas, perlas, cabecillas de clavo, lacerías, cables, ziczás, dientes de sierra, apenas conservan restos de esta peregrina ornamentación; los capiteles están roídos, y las figuras mutiladas; pero tal es la fuerza del arte, que parece que tienen expresión aun sin tener cabeza.

Dentro, la mirada se extiende por una nave de regular altura y dos laterales más bajas que no se confunden con el ábside, sino terminan á ambos lados del presbiterio en pequeñas capillas. Otra nave alta corta á la primera en cruz, estableciendo la forma latina. Las bóvedas y arcos, de medio punto en algunos sitios, peraltados en otros, parece que buscan ó presagian la ojiva. La vista de este hermoso edificio románico, cuya data de construcción fácilmente fija el observador en el duodécimo siglo, causa fatiga y desconsuelo. Se ve que la noble construcción pugna por mostrarse rompiendo el velo espeso que la cubre; porque ni los variados capiteles, ni las impostas y las cornisas que el escultor llenó de imitaciones de la Naturaleza, labrándolas con inocente estilo, aparecen con claridad á la vista. Todo está cubierto y velado por una capa espesa de yeso; las figuras se ven como si estuvieran arrebujadas en un manto blanco, bajo el cual tiemblan de frío y de vergüenza. Es

preciso, para que la Colegiata de Santillana brille como merece, que haya una mano hábil que la desnude, así como hubo una bárbara mano que la vistió. Si al menos hubiera cubierto los grupos desvergonzados que decoran altos capiteles en la capilla de la derecha, la profanación artística habría tenido alguna disculpa; pero cuidó de dejarlos como todos los demás, y hoy son los primeros que el maligno sacristán enseña á los forasteros.

La Colegiata es pobre: su pobreza está pintada en todo el edificio, desde el basamento de las columnas hasta la clave de la última bóveda; en la figura del monaguillo, que vestido con blusa azul y calzado de alpargatas, entra y sale, desempeñando su oficio con el gracioso aburrimiento propio de todo monaguillo; en el túmulo negro goteado de amarilla cera que sirve para recibir las ofrendas, y en el mocoso candelero que las alumbra. Sin embargo, un frontal de plata repujada cubre el altar mayor, y la sacristía guarda joyas de precio que no se aplican diariamente al culto.

Los sepulcros notables son dos: el de Santa Juliana, una mártir de la Propóntide, y el de la Infanta doña Fronilde, de autenticidad muy disputada por los críticos. Ambos enterramientos son de una antigüedad respetable, y las extrañas figuras y emblemas que los adornan desafían la sagacidad de los anticuarios más cachazudos.

Nos falta el claustro, resumen de toda la

poesía y de todos los misterios de la vieja Santillana. Fuerte olor de humedad y de cementerio nos lo anuncia, y al entrar en él, lo primero que ven los ojos es una calavera que ha caído del osario, y se mantiene sobre el zócalo, fría y seria, observando con sus ojos huecos á todo el que se atreve á penetrar allí.

III

El claustro.

Catorce arcos de medio punto, sustentados por grupos de cuatro columnas, componen cada una de las cuatro galerías que forman el claustro. Los que han visto arquitectura románica y de transición, comprenderán la variedad de capiteles con que los artistas de los siglos XI y XII han coronado estas inimitables columnatas. Los hay historiados, los hay religiosos, los hay compuestos con formas del orden vegetal, con figuras humorísticas unos, con grupos de cacerías otros, con caprichosas lacerías éstos, aquéllos cubiertos de ramificaciones orientales. El tono general de la fábrica actualmente es un marcado color de corcho, y la superficie de la piedra leprosa, agujereada, lamida por el tiempo, aumenta la semejanza con aquel cuerpo. En una de las cru-

jías, los dobles pares de columnas se inclinan hacia adelante con uniformidad. La fábrica está cansada, y busca el mejor medio de caer y tenderse en tierra. Otra crujía, la del Norte, azotada por la lluvia y muerta de frío, porque jamás le ha dado el sol, ha tomado un color verdinegro, y se pudre calada de humedad hasta lo más hondo de sus ateridas piedras.

El techo no es en su mayor parte de bóveda, sino de vigas negras, que en algunos sitios necesitan ser apuntaladas por otras vigas casi tan podridas como ellas, para no caer al suelo. La vegetación ha invadido todo, y parece que hasta las piedras tienen tallos y hojas. El patio cuadrilongo, sepultura de los pobres, ofrece espléndida variedad de las hierbas más lozanas, donde pasta la infinita grey de babosos caracoles. Diez siglos de Santillana yacen bajo aquellas raíces; pero los huesos viejos, aquéllos que pertenecieron á quien ha sido abandonado para siempre de todas las memorias de la tierra, son arrojados al osario, que está lleno hasta los bordes, como granero en tiempos de pingüe cosecha. Rebosa por encima de una de las paredes laterales, y cuando soplan fuertes vientos llueven calaveras. En un ángulo, un ciprés solitario, afilado, negro, pugna por salir fuera de la vetusta fábrica, y un grupo de silvestres cañas se cimbrea rozando sus delgadas hojas superiores. Cuando las noches vienen con cierzo y las calaveras del osario chocan unas con

otras, y resbalan los huesos aplastando á los caracoles, el cañaveral, triste músico de la noche, se queja suavemente del desorden que le rodea.

Cuando el sol ilumina la revuelta sepultura, en la cual todo está destrozado, el muerto y el sarcófago, se ve claramente que la paz de aquellos melancólicos lugares supera á cuanto puede soñar la imaginación del vivo, anhelante de descanso. Aquél sí que es imperio absoluto de la muerte. Allí todo es muerte, todo se descompone; y los gusanos, después de comerse el cuerpo, se comen la tumba; allí sí que no quedará nada; allí sí que entra todo en la esfera de asimilación de la Naturaleza; y cuando pase algún tiempo más; cuando en lo que fué lugar cristiano, puesto al amparo de la cruz para perpetuar memorias de los muertos, no se vean más que piedras informes, musgo, caracoles, lozanas hierbas que nutrieron sus raíces en cerebros donde latió el pensamiento; cuando hasta el osario sea blanca tierra que esparcirán sobre el campo los vientos, y desaparezcan las últimas esculturas lamidas por el agua, entonces se habrá realizado de un modo absoluto la sentencia que manda volver el polvo al polvo. En una misma ruína, en una misma masa de lodo cuyo imperio se reparten helechos y sabandijas, estarán comprendidos hombre y arte, el sentimiento cristiano que hizo el claustro y el egoísmo que lo dejó perder; todo será polvo, y no habrá ni siquiera

quien pueda enorgullecerse de aquella escoria.

El claustro de la abadía pasará pronto... Apresurémonos á verlo bien. En sus cuatro galerías abundan los sepulcros; pero muchos letreros no se pueden leer. Diríase que ha pasado por ellos humo densísimo para borrarlos. En otras, una sencilla cruz dice algo más que las enfáticas inscripciones con letras amarillas, recién hechas y aun barnizadas, con pretensiones de llegar á la eternidad. Algunos señores de la nobleza del país duermen dentro de un gran prisma de yeso. En diversos puntos se ven arrinconados ó puestos en pie contra la pared los antiguos ataúdes de piedra, ya mudos, porque sus epitafios no dicen nada, ya sin dueño, porque los siglos han barajado la tierra y los huesos. El silencio, la paz de aquellos sitios, que son el símbolo más perfecto del eterno descanso, se turba cuando entierran á alguien; pero por esta misma razón se turba pocas veces.

*
* *

Cuando se recorren las calles de Santillana para salir de la villa, ésta parece más alegre. Por último, en la Plaza del Consistorio se ve una casa nueva, un edificio que acaba de salir, húmedo aún y charolado, de manos del arquitecto y del pintor. Más afuera, junto al camino que vuelve á la izquierda y pasa, está el palacio de Casa-Me-

na, construcción del anterior siglo, restaurada actualmente con especial esmero. Su riquísima biblioteca ocupa una sala baja, con preciosas estanterías de roble. Hermoso es el conjunto de esta bien ordenada pieza, en la cual se ven, formando conjunto artístico, estupendos muebles arcáicos, monetarios, panoplias, y, sobre todo, las dos librerías, cuyos estantes muestran y guardan elegantes y lujosas encuadernaciones. Colosal busto de Su Santidad ocupa el frente principal. La acertada combinación de los diversos objetos que llenan la estancia, sin que nada huelgue dentro de ella, produce singular encanto á la vista, así como los dulces matices de la esculpida madera sin barniz, el oro pálido que brilla en el herraje de las arquetas, el acero mate y la roja lana de las cortinas. De la riqueza bibliográfica que allí se guarde, poco puedo decir por no serme conocida. Rarezas y joyas tipográficas de inestimable valor, infinidad de escritos curiosísimos referentes á la provincia, colecciones de especialidades, crónicas harto escasas, hacen de la biblioteca de Casa-Mena la mejor de toda la Cantabria y una de las más escogidas y bellas de España.

En el resto del palacio, los actuales Marqueses han emprendido una serie de restauraciones, que harán de aquel edificio una residencia muy agradable, morada llena de encantos en la puerta de una ciudad lúgubre.

Y se acabó Santillana, se acabó la villa

difunta. El hermoso parque de Casa-Mena y los jóvenes pinares de la misma casa nos despiden de aquel glorioso escombro, al cual se asocia la memoria de Iñigo López de Mendoza, sin que la imaginación pueda separar el uno de la otra, á pesar de los cuatro siglos que pugnan por ponerse en medio.

IV

Alfoz de Lloredo.

Novales no quiere dejarse ver, y escondido entre sus azahares, renuncia á las visitas del caminante presuroso. En cambio, Cóbreces, Toñanes, Cigüenza, Ruiloba se muestran esparcidos por las verdes colinas, no lejos del mar, en terreno ligeramente pedregoso y muy quebrado. Los ricos *jándalos*, á quienes Jerez, el Puerto y Cádiz dieron dinero abundante, habla ceceosa y maneras un tanto desenvueltas, han poblado de risueñas casitas aquella alegre comarca. No faltó entre ellos quien quisiera dejar muestra de su piedad en un convento que aún está sin concluir. Los caseríos abundan, y en ellos las casas grandonas, blancas, con holgados balcones verdes y sólidos corta-fuegos, á los cuales no falta el pomposo escudo. A la espléndida vegetación montañesa se unen el naranjo y el limonero, y so-

bre la multitud que llena la plaza en horas de fiesta, destácase un sombrero exótico, una planta de otros climas: el calañés. Los emigrantes se han traído al regreso media Andalucía, y aquel país tiene no sé qué de meridional. Aquel mar que asoma en las curvas de los cerros dejando ver brillantes recortaduras de un azul hermosísimo, parece afectar ¡hipócrita!, en días pacíficos de verano, la serenidad y mansedumbre del Mediterráneo.

El monte de Tramalón remeda las espesuras de Sierra Morena, abrigo de ladrones, y según afirman mis compañeros de viaje, ladrones tuvo, si bien de juguete, gentezuela que antes daba sustos que puñaladas. En las revueltas del camino que baja y sube inquieto, y no sin fatiga por no encontrar dos varas de terreno llano en que extenderse con desahogo, se alcanza á ver la playa de Luaña, poco há invadida por los bañistas, que han encontrado en aquella placentera soledad establecimiento construído, en gran parte, con las maderas de un buque ruso, escupidas por el mar. Cóbreces, no teniendo bastante con las naranjas, se ha dedicado á explotar la moda balnearia. Por entre el ramaje verde de sus huertos se ven pasar sombrillas y quitasoles, y en los antepechos de sus balcones se ostentan colgados al sol, para secarse, esos horribles trajes de lana, dentro de los cuales Venus (admítaseme la generalización del emblema) gusta de volver á la espuma de donde salió.

V

Comillas.

Para entrar en esta villa de los López y de los cuatro prelados, es preciso atravesar el mar en coche. Tranquilizaos: hay un puente de roca á roca, y entre éstas mete el Océano uno de sus poderosos brazos, y con los destructores dedos de espuma revuelve la arena, y arma allí un remolino y una batahola que imponen miedo á los que pasan por encima.

No lejos del viaducto, los apagados hornos de calamina demuestran que por allí han pasado los mineros. Encima, y á vertiginosa altura, en la cumbre de un atrevido cerro, se alza la *Coteruca*, un palacio que vuela, según está de alto y de enriscado; á la derecha, otras colinas pedregosas junto al mar, en las cuales hay algunas casas con huertas, cuyos hortelanos han tallado á pico la roca para hacer de ellas un gran tiesto de legumbres; enfrente, la calle principal de Comillas, que sube, baja, da de codo á las casas para que la dejen pasar, y al fin, con trabajos mil, logra llegar hasta la plaza, de donde, no sin dificultad, puede salir para perderse en el camino de la Rabia.

El aspecto de Comillas es alegre, festivo:

infunde ideas de salubridad, de comodidad, de bienestar pacífico y laborioso. Sus casas antiguas no se desmoronan como las de Santillana, y las nuevas resplandecen de blancura. Tiene en algunos trozos cierto aspecto gaditano, y la luz del sol se quiebra en mil vidrios, tras de los cuales los ojos de la comillana no se descuidan en cuanto el empedrado anuncia con estrépito el paso de un vehículo.

Hay un colegio de mármol, una parroquia suntuosa y una casa de Ayuntamiento cuya fachada es casi un libro, donde está el registro de los hijos ilustres de la villa. Esta, aunque se halla muy cerca del mar, no lo ve desde sus principales sitios. Queriendo, sin duda, guarecer de los nordestes su limpio caserío, se acurrucó tras una peña, cuya cresta se llama el Calvario, y á la cual se asoman algunas casas que no pueden pasarse sin la incomparable vista del mar, y se empinan sobre los techos de sus vecinas.

En el Calvario se disfruta de una de las perspectivas más bellas que ofrece en su larga extensión la costa Cantábrica. Parece que no se acaba nunca de ver la inmensidad del mar que se desarrolla ante los ojos, ó que el horizonte huye. La colina baja bruscamente, tapizada de finísimo verdor, hasta la arena inmaculada; y al extremo izquierdo del arco que forma la playa, está el puerto, un pequeño cuadrilongo de escolleras batidas por el mar; un puño cerrado que puede contener diez ó doce barquitos, con los almace-

nes del resguardo y muelles para la calamina. Cuando los pataches salen de aquel nido y tienden sus alas blancas sobre el azul del mar en días serenos, es imposible dejar de contemplarlos hasta que se pierden en el azul inmenso. Allá lejos aparece en extensa línea negra el humo de los grandes vapores trasatlánticos, que pasan manchando el cielo.

En la roca que domina el muelle hay una ingente mole de piedra que fué iglesia y hoy parece que es cementerio. Era la antigua parroquia de la villa, perteneciente al señorío del Infantado. Cierto día, el mayordomo de Su Excelencia tuvo la malaventurada idea de expulsar de la iglesia á unas cuantas comillanas que ocuparon dentro de ella un lugar que no les correspondía. Irritáronse los marineros, y penetrando atropelladamente en el sagrado recinto, cogieron cuanto en él podía cogerse y lo arrojaron al mar. Allá fueron á poblar las verdosas honduras, altares, bancos, santos, púlpitos, confesonarios, etc. No creían ofender de ese modo á Dios, y para probarlo labraron con sus ahorros (entonces los pescadores tenían ahorros) el hermoso templo actual en el centro de la villa.

Mirando hacia la parte de tierra, se ven las suaves colinas verdes, con sus rústicas casas; y sobre todas ellas, en el último pico, posado como un águila, dominando media tierra y medio mar, el palacio de la Coteruca, inundado de sol en los días se-

renos, arrebujado de nubes en los turbios.

No es fácil conocer las costumbres y el carácter de un vecindario recorriendo á escape el lugar donde mora; pero lo que el viajero no puede decir *auctoritate propria*, lo dice por boca de la fama. Comillas es uno de los pueblos más cultos de la costa Cantábrica, y de los más morigerados y trabajadores. No lo han degradado las explotaciones mineras, y si su comercio es escaso y sus pesquerías insignificantes, allá se las compone con otras industrias. Todo allí respira un bienestar tranquilo, modestos hábitos de trabajo y un amor vivísimo á la localidad, sentimiento que se echa muy de menos en otras villas y aun ciudades ensoberbecidas. La circunstancia de contarse entre sus hijos algunos que son capitalistas de primer orden, ha contribuído á sus progresos. Lo extraño es que sin comercio de alto bordo, sin expediciones á América, sin pesquerías y también sin gran tumulto de bañistas, harto decaídos los embarques de calamina, tenga Comillas aquel grato aspecto de industrial satisfecho, ordenado y económico, ni derrochador ni avaro. ¡Simpático pueblo á quien se estrecha la mano como á un bueno y leal amigo!

Hoy ofrecen risueño porvenir á Comillas los baños de mar. ¡Pues es nada! Tiene hermosa fonda llena de pretensiones, con mesa redonda, á lo francés servida (aunque un poquito á lo español guisada), y en torno de los blancos manteles se ven señoras y caba-

lleros que hablan pestes de Biarritz y de San Sebastián. Por la playa pululan sombrerillos, y las voluptuosas olas reciben sacos llenos de carne nerviosa, que luego vuelven á la playa y tiritando se embaúlan en las frágiles garitas. Oyese conversación chispeante, agudezas, rumor de críticas y murmullos de política menuda. También suena la cancamurria de sáficos versos, y alguna poetisa deja ver su pálido rostro y oir estupendos dichos y sentimentales observaciones.

Para que nada falte, también hay expediciones á cercanas grutas; que si no hay olla sin tocino, tampoco hay hidroterapia sin estalactitas, ni mal de nervios que se prive de la fácil medicina de los paisajes.

Las maletas vuelven á Madrid llenas de pedruscos, de caracolitos y conchas, con los cuales se prueba á muchos incrédulos que hay mar. La concurrencia es alegre, escogida y abundante, aunque no tanto como merece Comillas.

VI

San Vicente de la Barquera.

Las marismas de la Rabia son tristes, solitarias, más solitarias y tristes á causa de su extensión. En las orillas bajas no hay pueblos, ni caseríos, ni bosques, ni los ver-

des collados que tanto abundan en este país. Las árgomas, un linaje de hierbas espinosas que se adornan de florecillas menudas, parecidas á las de la retama, invaden todo el suelo. Lo que de éste queda libre se lo toman para sí los helechos, que extienden su dominio absoluto allí donde no entran jamás arado, ni dalle, ni azada. En la Rabia debieran existir hermosos y espesos pinares; pero no hay nada más que charcos salobres y cien mil islas bajas, formadas por intrincado dédalo de canales, que unos á otros se quitan ó se dan el agua, según sube ó baja la marea.

Unese luego el camino á la carretera de Torrelavega á Oviedo, y poco después, vencidos los cerros que dominan la ría, se distingue el incomparable panorama de San Vicente. La inmensa anchura del valle á cuyo extremo se alza esta villa, la proximidad del mar, la gallarda situación del caserío entre dos puentes, las lejanas y altísimas montañas que forman un fondo majestuoso y parecen agrandar aún más el paisaje, hacen de esta perspectiva una de las más admirables y sintéticas que pueden ofrecerse á la vista del viajero. Allí todo es inmenso: tierra, cielo, montes, praderas, río, mar, marismas. Hasta el mismo pueblo de San Vicente parece un pueblo de primer orden á causa de la maravillosa fantasmagoría que produce su situación al pie del cerro, en cuya cima está la iglesia; reflejando en el agua dormida sus casas pintorescas, alargando á

una y otra ribera sus dos puentes como brazos con que se sostiene en los montes para poder zambullirse mejor en el agua. Tan bello es esto, que verdaderamente da pena el ver que á continuación de la perspectiva de San Vicente, venga San Vicente mismo, cuando lo mejor sería que después de ofrecerse en imagen lejana y fascinadora á los ojos del atónito pasajero, desapareciese y se ocultara allá entre hierbas de la mar, ó que se desvaneciera como las figuras del humo en los aires.

Pasando el gran puente del siglo VI, de treinta y dos arcos, sentimos verdadero estupor al ver que no se entra por allí á un pueblo como Glasgow, Hamburgo ó Nueva York. No se comprende que aquella gran ribera haya sido criada por Dios para sustentar al pobre San Vicente, y que las inmensas marismas que quedan atrás no sustenten miles de calles y plazas donde hierva gentío afanoso; no se comprende que esté tan cerca un mar sin barcos y un abra sin puerto, y un río sin fondo ni muelles, y que toda aquella singular belleza y amplitud sean tan sólo un gran charco de lodo salobre donde mojan sus cimientos algunas casas añosas, tristes y negras, como los pensamientos del desesperado.

Al fin, el puente se acaba, y es preciso entrar en la villa. Un convento que fué de Franciscos parece que vigila la entrada. Torciendo á derecha mano, después de hacer una reverencia muy devota á lo que fué

asilo de aquellos humildes siervos de Dios, entramos en la calle principal de San Vicente, una especie de avenida de fango, limitada á la izquierda por larga fila de altos caserones con zancudas arcadas, y á la derecha por la muralla inmediata al río. A un lado, obscuras y feísimas tiendas, balcones de hierro, en los cuales parece haber trabajado el mismo Vulcano, según son de pesados y antiguos; á otro, serena extensión de agua en que nadan gruesas vigas de roble, y en los muelles ni un buque, ni una grúa, ni un tonel, ni una caja, ni un cable, ni un ancla rota. Semejante á una choza de pescadores, allá lejos, junto á la orilla, está el santuario de la Barquera, donde no faltarán imágenes ante las cuales recen los hijos del país, siempre que no tengan otra ocupación peor en que invertir las pesadas horas.

Para ver el resto de San Vicente, hay que abandonar la calzada llana y trepar por las empinadas calles que conducen á la hermosa iglesia ojival. Pero entonces el asombro del viajero sube de punto viéndose rodeado de imponentes ruínas, como si la villa hubiera padecido terremotos é incendios horribles, sin tener después una mano solícita que la reedificase. Por un lado y otro se ven enormes muros, rotos arcos y restos de edificios que fueron vivienda de hidalgas familias, y que hoy son esqueletos coronados de yedra, cuya espantosa fisonomía pone miedo en el corazón. Tristeza más honda que la tristeza de Santillana es la de San Vicente,

porque la villa del Marqués conserva en su momificado y entero rostro la forma y aun la expresión de la vida, mientras este desbaratado pueblo marítimo ha sufrido la postrera descomposición de la carne, y los vientos de la mar y la lluvia del cielo le han arrebatado partícula tras partícula, dejándolo en los puros huesos.

Aumenta nuestra pena al oir que el origen de tanta ruína no ha sido un cataclismo como en Pompeya, ni maldición del cielo como en Jerusalén, ni fuego de Dios como en Gomorra, sino decadencia pura por ley del tiempo. Por esto San Vicente de la Barquera tiene algo de la majestad de Itálica. Pero el *amarillo jaramago* de esta pobre villa no es tal que despierte un exagerado afán de llorar sobre él, ni de extasiarse largas horas contemplando las nobles piedras, ó leyendo lo que quede de algún escudo comido de los años, y las últimas letras de la inscripción heráldica que el dedo del tiempo ha empezado á borrar.

En San Vicente ha rodado, al parecer, la cuna ilustre, no sabemos si de *marfil* y *oro*, del inquisidor don Antonio del Corro, cuya hermosa estatua existe en la iglesia, atenta á la lectura de un libro. La expresión y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afán á que el reverendo levante la marmórea cabeza y aparte del libro los ojos sin pupilas para mirarle á él. La semejanza de este enterramiento con el que existe en la capilla

de Bedmar, de la catedral de Sigüenza, es grande, y su mérito no inferior al de esta primorosa obra de arte.

Salgamos ya de San Vicente. No sólo lo exige el plan de la expedición, sino también el atractivo del hermoso país que rodea á la villa caduca y del cual jamás se sacian los ojos. Pasamos otro puente y subimos el repecho del camino de Asturias. Desde allí el panorama no es menos admirable que cuando se baja por la otra orilla en busca del puente largo. Los charcos de las marismas que rodean á San Vicente ofrecen el más complicado mapa que puede imaginar el delirio de la geografía. Todas las combinaciones posibles de rayas de agua, discurriendo sin orden ni tino por entre juncos; todas las formas geométricas de islas y penínsulas que serían posibles si estuviese en proyecto una nueva creación del mundo, se ven allí, y nadie puede eximirse de observar con pueril atención tan graciosa cosmogonía. Entre estos caprichosos juegos del agua y el fango, se alza el cerro de San Vicente muy semejante al lomo de un cocodrilo, y después las múltiples series de colinas que escalonadas suben sirviendo de plinto á los montes, y en último término las descomunales crestas de Andara, último esfuerzo de la tierra para llegar al cielo.

VII

Las Tinas.

La hermosa costa de esta provincia aparece menos risueña á medida que avanzamos hacia el Oeste; pero, en cambio, es más grandiosa, más imponente, ó si se quiere, más varonil. El viajero que sigue este camino marcha de la tierra del idilio á la de la epopeya. El valle de Torrelavega, Reocín, Alfoz de Lloredo, Cabezón de la Sal, están pidiendo caramillos; pero en estos montes parece que resuena el cuerno de aquellas cacerías legendarias en que un oso se merendaba un rey. Allá todo es ameno y patriarcal; aquí, sublime y guerrero. Al ver las soberbias figuras que á lo lejos conservan en sus altos capacetes los últimos rayos del sol, la imaginación no puede apartarse de los héroes de la Reconquista. Dejamos atrás al Marqués de Santillana, poeta y cortesano, y las deliciosas tierras que podemos llamar abuelas, si no madres, de Quevedo, Calderón y Lope de Vega. Ahora todo el país adquiere un tinte extraño de fortaleza y rudo vigor, y cuanto alcanza la vista está lleno de don Pelayo.

Cae la tarde, y las orillas del Nansa se nos presentan tristes y solemnes. Es cau-

daloso el río, y marcha tranquilo y grave hacia el mar, sin ruido, sin bullanga, entre márgenes solitarias. Pero ya cerca de su desagüe, los montes parece que quieren detenerle el paso, lo cercan, lo acorralan, reflejando sus negras masas en la superficie de él. Nansa se aturde; da dos ó tres vueltas, como si meditara qué resolución debe tomar en presencia de tan grave apuro, y al fin por un boquete angosto descubre el mar. No vacila, toma su partido, y se arroja fuera de la tierra con tanta prisa, que es evidente su intención de no volver más á ella.

Esta situación de los montes, que parecen querer estorbar que el río cumpla su destino, yendo á parar al mar, como la vida entra en el morir, es lo que produce el aspecto de tina, dando origen al nombre de Tinamenor. La mayor está más allá, en el vago curso de otro río á quien las montañas se empeñan en atajar también. Este es el Deva, límite entre Santander y Asturias.

Tinamayor no es menos triste que su compañera, porque los montes que la forman proyectan una sombra fatídica sobre el agua que en gran caudal baja de Liébana. El Deva describe una gran curva, y apenas se ve su salida, que es estrecha, tortuosa y oblicua, al modo de evasión carcelaria. Se desliza por una juntura, haciendo gentil burla y desprecio de la fuerza que quiere oponérsele.

La orilla izquierda es llana y baja, y ningún incidente marca el paso del agua en la

gran curva que forma la corriente; de modo que si entra algún buque, aparecen sus mástiles en medio de un verde prado. Un par de pataches había en Tinamayor cuando visitamos este extremo de la gran Cantabria, y la escasa luz de la tarde no nos permitió determinar bien lo que significaban aquellos escuetos palos aparentemente plantados en tierra como árboles de cucaña.

Unquera es la margen derecha de tierra santanderina. Bustio la izquierda orilla en el reino de Asturias. Un puente interprovincial, fabricado con vigas, une estos dos caseríos, bastante frecuentados por carros y diligencias. Se parece tanto aquello á un lindero entre dos naciones, que no se puede resistir la tentación de pasar el puente y poner el pie en tierra de Asturias; pero todo es igual, el suelo y la gente; idéntico el lenguaje florido que en una y otra parte hablan los carreteros.

Pocos atractivos ofrecen Unquera y su parador de Blanchard, donde un francés industrioso da de comer á los pasajeros que frecuentan aquel camino. El parador, dicho sea en honor de la verdad, tiene tan marcado y patente su parentesco con las antiguas ventas, que no es necesario preguntarle su abolengo. Sólo en la cocina se echa de ver que anda por allí la mano de un francés, no tan sólo por los nombres exóticos de los platos, sino porque gran parte de lo que allí es servido se puede comer y aun resultar sabrosísimo al sentido del gusto,

mayormente si éste no ha tenido gran cosa que hacer desde Comillas.

Pero lo característico del establecimiento Blanchard es el ruido, que ofrece allí todas las variedades y clases diversas de lo sonante, en tales términos, que la humana oreja no tiene nada que desear. El que haya pernoctado en Unquera lo ha oído todo, porque los techos, los pisos, los tabiques, la escalera del frágil mesón, han sido hechos con habilidad suma para que ni el más leve rumor se escape. Como no es posible admitir que ningún nacido haya logrado conciliar el sueño á orillas del Deva, puede suponerse de qué modo retumbará en el cerebro del viajero dormido aquel horrísono estrépito de coches, el pisar de las fatigadas caballerías, la charla de los pasajeros que entran y salen, y el incesante ladrido de todos los perros del mundo congregados en las inmediaciones.

El solícito arquitecto, ansioso de que su obra no dejase nada que desear, debió tomar todas las precauciones para evitar que algún viajero sibarita se entregase á los nefandos deleites del sueño. Atento á realizar su humanitario plan, dispuso que debajo de los dormitorios estuviese la tienda de comestibles y cantina, donde debían congregarse los mayorales y trajineros para hacer sus libaciones. Gracias á esto, cuando alguno de esos holgazanes que viajan por puro gusto de viajar, se mete entre las sábanas y pide á la almohada un poco de reposo, se

ve de súbito sorprendido por chispeantes diálogos, por galanas disputas, por apóstrofes y blasfemias de aquéllas que levantan ampollas, y adquiere preciosas noticias sobre mil asuntos que algún día podrán serle de gran utilidad.

Muchos viajeros, y entre éstos hube de contarme, se dan á todos los demonios, y hasta sostienen que aquello no es teatro, sino morada de hombres cansados que anhelan soledad y silencio.

Todo en el mundo tiene remedio, hasta los insoportables ruidos de Unquera; y nosotros adoptamos uno eficacísimo, que consistió en despedirnos del parador, tomando, al despuntar de un nebuloso día, el camino de Peña-Mellera remontando el Deva.

VIII

San Pedro de las Vaderas.—Panes.

Aquel río, harto de salmones, es en extremo pintoresco. Todo en él es bonito, el agua y las riberas. Remansada aquélla en algunos sitios, en otros corre con ímpetu, arremolinándose en los hondos pozos, bullendo en graciosas cascadas, y mostrando en su superficie verdosa cambiantes de luz y fajas luminosas, semejantes á estelas de invisibles naves. La tierra ostenta magníficas

praderas y bosques de seculares castaños, cuyos deformes troncos, torcidos y patizambos, parecen cuerpos de ancianos inválidos que apenas pueden tenerse; pero en sus ramas muestran tal cantidad de erizos, que es forzoso bendecir la senectud fecunda de aquellos Matusalenes cargados de descendencia.

En este valle aparece el verdor de los campos salpicado de piedras y manchas pedregosas, señal de la proximidad de los montes; pero, á pesar de esto, el paisaje es tan alegre como extenso y variado, contribuyendo á ello la amplitud del horizonte y el grandor de los términos.

La carretera ofrece una particularidad notable, y es su pendiente inútil en la margen izquierda, para bajar después, no existiendo razón que justifique tal trazado. Estos son los inconvenientes de entregar las obras públicas á ingenieros enamorados, que hacen esclavos de su insensata pasión á los inocentes traficantes y pasajeros, pues, según la pública voz, la incomprensible cuesta de San Pedro de las Vaderas no tuvo otra razón de ser que la existencia de una casa á la cual iba el ingeniero con más frecuencia de lo que sus ocupaciones consentían. Es lamentable que aquel hombre sensible llevara su galantería hasta el punto de hacer desfilar á todos los viajeros de Peña-Mellera bajo las ventanas de una dama. Grande homenaje se debe á la hermosura, pero no tanto.

Panes, humilde pueblo enclavado en territorio de Asturias, nos ofrece dos hileras de casas modestas y alegres, y algunas personas amables que nos brindan hospitalidad generosa; pero no podemos detenernos, porque la atracción de la Hermida, irresistible como el vértigo de los abismos, nos llama hacia adelante, y es forzoso dar el gran paso antes que decline el sol. Seguimos avanzando, y de pronto todo cambia: país, suelo, ambiente, luz. Parece que se acaba el camino y la tierra habitable. Enormes piedras altas, flacas, puntiagudas, escuetas, hurañas, nos salen al paso, mejor dicho, nos lo cierran. Vemos frente á nosotros una horrible boca, una grieta, cuya profundidad se ignora. Vacilamos un instante; pero viendo que el camino entra, entramos también, llenos de asombro los ojos y con algo de miedo en el corazón. Durante largo rato los tres viajeros nos miramos en silencio.

IX

Las Gargantas.

Llaman á esto Gargantas; debiera llamársele el *esófago de la Hermida*, porque al pasarlo se siente uno tragado por la tierra. Es un paso estrecho y tortuoso entre dos paredes, cuya alta cima no alcanza á percibir

la vista. El camino, como el río, va por una gigantesca hendidura de los montes resquebrajados. Parece que ayer mismo ha ocurrido el gran cataclismo que agrietara la roca, y que de ayer á hoy no han hallado las dos empinadas márgenes su posición definitiva. Todo se mueve allí como si no tuviera base. La vista no puede convencerse de que aquellas ingentes baldosas que se han puesto de pie, puedan permanecer así mucho tiempo. Allí, el pánico que precede á los grandes desplomes es permanente, y el viajero anda en perpetuo susto, viendo una cordillera suspendida sobre su cráneo.

En algunos sitios, la enorme muralla deja de ser vertical y se inclina hacia afuera, amenazando; en otros, se tiende hacia atrás como para abrir paso; toda la roca es blanca, y en sus agujeros crecen árboles negros. Allí no hay tierra sino en mezquinos huecos y grietas, y á ella se agarra la vegetación, hambrienta y desesperada. Hasta en lo más alto se ven árboles entecos que parecen trepar, asidos unos á otros, poniendo en tierra un pie ó una mano, y en algunos sitios todo se derrumba, plantas y piedras, en espantosa caída.

El rumor del río, lento, igual siempre, monotono, acompaña todo el tránsito, y se le oye como la respiración de aquel abismo cuyos hondos pulmones mueven una y otra corriente de aire en las cañadas, angostas cual las sendas de la virtud. También allí tiene afluentes el Deva. Mira uno á derecha

ó izquierda, y ve bajar despeñado, insensato, furioso, un arroyo, mejor dicho, un chorro que rompe su cristal espumoso contra mil peñas que á cada paso quieren detenerle. Por otros lados, los arroyos son quietos y mudos, porque son de piedras diversas y cantos rodados que en tropel descienden de las alturas. Les vemos inmóviles como catarata petrificada; pero cuando llueve, ruedan con estrépito confundidos con el agua.

Los recodos y ángulos de esta horrible grieta suspenden y embargan el ánimo. Dijérase que acaba el camino y que hemos llegado al último punto de tan angustioso viaje; pero la angostura sin fin da una vuelta, y nos muestra algunas varas más de terreno llano, y nuevas murallas, nuevas amenazas de peñones gigantescos colgados del cielo. Allá arriba, en lo más remoto, cuando las montañas no puedan subir más, alargan desnudos picos, manos convulsas que increpan al cielo con gesto terrible; pero no es fácil precisar la forma de tan extraña crestería, porque ni siquiera parece fija, sino movible como un erizamiento de cabellos desgreñados que el viento agita, ó la hinchazón irregular y caprichosa de gigantescas espumas.

Si en algunos lugares del paso no se ve nada más que un muro vertical, en otros las atrevidas torres, los minaretes, los chapiteles y agujas de mil facetas dejan atrás la arquitectura más variada y rica. Bóvedas y grutas se encuentran á cada paso y monoli-

tos inmensos, que semejan hombres gravemente sentados, ó dioses reunidos en corrillo. Gran parte de lo que por muchos siglos estuvo en lo alto, se ha despeñado y ha caído al suelo; aquí y allá yacen enormes pedazos, á semejanza de ídolos rotos que obstruyen el paso del río.

La imaginación se excita, y el sublime espectáculo que ven los ojos se aposenta dentro del cerebro con tanta fijeza, que al fin parece que todo es obra del espectador mismo, una grande y tormentosa fantasmagoría de masas en lucha, como las que se revuelven en las angustiosas cavernas de una pesadilla.

Se llega al fin á un punto en que las montañas nos dan algún respiro separándose un poco. De su seno pedregoso nace ante nuestra vista un pueblo con media docena de casas y un establecimiento de baños. Aquí el agua no podría ser fría, ni aun tibia como en otras partes, y mana hirviendo y humeando. Estamos en la Hermida.

X

La Hermida.

Cuando se fundó este lugar, debía estar ya ocupada toda la haz de la tierra y no existir un solo pedazo de suelo donde poner la planta. Sólo así se comprende que haya un pueblo en medio de las Gargantas. Verdad es que el rico manantial de aguas termales disculpa este escandaloso lujo de colonización. A la Hermida, durante el verano, suele bajar el sol con gran contento de los vecinos, pobres anacoretas ó quizás hombres llenos de pecados que anhelan limpiarse de ellos con acerba penitencia.

El establecimiento de baños es muy semejante á los que debieron estar en moda en tiempo de nuestro padre Adán. Los bañistas, si quieren serlo, se sumergen á la intemperie en anchas cubetas, libres de todo miedo á los aires colados. Luego pueden ponerse á secar al sol, como ropa; y si después de esto se curan, ya no tienen razón alguna para dejar de creer en los milagros. Es en verdad muy sensible que perteneciendo las aguas de la Hermida á una persona ilustrada y rica, no exista allí un establecimiento siquiera como los peores de nuestro país. En este caso, los manantiales hirvientes serían

apreciados en su justo valor, y aquella solitaria Tebaida recibiría visitas de gente sentimental ó enferma, convirtiéndose en lugar de peregrinaciones estivales. Tal como hoy está, ofrece la Hermida un ejemplo arqueológico del sistema de hidroterapia empleado en los tiempos que llaman prehistóricos; y si esto no carece de encantos para ciertos turistas, es con la condición indispensable de estar allí poquísimo tiempo, el necesario tan sólo para ver cómo se baña la gente y poderlo contar después.

La ermita de San Pelayo es, después de la iglesia de Lobeña, el edificio de más importancia que se encuentra en todo el trayecto de las Gargantas, no inferior á cuatro leguas. Difícil es saber quién es el santo allí venerado; pero debió de ser hombre muy grande, á juzgar por sus lágrimas, unas piedras mayores que la iglesia.

Lobeña tiene mejor situación que la Hermida. Está en sitio algo más abierto y en un repecho á donde no es fácil pueda llegar el Deva cuando lo hinchan las aguas de invierno; pero aun así, es muy digno de lástima todo sér á quien tocó nacer en tal pueblo, á pesar de que debe suponérsele bajo el amparo de San Pelayo, que lloraba montañas. Si en verano se le caen á uno encima las dos filas de inmensos peñascos, puede suponerse cómo serán aquellos lugares en invierno, cuando está obscurecido el sol durante meses largos; cuando los vientos silban dentro de la angosta cañada, soplando en ella como

en una corneta, y cuando caen chorros de agua arrastrando piedras y murmurando imprecaciones por las laderas abajo, como condenados que van camino del Infierno.

En verano pasamos la famosa garganta (también llamada *Hoz de Potes*), y no logramos salir de ella sin que se nos nublase el sol y se alterara la serenidad del día, haciendo de aquel antro una mansión de demonios. Una de esas tormentas que tan comunes son en el país cántabro, nos sorprendió en Lobeña, atajándonos el paso; pero en realidad podía perdonarse la contrariedad por la magnificencia del espectáculo y la grandeza del sonido, que nos daba idea de los ecos del valle de Josafat en el terrible día postrero. El que no ha oído retumbar un trueno dentro de las angosturas de la Hermida, no conoce el tono en que habla Jehová por boca de Isaías. El viento, penetrando por un extremo, recorría bramando todo el conducto, y parecía que sacaba de su asiento las deformes rocas. En todas las cuevas y en las grietas todas daba un grito para despertar a los duendes dormidos. Lo más imponente era cuando en mitad del camino se encontraba con otro viento que venía furioso por el lado Sur. Chocando uno con otro, como guerreros iracundos, se revolvían allí con estrépito, haciendo remolinos y bufando de rabia, diciéndose las más atroces herejías y desgreñándose con furor, hasta que el uno lograba vencer al otro, le hacía volver atrás, y después le iba persiguiendo y dándole ca-

za por toda la quebradura, sin cesar de hostigarle con tremendos resoplidos y balbucientes injurias.

También cayó agua; mas no quiso Dios que fuera en abundancia, y pudimos seguir. Comprendíamos lo que aquello será en las noches invernales, cuando se desgajen en agua los cielos. Entonces, seguramente no será fácil el paso, porque las empinadas cumbres de ambos tajos se dejarán arrancar lo que en ellas existe de frágil y movible, y conmovidas la informe arquitectura y las góticas torres, sobre el camino y sobre el río lloverán catedrales.

Por fin volvemos al mundo; por fin nos arroja de sí el formidable monstruo de piedra que nos tragó, y ya Cillorigo nos muestra ancho espacio y tierras extensas donde puede espaciarse la vista. Parece, como he dicho antes, que despertamos de una pesadilla, ó que volvemos del letargo angustioso de una gran jaqueca. Los derrumbaderos y horribles precipicios de nuestro cerebro se disipan, y la dulce imagen de lo llano, de lo apacible, de lo apropiado á la planta y á la existencia del hombre, llena nuestra mente. Todo te anuncia ya, ¡oh deseada Potes! villa ilustre y señora de estos adustos lugares.

XI

Potes.

Preceden á este singularísimo pueblo grandes viñedos en laderas no muy frondosas. Los bosques se ven á lo lejos, más allá de las alturas donde tiene su atalaya vigilante el buen Santo Toribio. Potes se vanagloría de poseer en su reducido término toda la flora de España. Sus viñedos dan un mosto mejor que el buen chacolí, fresco y puro como el Burdeos. Sus olivares dan aceitunas como judías, y sus garbanzos, menudos como perdigones, son sabrosísimos sobre toda ponderación. Pero la gloria de Potes está principalmente en sus jamones, que, si no llegan á los de Trevelez, superan á lo mejor de Westfalia, é igualan al nobilísimo de York. Todo allí es bueno, aunque chico. El queso lebaniego, que se vende en los mercados de los lunes, es semejante en picor y horrible fragancia al más celebrado Roquefort.

La villa es indescriptible, pues faltan fórmulas á propósito para pintar las casas jibosas de la calle principal, estrecha y negra como alma de usurero. Hay, no obstante, algunas hermosas casas solariegas, y la plaza de soportales es, no sólo transitable,

sino buena y casi casi bonita. Desde allí se ve un torreón señorial de agradable aspecto y la grandiosa perspectiva de la montaña, cuyos grandes y escuetos picos blancos parecen dedos que están tocando el cielo. "Allí están los osos,„ nos dicen; pero comunmente, los que hablan de estos animales no los han visto más que en sueños.

La villa, sus habitantes y los campesinos de Liébana que se reúnen en ella los domingos, no tienen semejanza ni parentesco con las villas y gentes de la Montaña. La fraternidad administrativa no puede quitar á Potes su fisonomía absolutamente leonesa. Se ve en todo un sello y un colorido singular que no pueden expresarse fácilmente sino diciendo que no está aquel país bajo el imperio de la vaca, sino bajo el de la oveja. Una de las cosas que más llaman la atención en esta villa es el predominio de la lana negra en los trajes de hombres y mujeres, en los sacos de trigo, en las telas burdas que venden, y hasta en los cordeles con que atan sus mercancías. El día de mercado, cuando se mira éste desde los balcones de la fonda, parece, según la expresión de uno de mis compañeros de viaje, que se ha derramado un tintero sobre la plaza.

El grande y más legítimo orgullo de Potes es haber sido cuna del insigne artista Jesús Monasterio.

XII

Basta.

Ha llegado la hora de desandar lo andado, poniendo fin por ahora á nuestra expedición. Otra vez será más larga, y arrancando de esta villa de Potes no terminará sino allí, en el más alto pico practicable de las Peñas de Europa, donde se forja el rayo y están en acecho las tempestades, aguardando el momento en que viven más divertidos los hombres para caer sobre ellos.

Volvemos á recorrer la garganta de la Hermida, esta vez á la luz de la luna, que la alumbra con tristísima claridad, asemejando los tajos á gigantescos sepulcros de siglos, donde duermen el sueño eterno las edades pasadas. Pernoctamos en Panes; saludamos de lejos á Unquera, deseando muy buenas noches á los que se albergan en el parador, y pasado el río Nansa y los dos puentes de San Vicente, llegamos á la bifurcación del camino. Preferimos el del interior, y visitamos á Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Periedo, Barcenaciones, Quijas y otros amenos lugares de esta deliciosa comarca, la más risueña de la Cantabria occidental.

He descrito á grandes rasgos este viaje,

tan sólo por complacer á cariñosos amigos montañeses, y seguro de que no podría en manera alguna reproducir en el lenguaje escrito las bellezas y el inmenso atractivo del país cantábrico. Después de hecha la prueba, siento que mi primera resistencia hubiera flaqueado poniéndome en la tentación de probar fortuna. Tiene la provincia de Santander grandísimo estorbo para escribir acerca de ella, y es que los eminentes literatos montañeses han tratado con singular destreza cuantos elementos atesora, no dejando nada para los intrusos. Esto debe poner gran recelo en el ánimo de todo el que quiera escribir de cosas santanderinas.

La naturaleza y el suelo todo de la Cantabria ha sido descrito con poético y gallardo estilo por el insigne escritor D. Amós de Escalante, y las costumbres rurales y urbanas de tan encantador país, han sido pintadas magistralmente por la inimitable y seductora pluma de D. José María de Pereda, á cuya generosa amistad debo las delicias de este viaje, realizado en su grata compañía, juntamente con la del Sr. D. Andrés Crespo.

En lo relativo á erudición y arqueología montañesa, hay muchos y muy buenos escritos del mismo Escalante, de Asas, de Ríos y Ríos, de Menéndez, de Leguina, Casa-Mena y otros. De modo que para los advenedizos queda muy poco. Bien sé, pues, que no añado nada, absolutamente nada á lo que los montañeses saben de su país, y que muy

poco enseño á los extraños que no lo conocen; pero no estaba en mí escoger la prueba de consideración más apropiada á preciosas amistades de aquella tierra, y he tenido que tomar ésta que fácilmente se me venía á la mano, y cuyo único valor consiste sólo en la gratitud que representa.

Septiembre de 1879.

LEOPOLDO ALAS [1]

(CLARÍN)

Creo que fué Wieland quien dijo *que los pensamientos de los hombres valen más que sus acciones, y las buenas novelas más que el género humano*. Podrá esto no ser verdad; pero es hermoso y consolador. Ciertamente, parece que nos ennoblecemos trasladándonos de este mundo al otro, de la realidad en que somos tan malos á la ficción en que valemos más que aquí, y véase por qué, cuando un cristiano adquiere el hábito de pasar fácilmente á mejor vida, inventando personas y tejiendo sucesos á imagen de los de por acá, le cuesta no poco trabajo volver á este mundo. También digo que si grata es la tarea de fabricar género humano recreándonos en ver cuánto superan las ideales figurillas, por toscas que sean, á las vivas figuronas que á nuestro lado bullen, el regocijo es más intenso cuando visitamos los talleres ajenos, pues el andar siempre en los propios trae un desasosiego que amengua los placeres de lo que llamaremos creación, por no tener mejor nombre que darle.

(1) Prólogo á la tercera edición de *La Regenta*.

Esto que digo de visitar talleres ajenos no significa precisamente una labor crítica, que si así fuera, yo aborrecería tales visitas en vez de amarlas; es recrearse en las obras ajenas sabiendo cómo se hacen ó cómo se intenta su ejecución; es buscar y sorprender las dificultades vencidas, los aciertos fáciles ó alcanzados con poderoso esfuerzo; es buscar y satisfacer uno de los pocos placeres que hay en la vida, la admiración, á más de placer, necesidad imperiosa en toda profesión ú oficio, pues el admirar entiendo que es la respiración del arte, y el que no admira corre peligro de morir de asfixia.

El estado presente de nuestra cultura, incierto y un tanto enfermizo, con desalientos y suspicacias de enfermo de aprensión, nos impone la crítica afirmativa, consistente en hablar de lo que creemos bueno, guardándonos el juicio desfavorable de los errores, desaciertos y tonterías. Se ha ejercido tanto la crítica negativa en todos los órdenes, que por ella quizás hemos llegado á la insana costumbre de creernos un pueblo de estériles, absolutamente inepto para todo. Tanta crítica pesimista, tan porfiado regateo, y en muchos casos negación de las cualidades de nuestros contemporáneos, nos han traído á un estado de temblor y ansiedad continuos; nadie se atreve á dar un paso, por miedo de caerse. Pensamos demasiado en nuestra debilidad, y acabamos por padecerla; creemos que se nos va la cabeza, que nos duele el corazón y que se nos vicia la sangre, y de

tanto decirlo y pensarlo nos vemos agobiados de crueles sufrimientos. Para convencernos de que son ilusorios, no sería malo suspender la crítica negativa, dedicándonos todos, aunque ello parezca extraño, á infundir ánimos al enfermo, diciéndole: "Tu debilidad no es más que pereza, y tu anemia proviene del sedentarismo. Levántate y anda; tu naturaleza es fuerte: el miedo la engaña, sugiriéndole la desconfianza de sí misma, la idea errónea de que para nada sirves ya, y de que vives muriendo.„ Convendría, pues, que los censores displicentes se callaran por algún tiempo, dejando que alzasen la voz los que repartan el oxígeno, la alegría, la admiración; los que alientan todo esfuerzo útil, toda iniciativa fecunda, toda idea feliz, todo acierto artístico, ó de cualquier orden que sea.

Estas apreciaciones de carácter general, sugeridas por una situación especialísima de la raza española, las aplico á las cosas literarias, pues en este terreno estamos más necesitados que en otro alguno de prevenirnos contra la terrible epidemia. Por mi parte, declaro que muchas veces no he cogido el aparato de aereación (á que impropiamente hemos venido dando el nombre de *incensario)* por tener las manos aferradas al telar con mayor esclavitud de la que yo quisiera. Pero á la primera ocasión de descanso, que felizmente coincide con una dichosa oportunidad, la publicación de este libro, salgo con mis alabanzas, gozoso de

dárselas á un autor y á una obra que siempre fueron de los más señalados en mis preferencias. Así, cuando el editor de *La Regenta* me propuso escribir este prólogo, no esperé á que me lo dijera dos veces, creyéndome muy honrado con tal encomienda, pues no habiendo celebrado en letras de molde la primera salida de una novela que hondamente me cautivó, creía y creo deber mío celebrarla y enaltecerla como se merece, en esta tercera salida, á la que seguirán otras, sin duda, que la lleven á los extremos de la popularidad.

Hermoso es que las obras literarias vivan; que el gusto de leerlas, la estimación de sus cualidades, y aun las controversias ocasionadas por su asunto, no se concreten á los días más ó menos largos de su aparición. Por desgracia nuestra, para que la obra poética ó narrativa alcance una longevidad siquiera decorosa, no basta que en sí tenga condiciones de salud y robustez; se necesita que á su buena complexión se una la perseverancia de autores ó editores para no dejarla languidecer en obscuro rincón; que éstos la saquen, la ventilen, la presenten, arriesgándose á luchar en cada nueva salida con la indiferencia de un público, no tan malo por escaso como por distraído. El público responde siempre; y cuando se le sale al encuentro con la paciencia y tranquilidad necesarias para esperar á las muchedumbres, éstas llegan, pasan y recogen lo que se les da. No serían tan penosos los plantones *aguardando*

el paso del público, si la Prensa diera calor y verdadera vitalidad circulante á las cosas literarias, en vez de limitarse á conceder á las obras un aprecio compasivo, y á prodigar sin ton ni son á los autores adjetivos de estampilla. Sin duda corresponde al presente estado social y político la culpa de que nuestra Prensa sea como es, y de que no pueda ser de otro modo mientras nuevos tiempos y estados mejores no le infundan la devoción del Arte. Debemos, pues, resignarnos al plantón; sentarnos todos en la parte del camino que nos parezca menos incómoda, para esperar á que pase la Prensa, despertadora de las muchedumbres en materias de arte; que al fin ella pasará; no dudemos que pasará: todo es cuestión de paciencia. En los tiempos que corren, esa preciosa virtud hace falta para muchas cosas de la vida artística; sin ella la obra literaria corre peligro de no nacer, ó de arrastrar vida miserable después de un penoso nacimiento. Seamos, pues, pacientes, sufridos, tenaces en la esperanza, benévolos con nuestro tiempo y con la sociedad en que vivimos, persuadidos de que uno y otra no son tan malos como vulgarmente se cree y se dice, y de que no mejorarán por virtud de nuestras declamaciones, sino por inesperados impulsos que nazcan de su propio seno. Y como esto del público y de sus perezas ó estímulos, aunque pertinente al asunto de este prólogo, no es la principal materia de él, basta con lo dicho, y entremos en *La Regenta*, donde hay

mucho que admirar, encanto de la imaginación por una parte, por otra recreo del pensamiento.

Escribió Alas su obra en tiempos no lejanos, cuando andábamos en aquella procesion del *Naturalismo*, marchando hacia el templo del arte con menos pompa retórica de la que antes se usaba, abandonadas las vestiduras caballerescas, y haciendo gala de la ropa usada en los actos comunes de la vida. A muchos imponía miedo el tal Naturalismo, creyéndolo portador de todas las fealdades sociales y humanas; en su mano veían un gran plumero con el cual se proponía limpiar el techo de ideales, que á los ojos de él eran como telarañas, y una escoba, con la cual había de barrer del suelo las virtudes, los sentimientos puros y el lenguaje decente. Creían que el Naturalismo sustituía el Diccionario usual por otro formado con la recopilación prolija de cuanto dicen en sus momentos de furor los carreteros y verduleras, los chulos y golfos más desvergonzados. Las personas crédulas y sencillas no ganaban para sustos en los días en que se hizo moda hablar de aquel sistema, como de una rara novedad y de un peligro para el arte. Luego se vió que no era peligro ni sistema, ni siquiera novedad, pues todo lo esencial del Naturalismo lo teníamos en casa desde tiempos remotos, y antiguos y modernos conocían ya la soberana ley de ajustar las ficciones del arte á la realidad de la naturaleza y del alma, representando cosas

y personas, caracteres y lugares como Dios los ha hecho. Era tan sólo novedad la exaltación del principio, y un cierto desprecio de los resortes imaginativos y de la psicología espaciada y ensoñadora.

Fuera de esto, el llamado Naturalismo nos era familiar á los españoles en el reino de la Novela, pues los maestros de este arte lo practicaron con toda la libertad del mundo, y de ellos tomarón enseñanza los noveladores ingleses y franceses. Nuestros contemporáneos ciertamente no lo habían olvidado cuando vieron traspasar la frontera el estandarte naturalista, que no significaba más que la repatriación de una vieja idea; en los días mismos de esta repatriación tan trompeteada, la pintura fiel de la vida era practicada en España por Pereda y otros, y lo había sido antes por los escritores de costumbres. Pero fuerza es reconocer que el Naturalismo que acá volvía como una corriente circular parecida al *gulf-stream*, traía más calor y menos delicadeza y gracia. El nuestro, la corriente inicial, encarnaba la realidad en el cuerpo y rostro de un humorismo que era quizás la forma más genial de nuestra raza. Al volver á casa la onda, venía radicalmente desfigurada: en el paso por Albión habíanle arrebatado la socarronería española, que fácilmente convirtieron en *humour* inglés las manos hábiles de Fielding, Dickens y Thackeray, y despojado de aquella característica elemental, el Naturalismo cambió de fisonomía en manos francesas: lo que

perdió en gracia y donosura, lo ganó en fuerza analítica y en extensión, aplicándose á estados psicológicos que no encajan fácilmente en la forma picaresca. Recibimos, pues, con mermas y adiciones (y no nos asustemos del símil comercial) la mercancía que habíamos exportado, y casi desconocíamos la sangre nuestra y el aliento de alma española que aquel sér literario conservaba después de las alteraciones ocasionadas por sus viajes. En resumidas cuentas: Francia, con su poder incontrastable, nos imponía una reforma de nuestra propia obra, sin saber que era nuestra; aceptámosla nosotros restaurando el Naturalismo y devolviéndole lo que le habían quitado, el humorismo, y empleando éste en las formas narrativa y descriptiva conforme á la tradición cervantesca.

Cierto que nuestro esfuerzo para reintegrar el sistema no podía tener en Francia el eco que aquí tuvo la interpretación seca y descarnada de las purezas é impurezas del natural, porque Francia poderosa impone su ley en todas las artes; nosotros no somos nada en el mundo, y las voces que aquí damos, por mucho que quieran elevarse, no salen de la estrechez de esta pobre casa. Pero, al fin, consolémonos de nuestro aislamiento en el rincón occidental, reconociendo en familia que nuestro arte de la naturalidad, con su feliz concierto entre lo serio y lo cómico, responde mejor que el francés á la verdad humana; que las crudezas des-

criptivas pierden toda repugnancia bajo la máscara burlesca empleada por Quevedo, y que los profundos estudios psicológicos pueden llegar á la mayor perfección con los granos de sal española que escritores como don Juan Valera saben poner hasta en las más hondas disertaciones sobre cosa mística y ascética.

Para corroborar lo dicho, ningún ejemplo mejor que *La Regenta*, muestra feliz del Naturalismo restaurado, reintegrado en la calidad y sér de su origen, empresa para *Clarín* muy fácil y que hubo de realizar sin sentirlo, dejándose llevar de los impulsos primordiales de su grande ingenio. Influído intensamente por la irresistible fuerza de opinión literaria en favor de la sinceridad narrativa y descriptiva, admitió estas ideas con entusiasmo y las expuso disueltas en la inagotable vena de su graciosa picardía. Picaresca es en cierto modo *La Regenta*, lo que no excluye en ella la seriedad, en el fondo y en la forma, ni la descripción acertada de los más graves estados del alma humana. Y al propio tiempo, ¡qué feliz aleación de las bromas y las veras, fundidas juntas en el crisol de una lengua que no tiene semejante en la expresión equívoca ni en la gravedad socarrona! Hermosa es la verdad siempre; pero en el arte seduce y enamora más cuando entre sus distintas vestiduras poéticas escoge y usa con desenfado la de la gracia, que es sin duda la que mejor cortan españolas tijeras, la que tiene

por riquísima tela nuestra lengua incomparable, y por costura y acomodamiento la prosa de los maestros del siglo de oro. Y de la enormísima cantidad de sal que *Clarín* ha derramado en las páginas de *La Regenta*, da fe la tenacidad con que á ellas se agarran los lectores, sin cansancio en el largo camino desde el primero al último capítulo. De mí sé decir que pocas obras he leído en que el interés profundo, la verdad de los caracteres y la viveza del lenguaje me hayan hecho olvidar tanto como en ésta las dimensiones, terminando la lectura con el desconsuelo de no tener por delante otra derivación de los mismos sucesos y nueva salida ó reencarnación de los propios personajes.

Desarróllase la acción de *La Regenta* en la ciudad que bien podríamos llamar patria de su autor, aunque no nació en ella, pues en *Vetusta* tiene *Clarín* sus raíces atávicas y en *Vetusta* moran todos sus afectos, así los que están sepultados como los que risueños y alegres viven, brindando esperanzas; en *Vetusta* ha transcurrido la mayor parte de su existencia; allí se inició su vocación literaria; en aquella soledad melancólica y apacible aprendió lo mucho que sabe en cosas literarias y filosóficas: allí estuvieron sus maestros, allí están sus discípulos. Más que ciudad, es para él *Vetusta* una casa con calles, y el vecindario de la capital asturiana una grande y pintoresca familia de clases diferentes, de variados tipos sociales compuesta. ¡Si conocerá bien el pueblo! No

pintaría mejor su prisión un artista encarcelado durante los años en que las impresiones son más vivas, ni un sedentario la estancia en que ha encerrado su persona y sus ideas en los años maduros. Calles y personas, rincones de la Catedral y del Casino, ambiente de pasiones ó chismes, figuras graves ó ridículas, pasan de la realidad á las manos del arte, y con exactitud pasmosa se reproducen en la mente del lector, que acaba por creerse vetustense, y ve proyectada su sombra sobre las piedras musgosas, entre las sombras de los transeuntes que andan por la *Encimada*, ó al pie de la gallardísima torre de la Iglesia Mayor.

Comienza *Clarín* su obra con un cuadro de vida clerical, prodigio de verdad y gracia, sólo comparable á otro cuadro de vida de casino provinciano que más adelante se encuentra. Olor eclesiástico de viejos recintos sahumados por el incienso, cuchicheos de beatas, visos negros de sotanas raídas ó elegantes, que de todo hay allí, llenan estas admirables páginas, en las cuales el narrador hace gala de una observación profunda y de los atrevimientos más felices. En medio del grupo presenta *Clarín* la figura culminante de su obra: el Magistral don Fermín de Pas, personalidad grande y compleja, tan humana por el lado de sus méritos físicos como por el de sus flaquezas morales, que no son flojas, bloque arrancado de la realidad. De la misma cantera proceden el derrengado y malicioso Arcediano, á

quien por mal nombre llaman *Glocester;* el Arcipreste don Cayetano Ripamilán, el beneficiado don Custodio, y el propio Obispo de la diócesis, orador ardiente y asceta. Pronto vemos aparecer la donosa figura de don Saturnino Bermúdez, al modo de transición zoológica (con perdón) entre el reino clerical y el láico, sér híbrido, cuya levita parece sotana, y cuya timidez embarazosa parece inocencia; tras él vienen las mundanas, descollando entre ellas la estampa primorosa de Obdulia Fandiño, tipo feliz de la beatería bullanguera, que acude á las iglesias con chillonas elegancias, descotada hasta en sus devociones, perturbadora del personal religioso. La vida de provincias, ofreciendo al coquetismo un campo muy restringido, permite que estas diablesas entretengan su liviandad y desplieguen sus dotes de seducción en el terreno eclesiástico, toleradas por el clero, que á toda costa quiere atraer gente, venga de donde viniere, y congregarla y nutrir bien los batallones, aunque sea forzoso admitir en ellos, para hacer bulto, *lo peor de cada casa.*

Por fin vemos aparecer á doña Ana de Ozores, que da nombre á la novela, como esposa del ex regente de la Audiencia, don Víctor Quintanar. Es dama de alto linaje, hermosa, de éstas que llamamos distinguidas, nerviosilla, soñadora, con aspiraciones á un vago ideal afectivo, que no ha realizado en los años críticos. Su esposo le dobla la edad: no tienen hijos, y con esto se completa

la pintura, en la cual pone *Clarín* todo su arte, su observación más perspicaz y su conocimiento de los escondrijos y revueltas del alma humana. Doña Ana de Ozores tiene horror al vacío, cosa muy lógica, pues en cada sér se cumplen las eternas leyes de Naturaleza, y este vacío que siente crecer en su alma la lleva á un estado espiritual de inmenso peligro, manifestándose en ella una lucha tenebrosa con los obstáculos que le ofrecen los hechos sociales, consumados ya, abrumadores como una ley fatal. Engañada por la idealidad mística que no acierta á encerrar en sus verdaderos términos, es víctima al fin de su propia imaginación, de su sensibilidad no contenida, y se ve envuelta en horrorosa catástrofe... Pero no intentaré describir en pocas palabras la sutil psicología de esta señora, tan interesante como desgraciada. En ella se personifican los desvaríos á que conduce el aburrimiento de la vida en una sociedad que no ha sabido vigorizar el espíritu de la mujer por medio de una educación fuerte, y la deja entregada á la ensoñación pietista, tan diferente de la verdadera piedad, y á los riesgos del frívolo trato elegante, en el cual los hombres, llenos de vicios é incapaces de la vida seria y eficaz, estiman en las mujeres el formulismo religioso como un medio seguro de reblandecer sus voluntades... Los que leyeron *La Regenta*, cuando se publicó léanla de nuevo ahora; los que la desconocen, hagan con ella conocimiento, y unos y otros

verán que nunca ha tenido este libro atmósfera de oportunidad como la que al presente le da nuestro estado social, repetición de las luchas de antaño, traídas del campo de las creencias vigorosas al de las conciencias desmayadas y de las intenciones escondidas.

No referiré el asunto de la obra capital de Leopoldo Alas: el lector verá cómo se desarrolla el proceso psicológico, y por qué caminos corre á su desenlace el problema de doña Ana de Ozores, el cual no es otro que discernir si debe perderse por lo clerical ó por lo láico. El modo y estilo de esta perdición constituyen la obra, de un sutil parentesco simbólico con la historia de nuestra raza. Verá también el lector que *Clarín*, obligado por el asunto á escoger entre dos males, se decide por el mal seglar, que siempre es menos odioso que el mal eclesiástico, pues tratándose de dar la presa á uno de los dos diablos que se la disputan, natural es que sea postergado el que se vistió de sotana para sus audaces tentaciones, ultrajando con su vestimenta el sacro dogma y la dignidad sacerdotal. Dejando, pues, el asunto á la curiosidad y al interés de los lectores, sólo mencionaré los caracteres, que son el principal mérito de la obra y lo que le da condición de duradera. La de Ozores nos lleva como por la mano á don Alvaro de Mesía, acabado tipo de la corrupción que llamamos de buen tono, aristócrata de raza, que sabe serlo en la capital de una región

histórica, como lo sería en Madrid ó en cualquier metrópoli europea; hombre que posee el arte de hacer amable su conducta viciosa y aun su tiranía caciquil. ¡Con qué admirable fineza de observación ha fundido Alas en este personaje las dos naturalezas: el cotorrón guapo de buena ropa, y el jefe provinciano de uno de estos partidos circunstanciales que representan la vida presente, el poder fácil, sin ningún ideal ni miras elevadas! Ambas naturalezas se compenetran, formando la aleación más eficaz y práctica para congregar grandes masas de *distinguidos*, que aparentan energía social y sólo son *materia inerte* que no sirve para nada.

De don Alvaro, fácil es pasar á la gran figura del Magistral don Fermín de Pas, de una complexión estética formidable, pues en ella se sintetizan el poder fisiológico de un temperamento nacido para las pasiones y la dura armazón del celibato, que entre planchas de acero comprime cuerpo y alma. Don Fermín es fuerte, y al propio tiempo meloso; la teología que atesora en su espíritu acaba por resolvérsele en reservas mundanas y en transacciones con la realidad física y social. Si no fuera un abuso el descubrir y revelar simbolismos en toda obra de arte, diría que Fermín de Pas es más que un clérigo: es el estado eclesiástico con sus grandezas y sus desfallecimientos, el oro de la espiritualidad inmaculada cayendo entre las impurezas del barro de nuestro origen. Todas

las divinidades formadas de tejas abajo acaban siempre por rendirse á la ley de flaqueza, y lo único que á todos nos salva es la humildad de aspiraciones, el arte de poner límites discretos al camino de la imposible perfección, contentándonos con ser hombres en el menor grado posible de maldad, y dando por cerrado para siempre el ciclo de los santos. En medio de sus errores, Fermín de Pas despierta simpatía, como todo atleta á quien se ve luchando por sostener sobre sus espaldas un mundo de exorbitante y abrumadora pesadumbre. Hermosa es la pintura que Alas nos presenta de la juventud de su personaje; la tremenda lucha del coloso por la posición social, elegida erradamente en el terreno levítico, y con él hace gallarda pareja la vigorosa figura de su madre, modelada en arcilla grosera, con formas impresas á puñetazos. Las páginas en que esta mujer medio salvaje dirige á su cría por el camino de la posición con un cariño tan rudo como intenso y una voluntad feroz, son quizás las más bellas de la obra.

Completan el admirable cuadro de la humanidad vetustense el don Víctor Quintanar, cumplido caballero con vislumbres calderonianos, y su compañero de empresas cinegéticas, el graciosísimo *Frígilis;* los Marqueses de Vegallana y su hijo, tipos de encantadora verdad; las pizpiretas señoras que componen el femenil rebaño eclesiástico; los canónigos y sacristanes, y el Prelado mismo, apóstol ingenuo y orador fogoso. No

debemos olvidar á Carraspique ni á Barinaga, ni al graciosísimo ateo, ni á la turbamulta de figuras secundarias que dan la total impresión de la vida colectiva, heterogénea, con picantes matices y espléndida variedad de acentos y fisonomías. Bien quisiera no concretar el presente artículo al examen de *La Regenta*, extendiéndome á expresar lo que siento sobre la obra entera de Leopoldo Alas; pero esto sería trabajo superior á mis cortas facultades de crítico, y además rebasaría la medida que se me impone para esta limitada prefación. Escribo tan sólo un juicio formado en los días de la primera salida de la hermosa novela, y lo que intenté decir entonces, tributando al compañero y amigo el debido homenaje, lo digo ahora, seguro de que en esta manifestación tardía el tiempo avalora y aquilata mi sinceridad. Pero no entraré en el estudio integral del carácter literario de *Clarín*, como creador de obras tan bellas en distintos órdenes del arte y como infatigable luchador en el terreno crítico. Su obra es grande y rica, y el que esto escribe no acertaría á encerrarla en una clara síntesis, por mucho empeño que en ello pusiera. Otros lo harán con el método y serenidad convenientes cuando llegue la ocasión de ofrecer al ilustre hijo de Asturias la consagración solemne, oficial en cierto modo, de su extraordinario ingenio, consagración que cuanto más tardía será más justa y necesaria. Como con Armando Palacio, está la literatura oficial en apremiante deu-

da con Leopoldo Alas. Esperando la reparación, toda España y las regiones de América que son nuestras por la lengua y la literatura, le tienen por personalidad de inmenso relieve y valía en el grupo final del siglo que se fué y de éste que ahora empezamos; grupo de hombres de estudio, de hombres de paciencia y de hombres de inspiración, por el cual tiende nuestra raza á sacudir su pesimismo, diciendo: "No son los tiempos tan malos ni el terruño tan estéril como afirman los de fuera y más aún los de dentro de casa. Quizás no demos todo el fruto conveniente; pero flores ya hay; y viéndolas y admirándolas, aunque el fruto no responda á nuestras esperanzas, obligados nos sentimos todos á conservar y cuidar el árbol.„

Madrid, Enero de 1901.

FERRERAS [1]

Nuestra aflicción no nos permite hoy tributar al maestro, al amigo incomparable, los honores que su nombre y su memoria merecen. Nos limitamos, en este día triste, á transmitir nuestro inmenso duelo á toda la prensa española, á los partidos liberales, á las innumerables personas de diversas jerarquías que profesaban á Ferreras entrañable amistad, que le querían y respetaban; á los que le pedían su opinión, siempre ajustada á la realidad; á los que continuamente solicitaban su mediación ó influencia para favores relacionados con la vida oficial; á los que por distintos modos iban hacia él en busca del claro sentido de las cosas públicas ó de la inagotable bondad, prodigada siempre sin tasa en pro de los que necesitaban de ella.

Nadie gozó de mayor influjo que Ferreras en determinados períodos políticos; nadie le ha igualado en la abnegación para rehuir el beneficio propio de ésta que podremos llamar privanza, derrochándola siempre en

(1) En memoria del insigne periodista, fundador de *El Correo*.

provecho de los demás. Ha sido el mayor altruísta de los tiempos presentes, y ejemplo, único tal vez, de una modestia con visos de austeridad huraña. Si la única felicidad positiva de este mundo consiste en hacer la felicidad de los demás, Ferreras ha gozado en vida de una dicha inefable.

El desfile de los que han recibido por su mano las mercedes que la política distribuye entre los españoles, sería un interminable cortejo de agradecidos, desde los más altos á los más humildes. ¡Gloria obscura de un hombre honrado y modesto!

Jamás quiso para sí pompas ni honores de relumbrón. No tenía cruces, ni títulos, ni cintajos, ni cosa alguna de vanas apariencias. Su orgullo era la posesión del sentido justo de las cosas políticas; su cruz, la pesada obligación de dar diariamente al país un juicio personal, siempre sereno, expresión de un espíritu sincero, que en los asuntos públicos busca la verdad y desoye los peligrosos consejos de la ira.

La llaneza de su trato á todos cautivaba. Nobles y plebeyos; políticos altos, medios y bajos; periodistas, literatos, artistas, cuanto hay en Madrid de notable ó en camino de serlo, buscaban y obtenían fácilmente la amistad del maestro Ferreras, conservándola como un indispensable signo de representación social.

La adhesión inquebrantable de Ferreras á Sagasta, no interrumpida ni turbada en ningún tiempo, desde la fundación del par-

tido constitucional hasta los últimos días de aquel estadista inolvidable, es realmente una gran virtud política, ejemplo admirable de constancia y consecuencia, aquí donde la indisciplina y la disgregación han entorpecido la obra de los jefes de partido, obligados á poner mayor atención en el gobierno de las personas que en el gobierno del país.

Esta virtud de Ferreras representa, forzoso es decirlo, una consoladora excepción en los tiempos que corren. Observándola y admirándola, hemos dicho más de una vez: «Con muchos hombres así, tenaces en sus afectos, tercos y obstinados en sus ideales políticos, España habría podido contar con el firme bloque de voluntad que necesita para su progreso moral y material.» Desgraciadamente era él solo el irreductible; solo él mantenía su impávida consecuencia junto al jefe, acatándole siempre con incondicional adhesión.

Sagasta le distinguía con extraordinario afecto. Dijérase que en su amigo veía las cualidades que quizás á él le faltaban, ó que no quería cultivar, sintiéndose, con la palabra y las opiniones de Ferreras, completo y acabado en su total personalidad de hombre de gobierno. Si el cansancio le llevaba á la indolencia, Ferreras le infundía su actividad pasmosa, y si alguna idea ó conocimiento peculiar de personas y cosas faltaba en el prodigioso entendimiento del jefe, por la diversidad de asuntos en que había de poner su atención, Ferreras le aportaba cuanto era

menester para completar el juicio. Y no era sólo el amplificador, sino también el simplificador de la voluntad de Sagasta, sugiriéndole mas de una vez la idea de aminorar la acción cuando así era necesario, ó de reforzarla en ocasiones de verdadera gravedad y desconcierto.

Como periodista, Ferreras no fué nunca tribuno de las multitudes; era el atenuador de las pasiones, el pregonero de la verdad y de la razón. Con igual interés le leían los de corazón frío y los de temperamento arrebatado. A sus dictámenes daba fuerza la misma moderación con que los escribía, y la sencillez persuasiva de su estilo, no exento de donaire en ocasiones, siempre conciso, veraz, y despojado de flores retóricas.

Por la exactitud de sus informaciones, por la claridad de su criterio y la recta intención de sus juicios, todos los periodistas de Madrid le llamaban *el maestro Ferreras*. Maestro fué en verdad: no lo olviden los que en la generación presente consagran su existencia á la información y comentario de las cosas políticas; aprendan de aquel modelo la verdad, la mesura, la claridad del juicio, la consecuencia. Por estas virtudes fué y es don José Ferreras una de las glorias más puras de la prensa española.

Madrid, Mayo de 1904.

DON RAMÓN DE LA CRUZ

Y SU ÉPOCA

PARTE PRIMERA

Breve reseña del movimiento literario en el siglo XVIII. —El Teatro.—Don Ramón de la Cruz; algunas noticias de su vida.—La sociedad del siglo XVIII.

I

Es el siglo décimoctavo en nuestra historia una de las épocas de más difícil estudio. La confusión, la heterogeneidad, el carácter indeterminado con que se manifiestan sus principales hechos, la pequeñez relativa de sus hombres, son causas de que no se muestre accesible á la investigación, ni se preste á una síntesis clara. Siglo de transición en política, en artes, en literatura, en costumbres, ya se nos presenta como un período de marasmo y debilidad, que sólo inspira lástima ó menosprecio, ya como época de elaboración latente, de oculta fuerza impulsiva, digna de admiración y agradeci-

miento. Dudamos si es causa de los males de todas clases que aún afligen á nuestra sociedad, ó si le debemos no haber caído en otros peores. Ignoramos si fué él quien nos trajo á nuestra actual postración, ó si, por el contrario, nos ha hecho seguir, aunque algo rezagados, la marcha de la civilización europea.

Aquí la fisonomía y tendencias del siglo XVIII no son, como en Francia, determinadas y concretas. Fué allí muy enérgica la acción de las ideas, y se mostró diáfanamente en todos los accidentes históricos, haciendo de aquella época un cuadro completo. Entre nosotros no pasó así; y aun hoy miramos con estupor el plazo larguísimo que media entre la aniquilación de la casa de Austria y la guerra de la Independencia, sin acertar á descubrir lo que entrañan sus obscuros días.

Asimismo, una parte no pequeña de la confusión que existe en este período, ha consistido en la falta de trabajos históricos que lo ilustren y aclaren. No hubo siglo más descuidado de nuestros historiadores, ni de ninguno nos hemos inquietado menos, á pesar de tenerlo tan cerca. Parece como que nos repugna siempre volver los ojos allá por el temor de no encontrar sino flaquezas y pequeñeces. Y en efecto: la poca austeridad de nuestro carácter, unida á nuestra presunción, nos inclinan siempre á contemplar las épocas históricas en que más adulado se encuentra nuestro amor propio; y siempre que

hacemos historia, nos vamos derechos á los amados siglos XV y XVI, donde tenemos nuestra mitología. No puede negarse que hay en nosotros una repulsión infundada hacia todo lo acontecido en España desde 1680 hasta la edad presente: en aquellos años ni nos admira la historia, ni nos seduce la literatura, ni nos enorgullecen las costumbres. No reconocemos en nuestros abuelos á los hombres de aquella España cuya grandeza estudiamos de niños en insulsos manuales de Historia, que nos llenaban de vanagloria y orgullo. Sin embargo, no hay época más digna de estudio: de ella procedemos, y aunque una observación superficial no encuentre allí sino motivos de abatimiento y hasta de vergüenza, no conviene condenarla con ligereza, ni juzgarla con una mira estrecha de intereses actuales ó con el extraviado criterio del partido político.

El siglo XVIII representa:

En las costumbres: perversión del sentido moral; fin de la mayor parte de las grandes cualidades del antiguo carácter castellano; desarrollo exagerado de todos los vicios de este carácter; falta de dignidad en las jerarquías sociales; confusión de clases, sin resultar nada parecido á la igualdad; relajación de las creencias religiosas, sin ninguna ventaja para la filosofía.

En política: confusión, y el espíritu de ensayo disfrazado á veces con la forma de la iniciativa; ausencia completa de todo sistema fijo; falta de principios, y entroniza-

miento del más ramplón empirismo; creación del pandillaje en grande escala, y conatos de formar algo semejante á un orden administrativo; imperio de las camarillas, y extensión desusada de la idea de lo oficial; invención de los pactos de familia; laudables empeños de adelantamiento material que se estrellan en los vicios inveterados de nuestras leyes, y en la organización de la propiedad.

En las letras: último grado de la frivolidad y el amaneramiento; exageración hasta el delirio de los vicios hereditarios de la poesía castellana; pérdida de la noción pura de la belleza y de toda intuición artística; olvido del carácter nacional, olvido de la historia; cultivo preferente de todas las cualidades exteriores del estilo; muerte de la idea; tendencia del arte á no producir más que una impresión sensual; introducción de las fórmulas más necias de poesía; violencia del lenguaje y uso del valor material de las palabras como único medio de expresión; imperio del preceptismo clásico y de las fórmulas convencionales.

Pues en aquel período en que todas las manifestaciones de la vida del país indicaban lastimosa decadencia, y un conjunto de vicios que sólo inspiran desdén y repugnancia, se observaba el esfuerzo subterráneo de una revolución, de una fuerza desconocida que aspiraba á realizar considerable trastorno. Iniciada la revolución desde los primeros años del siglo, así en política como en

literatura, empezó tímida y desconfiada; siguió minando sin cesar, luchando con infatigable desvelo, y de seguro habría alcanzado un triunfo pronto y decisivo, si la sostuvieran hombres de genio superior. La reforma literaria no habría sido tan lenta y débil como fué, si hombres de más grande ingenio hubieran puesto en ella la mano. En otra esfera más alta, en la del Gobierno, la revolución fué menos política que administrativa, y aun así no tuvo adalides de primer orden.

Los accidentes de la lucha en todo el siglo XVIII son curiosos en extremo. Estas épocas de transición no elevan el ánimo; no conmueven por lo grandioso de las empresas, ni por el atrevimiento y sublimidad del espíritu que las anima, porque este espíritu carece de unidad. En las épocas de lucha intestina, la unidad desaparece: las naciones son un vasto palenque donde combaten y se devoran aspiraciones opuestas. En estos días de análisis, no se pide á un pueblo que descubra y conquiste la América, ni que lleve su cultura y sus armas á todos los confines del mundo: las naciones se postran vencidas de la agitación que bulle en su seno; son ineptas para todo movimiente exterior, y sus escasas fuerzas son consumidas en el penoso trabajo interno. Las épocas de gestación no son brillantes en la historia, son frías y tristes. Búsquese la magnificencia y el interés en los siete siglos de la guerra con los árabes, ó en las

fabulosas empresas del Renacimiento: aquella remota vida cautiva y suspende el ánimo con la serena majestad de la epopeya. En tiempos más cercanos, en el siglo XVIII, buscar un movimiento espontáneo, vigoroso, del espíritu nacional, sería inútil; porque en la sociedad de entonces, casi como en la de ahora, el trabajo incesante de organización es todo lucha, lenta y sorda unas veces, agitada y convulsa otras, la vida de la pasión varia y de la aspiración individual, el drama en fin.

II

Nada nos revelará la fisonomía moral del siglo XVIII como su literatura, que es, por el caos que en ella reina, su más exacta imagen, ó confesión formulada espontáneamente por el mismo. Para formar idea del estado intelectual de aquella singular sociedad, basta hojear el fárrago de malos ó medianos poetas que vivieron en ella: sólo así se conoce el nivel á que habíamos descendido. Bajeza, vulgaridad, insulsez, pedantería, eran los caracteres de la musa castellana cuando aparecieron los reformistas. Antes de Luzán, cuya *Poética* marca la primera época de una lucha que duró años, encontramos un período desdichado en el cual la poesía conceptuosa del siglo XVII arrastró vida miserable, de agonía delirante-

te, que la llevaba á morir sin brillo y sin gloria. Muerto el genio y apagado el calor que le dió vida, no le quedaba más que el vestido y las galas de una falsa retórica. Ensanchaba enormemente su imperio la necedad. No hay paciencia que resista la lectura de Benegasi, Bernaldo de Quirós y Alvarez de Toledo (don Ignacio). No valían mucho, aunque mostraban cierta noble aspiración literaria en sus escritos, Gerardo Lobo, don Gabriel Alvarez de Toledo, Torres y Villarroel y el Marqués de Lazán. Tal vez alguno de éstos tenía las prendas que constituyen los grandes ingenios; pero no les fué posible apartarse de la moda, ni sobreponerse á la influencia del siglo, que les imponía la extravagante ley de los conceptos y de la pedantería. Gerardo Lobo, Alvarez y don Diego de Torres eran tres caracteres sumamente simpáticos: la originalidad del último, filósofo humorístico de tanto donaire como severidad, no tiene igual sino en el platonismo de don Gabriel, que después de haber sido en sus mocedades consumado galanteador, se consagra en edad madura á los austeros goces de la contemplación mística. El desenfado de Gerardo Lobo, su humor ligero y versátil, su natural nobleza y una refinada cultura, le hicieron muy popular en su tiempo. Apuntamos estos detalles para que se explique la facilidad con que cautivaron al pueblo aquellos ingenios por la sola fuerza de ese atractivo que da la privilegiada condición moral de

las personas. Como poetas valían mucho menos que como hombres.

El culteranismo, alma de la poesía de entonces, no era ya el hermoso extravío de los *preciosos* del siglo XVII; era un alarde ridículo de forzada agudeza expresado con violentas contorsiones del sentido material de las palabras; la robustez, la verdad, la expresión fiel de los sentimientos brillaban rara vez, cuando una chispa del espíritu nacional iluminaba las almas perdidas en un caos de vulgaridad, ignorancia y ridiculez. Este culteranismo sandio hizo también estragos en algunos conventos de monjas literatas, que extraviadas por el raro ejemplo de los místicos de ambos sexos del precedente siglo, se dedicaron con mucho fervor á componer estrofas al Divino Esposo. Pero por lo general estos desahogos eran madrigales mundanos que las infelices dirigían á Jesús, sin duda con la mayor buena fe, el ánimo sereno y libre de todo melindre pecaminoso.

Los versos de la madre Gregoria de Santa Teresa no dejan de tener la sencillez que acompaña siempre al sentimiento, ni pecan de excesivamente cultos; pero son profanos y revelan el terrenal calor que los ha creado. En la fábula de Sor María del Cielo, titulada *Las lágrimas de Roma*, hay robustez, inventiva, mucho sentido plástico, la alegoría, un poco enrevesada, de los autos calderonianos, con algo del terrible ascetismo del *Condenado por desconfiado*. Tafalla y

el Marqués de Lazán son poetas de gabinete, indignos de fama: sus versos no son expresión espontánea del alma, sino un enfático lenguaje dictado por las circunstancias; versitos á ésta ó la otra dama, con el solo objeto de hacer reir en una tertulia; coplas y sonsonetes de miserable y ramplón estilo.

Otro de los más populares entonces fué don Joaquín Benegasi y Luján. La musa de este buen hombre se consagra, entrando por uno de los más frecuentados caminos de la época, á cantar vidas de santos y asuntos morales y filosóficos del modo más enfadoso que cabe imaginar. Los fines de la alta poesía, su verdadero campo y esfera estaban vedados á toda esta gente que no salía de flor de tierra. La popularidad de Benegasi nos revela el nivel literario de un siglo que se divertía con los sistemas filosóficos en seguidillas, ó con la descripción de una enfermedad en décimas. "Los asuntos de Benegasi, que tanto recreaban en su tiempo, dice don Leopoldo A. de Cueto en su *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana del siglo* XVIII, dan idea de la pobre esfera á que había descendido aquella poesía insubstancial. Si llovía con abundancia, si nevaba, si se atropellaban unos asnos, si se aplicaban sanguijuelas, si un amigo despedía con facilidad á los criados, si otro pedía una mula, si se emborrachaba su barbero, si picaba una chinche á su criada, si había estornudado una señora, si había goteras en su casa, Benegasi se inspiraba

con estos hechos y otros igualmente triviales. Complacíase especialmente en la descripción de sus enfermedades, aun las más repugnantes (entre otras, una fluxión, la sarna, un reumatismo, las almorranas); y con tales creaciones de una musa asquerosa y casera, formaba voluminosas colecciones, y se atrevía á darlas á la estampa. Así hacían otros igualmente, y el público compraba estos centones de sandeces y frusleríias.„ Entre tanto, los sucesos patéticos de la vida no le inspiraban sino chocarrerías y profanas sandeces. También tuvo mucha boga un tal fray Juan de la Concepción, fundador de la revista *Resurrección del Diario de Madrid, ó nuevo cordón crítico general de España*. Compuso *El Patán de Carabanchel* y *El Poeta oculto;* y muy extraordinarias y sublimes debieron parecer estas dos obras á sus contemporáneos, pues Benegasi, sin duda porque aquellos ingenios, como los pedantes de Moratín, habían dado en la flor de elogiarse unos á otros, dice del autor:

> Aquel ingenio famoso
> con quien son al compararse,
> roncas urracas los cisnes
> y pigmeos los gigantes...

Este poeta pasó á la posteridad, y fué citado por mucho tiempo como modelo de extravagancia y desvarío. Aun hoy responde su fama á un fin de utilidad, porque nadie

mejor que él y los que le precedieron pueden hacernos comprender en toda su ridiculez y liviandad la época en que vivieron.

Toda la poesía perteneciente al primer tercio del siglo era un resto informe de la secular y grandiosa poesía nacional, su último sedimento, después de evaporados y perdidos los elementos espirituales que la constituyeron y le dieron vida. Aquella extraviada musa era rebelde á toda reforma; pugnaba por sostenerse contra lo que se quiso introducir después; quería resistir, y alegaba en su abono su elevado origen, como los nobles degenerados que creen encontrar disculpa á su poco valer en la grandeza de sus ilustres antecesores. La reforma principió á iniciarse con la *Poética de Luzán*, que entonces representaba un gran progreso, porque combatía de frente la amalgama de vicios y torpezas que corrompían el arte; venía hiriendo con violencia, destruyéndolo todo, sin perdonar ni aun los seductores extravíos del siglo XVII. Aunque sobre el libro de Luzán no podía edificarse gran cosa, no se puede negar, atendida su misión demoledora, que fué de inmensa utilidad en aquellos días. El autor se había educado en Italia, venía impregnado en las ideas de la nueva escuela clásica nacida en Francia, y su criterio, salvo algunas diferencias, era el estrecho y mezquino de Boileau, que declaraba el simbolismo pagano principal elemento poético, establecía el rigor de ciertas formas como indispensables, y era la con-

sagración de ese desabrido sistema, que siempre ha tenido por consecuencia, en los que ciegamente lo adoptan, un frío amaneramiento. Esto era, sin duda, ley del tiempo: las revoluciones, en cualquier manifestación de la vida, han procedido siempre oponiendo principios radicales á los viejos errores que querían combatir, y sólo así han podido ser eficaces. En las letras españolas del siglo XVIII, la revolución hubiera sido un hecho desde 1750, si alguno la hubiera realizado con fuerza genial, porque las reformas artísticas no se hacen con fárragos de reglas, cuya aridez y sequedad repugna á las imaginaciones que ansían volar libremente.

Si Luzán ó alguno de los de su escuela hubieran sido grandes poetas, de seguro habrían arrastrado á la multitud, imponiéndole su sistema, y en tal caso la revolución literaria habría sido rápida y fecunda. Pero no fué así: Luzán no era un gran poeta; no era ni siquiera un buen estilista como Boileau, y por eso sus principios, sanos y útiles indudablemente entonces, se esterilizaron por completo; tanto, que no sabemos si es preferible la poesía soporífera y seca de Montiano, á los disparatados arrebatos de Gerardo Lobo y fray Juan de la Concepción.

Un grande y malogrado ingenio se mostró en mitad del siglo con fuerzas para tal empresa; pero desgraciadamente no quedó de él, después de su temprana muerte, más que una composición, que, aunque de bas-

tante mérito, no basta al trabajoso objeto que su autor se propuso. La célebre sátira de Jorge Pitillas fué lo que hoy llamamos un acontecimiento literario, porque produjo en el público una impresión honda de que hoy no podemos formar idea sino por los ruidosos y raros éxitos de algunas obras del teatro moderno. Esta hermosa composición revela una rigidez de carácter, una entereza tal, que no podía menos de producir en aquella sociedad de debilidad y afeminación sorpresa parecida al espanto. Todos los poetastros que se vieron zaheridos y castigados por el látigo de Jorge Pitillas se desataron en denuestos impotentes, que fueron la comidilla de la gente de pluma. Por lo demás, se ha probado que la sátira tiene pocas ideas que no pertenezcan á las de Boileau, á su poética y á uno de sus discursos doctrinales (1); pero aun así es de mérito sobresaliente, no sólo por la noble audacia que revela y por la circunstancia de ser escrita en época de tantos extravíos, sino porque está versificada con soltura, con energía y vigor, y domina en ella un amargo encarnizamiento digno de Juvenal.

Por mucho tiempo estuvieron los reformistas sin hacer gran número de prosélitos. Porcel, uno de los más ardientes en edad

(1) *Bosquejo histórico-crítico sobre la poesía castellana en el siglo* XVIII, por don Leopoldo Augusto de Cueto, en el tomo LXI de la *Biblioteca de Autores españoles*.

madura, compuso de joven su poema *El Adonis*, que es por su método y asunto de lo más sandio en que se ha ocupado la fantasía humana. No dejan de vislumbrarse allí débiles rasgos de verdadera poesía; pero lo empequeñece y corrompe todo la insulsez del asunto, y la forma de églogas venatorias en que está escrito. Todo él respira culteranismo del más pueril y cándido; es simplemente un laberinto de equívocos y majaderías de aquéllas que Pitillas y Luzán querían desterrar de golpe. No era posible ciertamente extirpar un mal que estaba, digámoslo así, infiltrado en el pueblo, que por error y costumbre se había apoderado de la mente de los poetas, y era su propio numen. Los equívocos, los trueques de palabras, las mil bobadas y vaciedades del estilo culto, vivieron en una buena parte del siglo, y no acabaron sino á manos de otro vicio igualmente funesto, el prosaísmo, que, por secarlo todo, secó hasta las simplezas de aquellos desdichados poetas.

La nueva escuela, hechura del buen sentido, no produjo más que didácticos; ni era posible que se sujetasen á tan áspera disciplina ingenios rebeldes que se veían aplaudidos en sus desatinos y obtenían fáciles triunfos en todas partes: en palacio, en los salones de los grandes, en los teatros y en los más bajos é incultos círculos. Por mucho tiempo los pocos que se inclinaban á la nueva escuela de la sensatez y del orden artístico, fluctuaron entre los resabios concep-

tuosos y el rigor clásico de la poética francesa. Torrepalma, que es uno de los pocos que en aquellos días presentan en sus obras rasgos de inspiración legítima, lo prueba en su *Deucalión*, donde quiere ser sensato y á veces da rienda suelta al más afectado gongorismo. El poema citado contiene hermosos trozos, no sólo de estilo, sino de sentimiento, expresado directamente por espontáneos desahogos del alma, y á veces rompe por instinto el vil cerco de las ligaduras convencionales y se muestra á la altura de Valbuena y Ercilla. No es así Montiano y Luyando, uno de los más insulsos poetas que han existido. Gozó fama de hombre de buen criterio como maestro, y aún la tiene; mas no comprendemos cómo se llama crítico respetable á un hombre que decía al hablar del *Quijote* de Avellaneda: "No creo que ningún hombre de juicio pueda declararse en favor de Cervantes, si compara una parte con otra.„ Montiano es, como escritor, uno de esos caracteres antipáticos que nunca consiguen interesar, ni por sus aciertos ni por sus extravíos. No lo es menos don Blas Nasarre, el enfático detractor de Calderón, que no presenta á la admiración del mundo más que una ridícula paráfrasis del Padre Nuestro, en que no se sabe qué es peor, si la bajeza de las imágenes, ó la trivialidad grosera y hasta irreverente del estilo.

La reforma intentada por Luzán produjo otra cosa: además de esta generación de escritores pigmeos, nos trajo la moda de las

academias, que tiene alguna semejanza en nuestros días con el furor un poco más discreto de los teatros caseros. Creáronse círculos literarios con objeto de propagar el buen gusto y la nueva doctrina. Las damas especialmente gustaban de amenizar sus tertulias con la lectura de versos, y los componían ellas también. Eran certámenes algo parecidos á las cortes de amor del siglo precedente, palenques de discreteo con fin recreativo, no siendo enteramente ajena esta ocupación, tan ingeniosa como galante, á las intrigas y coloquios de amor. La academia del *Buen Gusto*, establecida en Madrid á imitación de otras italianas y francesas, fué algo como el Hotel Rambouillet, aunque un poco más bajo en el nivel de las insulseces. Todo era allí convencional y según las amaneradas formas de la poesía italiana: los académicos y las académicas se inclinaban naturalmente al idilio, el género femenino por excelencia; leían sus versos, que por lo general entrañaban segunda intención; se daba un juicio sobre ellos, y se extendía un acta como si se tratase de transcendentales asuntos. Los hombres más graves, magistrados, generales y ministros, no se desdeñaban de llevar allí su madrigal, dedicado á los dientes, á los ojos, al lunar de una dama, al santo del día, etc. Todo se hacía en forma pastoril; y allí, en los salones, no en los prados; en los tocadores de las condesas, no en los huertos y selvas, fué donde más se fomentó la empalagosa y rela-

mida poesía pastoril, que vivió en todo aquel siglo hasta las puertas del presente, animada con nueva savia por el talento de Meléndez. Cada académico de estas venerables asambleas adoptaba un nombre estrambótico, á semejanza de la academia de los Arcades de Roma, que ha puesto en ridículo para siempre los graves y gloriosos nombres de Jovellanos y Moratín: en el *Buen Gusto* los títulos eran *El Justo desconfiado*, *El Zángano*, *El Difícil*, *El Amuso*, *El Marítimo*, etc. También había allí un bufón, un gracioso, á quien se permitían toda clase de agudezas, aun las más chocarreras, y se toleraron asimismo los desahogos llamados vejámenes, que no tenían la gracia de los del tiempo de Quevedo y Alarcón. Villarroel fué el bufón de la academia del *Buen Gusto:* era cosa de ver cómo él y Porcel se cambiaban los calificativos de *burro*, *jumento* y otros parecidos con el mayor desenfado, y sin producir en la concurrencia otra cosa que hilaridad y alegría. Esta literatura, estos ocios poéticos de galantería y familiaridad, estas diatribas inocentes, fueron uno de los productos más inmediatos de la confusión originada por la monstruosa mezcla del culteranismo antiguo y la nueva escuela llamada del buen sentido. Compárese la farándula de estos salones, hija de una empalagosa retórica, con la poesía de las épocas viriles y bien caracterizadas, hija espontánea del espíritu nacional que la produce sin esfuerzo, robusta, vigorosa, pujante,

obedeciendo á esa ley providencial que engendra las grandes épocas del arte en el seno de las épocas grandes de la historia.

III

El reinado de Carlos III fué en política, á pesar de sus progresos administrativos, un reinado de turbación moral, de presentimientos y de esperanzas. Parece como que trajo nuevos problemas á los espíritus arrebatados por la lucha, y que al desconcierto antiguo sucedieron la desconfianza en lo porvenir y un común deseo de encontrar la solución que esta sociedad perturbada necesitaba. Parece como que los hombres fueron entonces más serios, y supieron mirarse en calma y conocerse.

No fué esta época la más adecuada para que la reforma literaria diera sus frutos. En tiempos de más serenidad hubiéralos dado completos á ser los principios de Luzán verdaderos principios estéticos, en vez de reglas convencionales fundadas en un sistema efímero muy propagado entonces, pero que ya cumplió su breve existencia. La Poética de Luzán, que en su tiempo pudo pasar por un buen código literario, y no es hoy sino una mala retórica, encarnaba el principio de la acertada imitación, de la sensatez niveladora del numen, el absurdo canon de los *buenos modelos* que ha secado en flor tantos

felices ingenios. Con tal principio no habrían existido Homero, ni Cervantes, ni Shakespeare, que no tuvieron modelo bueno ni malo. Esos impertinentes clasicones del siglo pasado mataban la generación presente, obligándola á no salir del camino trazado por sus antecesores. De este modo, el arte, en vez de ser la más alta expresión de la vida individual y colectiva de los pueblos, no sería más que una distracción, un ejercicio de la inteligencia, sin valor histórico, y encerrado en los límites de las academias del Buen Gusto ó de los Arcades de Roma. Este sistema sin vitalidad ni fuerza de convicción, por no ser iniciado por un Alfieri ni un Boileau, produjo aquí lo único que podia producir, un Moratín (don Nicolás) y un Cadalso, talentos extraordinarios si se les compara con sus predecesores y con sus coevos, medianos si se les pone en parangón con los que engendró la reforma en su último y florescente período. En ellos se advierte ya una adopción ciega de los nuevos principios, si bien el segundo fué más ardiente en esto que el primero, inclinado á veces por temperamento al gusto nacional. Como autor dramático, don Nicolás Moratín vale bien poco; como lírico, escribió cosas fastidiosísimas, entre ellas el poema de la Caza, la égloga sobre las antigüedades de Madrid y la composición dedicada al lidiador de toros Pedro Romero, cuyo enfático principio, *cítara áurea de Apolo...* no se olvida fácilmente. Pero en todos sus versos es un

escritor correcto, grave, libre ya de los desvaríos del culteranismo; sencillo, aunque de escasa inspiración, siempre afeada por el uso indispensable de las fórmulas del simbolismo pagano. Hay, sin embargo, una composición suya que se aparta de este vulgar camino, que conserva merecida popularidad por ser una inspiración verdadera, modelada en la antigua turquesa de la epopeya castellana. *La fiesta de toros en Madrid*, cuyas principales quintillas saben de memoria todos los niños, es realmente lo único que del buen Flumisbo ha pasado á la posteridad: en ella no hay amorcillos con aljaba, ni flautas de oro, ni majada, ni aquel insípido tipo de mujer que se llama Dorisa, Filis ó Lisena, y no inspira á sus apasionados amadores más que falsedades insulsas; hay, en cambio, una expresión robusta y directa, pintura caliente y vigorosa, y el lenguaje sonoro, franco, mezcla de severidad y cortesía, con que hablan los héroes de nuestros inmortales romances.

Cadalso no hizo nada comparable á esto: era *luzanista* puro, idólatra de las formas convencionales. Sus *Cartas marruecas* en que imitó á Montesquieu, no carecen de intención cómica, y sus *Noches lúgubres* son tan pesadas y artificiales como las de Young. Era el carácter de Cadalso simpático, flexible y bondadoso; su poesía carece de virilidad, y toda ella está afectada de un desmayo y una indolente blandura, que si entonces agradaba, hoy nos es insoportable. Todos

los versos que dedicaba al amor y las desventuras de su Filis (la célebre cómica María Ignacia Ibáñez) expresan el sentimiento del poeta con un énfasis que nos haría sospechar de su veracidad, si por otros conductos no conociéramos la evidencia de aquellos tristes amores. Su canto titulado *Guerras civiles entre los ojos negros y los azules*, es una sandez, y todas sus obras carecen de brío. A pesar de ello, no deja de agradar la lectura de las composiciones de aquel malogrado poeta, porque las hace amenas el recuerdo del apacible carácter de Cadalso, sus desventuras y su triste fin como valeroso soldado.

Pero el escritor que tal vez representa mejor el primer período de la reforma es fray Diego González, un fraile platónico de Salamanca, digno de fama por su carácter y sus escritos. No es un fray Luis de León, ni un San Juan de la Cruz; pero tiene algo de los dos, con un poco de Petrarca, y sus versos participan mucho de la antigua mística española, con un sabor italiano que les da no poco encanto. Fray Diego González es una muestra de las monstruosidades que pueden engendrar el sistema doctrinal y el convencionalismo en poesía. Sus obras llevan ciertamente en el fondo la última expresión del alma del poeta; pero el rigor de escuela obligaba á éste, pobre monje agustino, á fingirse pastor y hablar de sus majadas y apriscos. Su musa, su Laura, era una dama de Cádiz, á quien llamó siempre

Mirta en sus versos y cartas; y para que se comprenda, á la vez que el candor de González, las singulares condiciones literarias de su época, baste decir que el poeta fraile no cree cometer ninguna clase de profanidad escribiendo versos eróticos impregnados de ese sentimiento, mitad celeste, mitad mundano, que suele nacer y criarse ignorado de todos en la soledad del claustro; escribe sus desahogos pastoriles con la mayor naturalidad; pondera la vehemencia de su amor, y hasta expone las ilusiones de su juventud, como si entre él y la señora Mirta no hubiesen puesto la sociedad y la religión un abismo insuperable. Y nadie se maravilla de esto, ni fué por esta causa fray Diego menos venerado y querido. Así se ve claramente lo que de artificial y convenido había en el cultivo de las letras. El hacer versos y el escribir prosa eran entonces un ejercicio semejante al que en las escuelas de latín y retórica hacían los muchachos, con el único objeto de conocer la lengua y familiarizarse con los buenos autores.

Jovellanos, que es sin duda una de las más altas y nobles personificaciones del carácter español, desvarió mucho como crítico al aconsejar á fray Diego, obligándole á cambiar el género de inspiración á que su índole le inclinaba. Así como influyó en Meléndez para que trabajase en asuntos heróicos, y Meléndez no hizo cosa alguna de provecho en este género, quiso inclinar al buen agustino á la poesía filosófica, deci-

sión que dió por resultado la primera parte del poema *Las Edades*, composición condenada á perpetuo olvido, mientras el *Murciélago alevoso* se recuerda siempre con agrado.

Ninguno de estos escritores representa un progreso muy importante en la alta esfera del arte; pero indican todos un adelanto considerable en lo relativo á la lengua, que depuraron y limpiaron de los ridículos floreos retóricos con que vivió vestida largo tiempo, á la manera de esas abigarradas columnas de Churriguera que desaparecen bajo racimos de hortalizas, frutas y flores, modeladas por el mal gusto. La lengua castellana apareció de nuevo, con pureza sin igual, en los romances de Moratín y en los versos de fray Diego González; también fué noble y grave en los de Cadalso y en las églogas del mismo Flumisbo Thermodonciaco, aunque un tanto afrancesada. Igualmente se conserva en su primitiva pureza, con bella entonación española, en las obras de don José Iglesias de la Caba, mediano poeta en los asuntos heróicos y elevados, muy discreto y agudo en las pequeñas composiciones, que le ponen al nivel de Baltasar de Alcázar.

Meléndez, Jovellanos y Forner ocupan lugar más importante en su siglo. El primero, hoy un poco olvidado, fué el más célebre cultivador de la poesía pastoril, en que trabajó, depurando este singular género de los vicios que lo obscurecían, y resta-

bleciéndolo á su verdadero tono, según el rigor de escuela. Grande fué la popularidad de los versos de Meléndez, que tiene el indudable mérito de ser un escritor de refinada pureza, aunque la índole de su talento sea para nosotros hoy poco agradable y un tanto antipática. Este, y Jovellanos y Forner, con austera inspiración, presentan el período de madurez de la reforma preceptista; y los dos últimos, como críticos, nos muestran que los principios de Luzán habían ido estrechándose á medida que avanzaba el tiempo. El ilustre autor del *Informe sobre la ley agraria* proscribe el amor como asunto indigno de alimentar la poesía, y recomienda á sus amigos Delio (fray Diego González) y Batilo (Meléndez) que se ejerciten el uno en la *moral filosofía*, y el otro en los asuntos históricos, cosas para que eran ineptos. Forner fija con pedantería magistral los que, según su modo de ver, son únicos elementos de arte, á saber: las acciones de los reyes, las empresas de los héroes, el curso de los astros, la serenidad de los cielos, la virtud de los sabios, etc. Semejante exclusivismo no podía dar otro resultado que el abatimiento y frialdad del estro poético, y, por otra parte, el prosaísmo que engendró en todos los poetas el esfuerzo para ser cuerdos y sensatos, el deseo de no hacer gala de abundante ingenio, y el afán de ser comedidos sin salir nunca de un camino cada vez más estrecho y trillado. Así la reforma clásica, la ley del buen sentido

y de la serena y grave inspiración, no fué un hecho hasta que dos talentos no comunes, Moratín (hijo) y Quintana, rompieron la valla secular, consagrando el sistema, no con reglas y preceptos, sino con el ejemplo vivo, el único medio de propaganda que existe en el mundo, en todo lo que se dirige al sentimiento, en la religión y en el arte.

Hasta que aquel caso llegó, la peste del prosaísmo, hijo legítimo de la estrechez de la doctrina, hubo de corromperlo todo. La disciplina literaria y la teoría de los *buenos modelos* hicieron abortar, además de la poesía pastoril, la poesía didáctica, que es más falsa y fastidiosa que aquélla. Los poemas didascálicos de aquel tiempo principiaron por enseñar nobles y bellas cosas, como la música y la pintura, y concluyeron por ser tratados de derecho canónico y dar reglas para salar cerdos. Revistiéronse entonces con la brillante gala del verso los más necios y rastreros asuntos; y vulgarizado el arte, descendido á las más ineptas manos por lo fácil que se hizo su procedimiento, lo cultivaron todos, siendo la producción poética tan extremada, que en ninguna época se ha visto fecundidad más desastrosa. Las fábulas de Iriarte y Samaniego son el único fruto apreciable de aquellos días de prosaísmo, fruto que sobrevivió y no fué comprendido en el general menosprecio de la posteridad: la gracia y amable ligereza de tales obras, de índole educativa y familiar, les ha dado vida.

IV

Mejor que la poesía lírica puede el Teatro dar idea del espíritu de aquel siglo. La primera fué siempre aquí secundaria y un tanto sometida á influencias exteriores, mientras el segundo ha sido en todos tiempos preferente espejo del pueblo. Como meridionales, inclinados á todo lo simbólico y representativo, siempre hemos dado á la literatura dramática el primer puesto, haciéndola nuestra más fiel expresión, condensando en ella nuestra vida y nuestro saber. En los primeros años del siglo XVIII aún existía un resto del gran Teatro nacional, representado en Cañizares y Zamora, que poseían algunas buenas cualidades, aunque obscurecidas por el vicio de la forma conceptuosa y disparatada. Las mismas vicisitudes que hemos señalado en el curso y desarrollo de la poesía lírica, pueden indicarse en el Teatro, que descabellado y loco en los primeros años, después ambiguo y confuso, más tarde árido, atildado y frío, prosáico y rastrero al cabo, no fué Teatro verdadero hasta que Moratín le dió nueva savia en los albores del presente siglo, inaugurando el brillante período del Teatro contemporáneo.

Los errores de la primera época, que habían llevado hasta el sumo delirio los desaciertos de la comedia antigua, olvidando

por completo su grandioso sentido nacional y su pasmosa fuerza inventiva, son referidos por Moratín con mucho donaire, pero con alguna exageración. Representábanse, á más de las farsas mitológicas, en que sin pizca de lógica intervenían mil divinidades y los manoseados héroes de la antigüedad, multitud de tragicomedias de carácter religioso, en las cuales, con la Virgen y San José, alternaban figuras alegóricas de los vicios y virtudes, la Muerte, el Purgatorio... Esto no era más que una vil parodia de los antiguos autos. Hacía más triste la suerte del arte dramático la singular disposición de los corrales, que eran tales como si en ellos no hubiese de entrar otra gente que la de baja ralea. El patio era sitio de pendencias, y las parcialidades que se habían formado con visos de partidos literarios dirimían sus querellas en plena representación, dirigidas por frailes libertinos y procaces: el teatro parecía más bien desahogo de gente holgazana que recreo de lo más escogido de la sociedad.

Los reformadores quisieron poner mano en esto; reformar á la vez á los autores, al público, á la crítica y hasta el local. Nasarre y Luzán hicieron su profesión de fe publicando las reglas de la tragedia y la comedia clásicas; pero esto no bastaba. Querer producir hondísima transformación en las arraigadas costumbres que el pueblo fomentaba y sostenía, era empresa loca. Las reglas no pasaban del gabinete de cuatro ó cinco

literatos, que en vano se quemaban las cejas traduciendo á Alfieri y á Racine. Don Francisco Pizarro Piccolomini había ya traducido el *Cinna;* y en la mitad del siglo, don Juan de Trigueros tradujo el *Británico*, y don Eugenio de Llaguno y Amírola la *Atalia*, que no llegaron á representarse. ¿Y cómo había de tener entrada en los teatros esta literatura que sólo podía interesar á personas de refinada ilustración, literatura de la cual este pueblo, palpitante aún con las emociones de nuestro gran teatro, vivo, pintoresco, lleno de luz y verdad, nada podía comprender, por no encontrar en ella ni sus afectos, ni sus pasiones, ni su lenguaje, ni su historia? La tragedia clásica francesa no tuvo, ni puede tener, ni tendrá jamás el don de interesar á nuestro pueblo.

¿Qué le importaban á éste el furor de Orestes ni la pasión de Fedra? Bien pronto hubieron de conocer los reformadores que la implantación brusca del Teatro clásico, con su frío, insubstancial paganismo, no podía sustituir á nuestra antigua Comedia, superior mil veces por la fuerza de su genio y la pintoresca hermosura y gracia de su forma. Contentáronse con aspirar á la fusión de los dos sistemas, tomando del nuestro el espíritu, y vistiéndolo con la forma erudita del buen sentido y la retórica franceses, haciendo todo lo posible por hermanar el genio nativo español con los preceptos de la nueva crítica. Esta era empresa también sumamente difícil; y una prueba de la esterilidad

del eclecticismo en materias de arte, está en las composiciones de Moratín (padre), de Cadalso y de Ayala, que quisieron en este terreno, como en el lírico, ser atrevidos innovadores. El *Guzmán el Bueno*, del primero, es obra en que nada hay digno de atención, como confiesa el mismo don Leandro en el juicio, tan breve como poco benévolo, que hace de ella. El *Sancho García*, de Cadalso, no merece ni siquiera los honores de ser citado; y en la *Numancia destruída*, de don Ignacio de Ayala, no se revela ninguna de las cualidades del autor dramático; es un artificio árido, pobre, incongruente y falto de sentido. El único que acertó fué Huerta, poeta del último tercio del siglo, que, á pesar de las burlas de sus contemporáneos, especialmente de Moratín, burlas motivadas tal vez por su presuntuoso y díscolo carácter, poseía cualidades eminentes y aptitud para el teatro, que, cultivadas en tiempos más felices, le habrían colocado al lado de los grandes dramáticos del siglo XVII. La *Raquel*, de Huerta, es la mejor, quizás la única composición trágica española de su época.

En los tiempos del Conde de Aranda la situación local de los teatros mejoró mucho: se regularizaron las compañías, usáronse trajes decorosos, y la policía, oportunamente introducida, dió á las representaciones el realce y brillo que siempre debieron tener. Con la creación de teatros en los sitios reales y la creciente inclinación de los nobles

á los espectáculos caseros, la escena española ganó en gravedad y cultura; y ya en tiempo de Huerta se representaron en el Príncipe y en la Cruz comedias originales ó traducidas, con toda la propiedad que el moderno arte escénico requiere.

Meléndez, Iriarte y Jovellanos también probaron fortuna en el Teatro; y el primero, arrastrado por su innata afición, llevó á la escena todo el aparato de pastores y zagalas en la comedia de *Las bodas dè Camacho*, aberración pastoril de lo más candoroso que imaginarse puede. El segundo, en su *Señorito mimado*, hizo una obra que bien podía llamarse didáctica. Por la índole de su ingenio, el autor de la *Música* y de las *Fábulas literarias* había de llevar á la escena, ó una lección moral dialogada, ó una moraleja desleída en tres actos. Por su parte, el esclarecido Jovellanos no estuvo tampoco muy feliz en su *Delincuente honrado*, donde hay gran expresión patética, noble objeto moral, pero de ningún modo un drama con la estructura y la lógica que le corresponden.

El prosaísmo hizo estragos en el último tercio del siglo, y bien lo prueba Moratín cuando tuvo que dirigir la sátira agudísima de su *Comedia nueva* contra los poetas de la estofa de don Eleuterio Crispín de Andorra, prototipo de los más populares ingenios de entonces. La obra del ilustre *Inarco Celenio* es un fiel documento, verídica historia del Teatro. Allí se marca perfectamente la lucha y transición que dió por resultado la

gran reforma moratiniana, no con vanos preceptos, sino con la fuerza incontrastable de un agudo talento, que se impuso al pueblo, y dominó y rehizo el gusto de la sociedad estragada.

Expuesto, aunque ligeramente, el movimiento literario del pasado siglo, se encontrará su síntesis exacta diciendo que fué un descabellado conjunto de ridiculeces y vulgaridades mientras resistió á la reforma, ó una imitación estéril y fría cuando la aceptó, sin que ninguno de estos dos aspectos expresara de modo alguno la vida nacional. En aquella serie inacabable de manifestaciones artísticas que se suceden con fatal fecundidad, ¿dónde se encuentra la vida nacional? ¿Está en los pastorileos de Meléndez, en las afectadas endechas de Cadalso, en la *Petimetra* de don Nicolás Moratín, en las simplezas de Trigueros, en el misticismo ambiguo de fray Diego González? Prescindiendo del mérito relativo de estos escritores, todos pueden ser confundidos en un común anatema, todos son falsos. Si la vida del siglo XVIII se ha expresado en el arte, es de una manera indirecta, en el concepto de que la confusión, la falta de principios, la vacilación, la lucha, la total carencia de unidad, que agitaron sordamente á aquélla, se reflejan en éste por el profundo caos de errores, dudas é impotentes conatos que presenta. Indudablemente la sociedad, con sus sentimientos y sus memorias, su aspiración y su espíritu, considerado ya individual, ya

colectivamente, es el perpetuo asunto del arte: exteriorizar esto es el secreto de los ingenios privilegiados, que, como Calderón y Shakespeare, ponen á su tiempo un sello de inmortalidad.

Cuanto más examinamos las costumbres del siglo XVIII, más falsos y descoloridos nos parecen los millones de conceptos que produjeron los ingenios españoles en tan largo período; cuando pasamos la vista, aburridos y descorazonados, por las puerilidades bucólicas, por las simplezas mitológicas, por las huecas voces de la poesía llamada heróica, por las hinchadas sentencias de los poemas didácticos, echamos de menos al pueblo, que no late, que no respira en el fondo de aquel arte; que no anima ni aun con un débil aliento de su vida aquellas mil formas artificiosas; verdaderos maniquís que pueden parecer hombres á la vista de un niño ó de un observador superficial, pero que, examinados de cerca y atentamente, no son sino un tosco remedo del sér humano. El pueblo, en su variedad infinita, y considerado en su verdadera acepción social, no existe allí donde todo es disciplinario y conforme al patrón de una retórica erudita. Bajo este punto de vista, y prescindiendo por ahora de su intrínseco valor literario, puede considerarse á don Ramón de la Cruz como el único poeta verdaderamente nacional del siglo XVIII. Y es, en efecto, desdicha para un siglo el que su más exacta expresión se halle en un puñado de sainetes que han corri-

do por mucho tiempo como obrillas de escaso valer y ninguna transcendencia. Con un descuido singular, como quien no sospecha su propia importancia, supo aquel ingenio retratar algunas fases de la vida de su época, y ésta, engreída, presuntuosa, pedantesca é inmoral por esencia, llena de preocupaciones, y además hipócrita, no comprendió, mientras tomaba por lo serio los madrigales necios de sus poetas más aplaudidos, que era fielmente retratada en unos pasillos cómicos, frívolos, pedestres, tabernarios á veces, destinados sólo á hacer reir.

Los tiempos heróicos tienen su expresión exacta en la tragedia clásica, cuya serenidad y elevación son un traslado fiel de los caracteres antiguos; la gracia atildada y fría del naturalismo, que animó á aquellos pueblos, había de producir la literatura pagana, sencilla, tranquila, reposada, con cierto colorido de felicidad aun en medio de sus dolores, un poco artificiosa, muy plástica y sensual, como la religión que le dió vida. Nuestro siglo XVI, poseído de un alto sentimiento religioso, deslumbrado con el esplendor de sus propias empresas, extremado en sus sentimientos, algo presuntuoso, soberbio y locuaz, noble en sus aspiraciones, impetuoso, lleno de genial iniciativa, teniendo siempre en su valor una confianza algo petulante á que no iguala sino su fe, no podía producir sino el gran Teatro, que, desarrollado en la mitad de la siguiente centuria, fué el espejo de su existencia.

Aquel noble Teatro que, como la sociedad que lo engendró, tuvo la pasión exaltada, el misticismo á la vez religioso y erótico, la florida y abundante expresión de los afectos, la complicación de los hechos, la sorpresa de los accidentes, es una mezcla feliz de dignidad y donaire, de exaltación y nobleza, de gracia y verdad. La época de Luis XIV en Francia, primera etapa de la cortesía moderna, en que todo está medido y prescrito, época en que ni los versos se eximen de la etiqueta; días de cultura sazonada por el estudio de lo antiguo, no siempre bien comprendido; imperio del buen sentido y de la discreción, no podía tener más exacto espejo que aquella literatura rizada y compuesta, recortada, algo semejante al vestir de los hombres, siempre fina, comedida y respetuosa, sensata, pulcra, ingeniosa y viva, siempre con dignidad en la pasión y con aticismo en la ironía, pomposa y glacial en manos de Racine, intencionada y filosófica en manos de Molière. Por fin, el siglo XVIII en España, siglo de obscuridad, de preocupaciones, de luchas y dudas, que prevé en su instinto una revolución y no acierta á darle realidad, ni se atreve á intentarlo; que ve todo aquel pasado que se marcha y no comprende lo que ha de venir, ni se prepara á una nueva vida; ese siglo sin principios, perdido en su misma confusión, sin saber que remedio poner á los males que le degradan, á la lepra que le corroe; siglo que se siente viejo, y desmoronándose se en-

tretiene en hacer ovillejos en la academia del *Buen Gusto*, ¿qué mejor expresión de arte puede tener que aquellos sainetes que son un bosquejo fugaz, un rasgo, una sombra, una caricatura breve, rápida, pero brillante y llena de agudeza; pinceladas donde á una momentánea luz se ven la miseria, la ignorancia, la falta de dignidad y la completa perversión del sentido moral?

V

Don Ramón de la Cruz, que no fué un poeta obscuro en su tiempo, sino que, por el contrario, gozó de merecida reputación, del aprecio de todos, y aun recibió obsequios y agasajos de las más ilustres personas de la nobleza, no es hoy bien conocido en su vida privada ni en su vida literaria. El libro *Hijos ilustres de Madrid*, que publicó don José Alvarez Baena, contemporáneo suyo, nos da muy breves noticias, no suficientes para el conocimiento de aquel carácter. Como las memorias y correspondencias de hombres célebres son en España muy escasas, por incuria de nuestros bibliófilos y coleccionistas, ó porque realmente no han sido abundantes, acontece que muchas ilustres é interesantes vidas permanecen hoy olvidadas. Baena dice así:

«Don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla nació en la parroquia de San Sebastián, año

de 1731, á 28 de Marzo, hijo de don Reymundo de la Cruz, natural de la villa de Canfranc, obispado de Jaca, y de doña Rosa Cano y Olmedilla, natural de la Gascueña, obispado de Cuenca. Es oficial mayor de la Contaduría de penas de Cámara y gastos de Justicia del Reino, individuo de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla y Arcade de los de Roma con el nombre de *Larisio Dianeo*. Su talento ha sido particular para la poesía cómica, especialmente para los intermedios y loas. Las otras obras suyas que se han representado en ambos teatros del Príncipe y la Cruz, con aplauso de las gentes, llegan á un número exorbitante, y en sus mismos títulos manifiestan su alegre y jocosa índole. También ha ejercitado su numen en algunas piezas mayores, propias ó traducidas, como zarzuelas y comedias, en cuya clase se cuentan varias óperas del abate Metastasio, traducidas á nuestro idioma y aplicadas al genio de nuestro teatro. Don Juan Sempere hace en su ensayo de Biblioteca un gran catálogo de todas ellas, y su autor las está dando á luz en el día (1791) por suscripción, y lleva publicados varios tomos en octavo, sin dejar por eso de trabajar piezas nuevas que se representan.»

Poco espacio y una atención ligera consagra Baena á este ilustre hijo de Madrid, cuando ha llenado su voluminosa obra de apologías á un sinnúmero de personajes que la posteridad ha relegado al olvido. Pero esta escasez de noticias no nos importa. El

conocimiento del hombre en la parte que nos interesa nos será fácil con la lectura de sus obras. Lo que nos importa es exponer, ya que hemos hecho una ligera reseña del movimiento literario del siglo XVIII, cuál fué el estado social que engendró aquellas singulares obras de arte, averiguar cómo nacieron y qué grado de fidelidad hay en tales retratos ó pinturas.

La sociedad del siglo XVIII nos presenta en su composición y en su vida un fenómeno digno de estudio. Ella misma conoce que lleva en sí algo deletéreo y disolvente, y vive agitada por presentimientos; prevé el trastorno, y no sabe si evitarlo será una salvación ó una desgracia peor. Los males orgánicos que el tiempo recrudece, han llegado á ser vislumbrados por la mayor parte de las gentes, y á pesar de la ignorancia que nubla y obscurece todos los espíritus, éstos comprenden que han de venir profundas y graves perturbaciones. Entre tanto, los impulsos generosos, las aspiraciones á algo nuevo y bueno, no bien determinadas; esas secretas inquietudes que lanzan á los pueblos á inesperados avances en los días de más postración, se estrellaban ante las trabas que un Gobierno desarrollado en la más vasta esfera de acción posible, les oponía. Mil resabios antiguos, preocupaciones, viejísimos hábitos, eran como extensa red que todo lo comprendía, fuera de la cual á ninguno era posible salir. No hubo época en España de mayor atonía mental, de más

falsas nociones de todas las cosas; y como nuestro carácter es apegado fácilmente á la costumbre, como por su innato espíritu de independencia es refractario á innovaciones, no había fuerza capaz de realizarlas. Las tentativas nobilísimas de Feijóo por medio de escritos serios, del Padre Isla con sus obras humorísticas, y de Torres y Villarroel con sus sátiras atrabiliarias, no consiguieron gran cosa; y si esto, y la filosofía francesa y la influencía de la nueva dinastía, determinaron alguna transformación en España, no fué el pueblo seguramente quien disfrutó este beneficio. Sólo las clases altas recibieron alguna luz de los esfuerzos combinados de los reformadores de dentro y las ideas de fuera.

El constante alejamiento del pueblo de los asuntos públicos, su nulidad como poder político, su ignorancia, su impotencia para salir del vergonzoso estado en que se hallaba, hacían que no llegara hasta él la escasa luz que iluminaba esferas más altas. No existía entonces como ahora ese eslabonamiento de las clases sociales que las pone en comunicación directa unas con otras, y las obliga á prestarse y cambiar ideas y sentimientos. En vez de esta armonía, había entonces confusión monstruosa, no fundada, ciertamente, en ningún principio igualitario, sino en la falta de dignidad y en una marcada relajación de caracteres. La nobleza de aquel siglo, con muy raras excepciones, había caído en gran postración: aunque

no alejada enteramente del manejo de los negocios públicos, no tenía ya la participación de que gozó en siglos anteriores; se vió no pocas veces postergada á los franceses é italianos que trajo la dinastía, y aunque figuraban constantemente en el Gobierno personajes titulados, los nombres aristocráticos más sonoros é ilustres quedaban reducidos á un secundario papel. La rancia aristocracia fué descendiendo; se la vió acercarse al pueblo, alternar con él, compartir sus fiestas y hablar su lenguaje. ¿Consistía esto en que se había debilitado la rigidez de principios que constituyó la antigua nobleza, por efecto de la difusión de la filosofía y del camino que se iba abriendo en Europa la idea de la igualdad? No: el carácter de la nobleza se relajó por la inactividad; porque habían acabado las empresas fabulosas que la crearon; porque había concluído, por causas de todos conocidas, la grandeza histórica del pueblo á que pertenecía. La nobleza, en la antigua organización de las monarquías europeas y en el apogeo del derecho divino, fué la fuerza y el alma de las naciones. Cuando principió á iluminar á la humanidad la luz de un nuevo derecho, y las viejas monarquías aspiraron á organizarse sobre bases nuevas y con elementos de otra índole, porque se sentían viejas y dañadas, el primer miembro en que se vieron síntomas de corrupción fué la nobleza, y esto ocurría lo mismo en Francia que en España. Perdido su papel histórico, la aristocracia se achi-

ca, se hace familiar, campea en los salones, se ocupa de aventuras galantes, baja más cada vez, y por último, llega al nivel de la plebe, con quien se junta, no para consolarla y apoyarla, sino para imitar su llaneza y desenfado. Parece como que se cansa del desabrido papel que hace en el mundo, y quiere permitirse algún desahogo cuando está fuera de escena. La verdadera cultura, fomentada por la irrupción de las nuevas ideas, reside verdaderamente entonces en una especie de clase oficial, origen de nuestra poderosa burocracia moderna.

En tanto, el pueblo, falto de luces, lleno de errores, indolente, trabajando por hábito, no por deber, sin ver ningún camino abierto ante sí, ni entender nada de lo que pasa en derredor suyo, acepta impasible la fraternidad de la grandeza, y, por fin, llegando al colmo de la confusión, imita como es imitado, se codea con los *usías*, remeda sus graves modales, su tono, se disfraza á veces con su traje, y es una vil parodia de los caballeros que descienden hasta él.

La clase media no era este bloque del siglo XIX, poderoso por la riqueza; era entonces una clase ambigua sin aliento ni carácter, determinada en la sociedad por su ineficaz aspiración á formar una verdadera jerarquía, con influencia y acción propias. En ella campeaban mil pequeñas vanidades, mil petulancias que cifran en la representación exterior el prestigio de la clase.

En el siglo XVII, cuando aún vivíamos con

nuestra vida, eran los españoles más graves y serios, se pagaban menos de la representación exterior, y, aunque algo vanos y engreídos, siempre fundaron su orgullo en prendas morales, y más que todo en el valor. Entonces, todos los que vivían en la corte aspiraban á caballeros, y no empleaban (salvo la canalla picaresca) otro medio que la bravura. El que no la tenía, la figuraba: de aquí los guapos, jaquetones y chuscos. Después la presunción toma formas muy distintas, se afemina, se degrada; la galantería que suavizó las costumbres, relajó al propio tiempo la virilidad de los caracteres, porque en el juego pastoril y ático que sustituyó al galanteo romántico de los buenos tiempos, había un gran fondo de mentira. Aumentó el desenfado en las mujeres, la despreocupación en los maridos, la solapada astucia en los galanes. Estos ya no eran los audaces aventureros que se acuchillaban por sus damas, y asaltaban, si era preciso, el hogar doméstico: eran intrigantes que seducían con halagos mañosos, y se introducían en las casas furtivamente ó con disfraz. La mujer no era ya aquel basilisco de honor que miraba en sí las cualidades del armiño; fué más fácil, más accesible, más discreta y ondulante en su trato; se pagó más de la moda, de los afeites y vanidades que le dan realce exterior, mientras los jóvenes fueron más relamidos, menos generosos, más astutos, y se pagaron también más de los atractivos superficiales. Ya

no había damas y galanes; había *petimetras* y *currutacos*.

Al mismo tiempo, la familia se relajaba en los lazos que más la estrechan y robustecen. La religión había concluído por encenagarse en un lodazal de preocupaciones. Muestra inequívoca del estado de vileza á que llegaron las creencias en la literatura religiosa, tenemos en los sermones satirizados por el Padre Isla en su *Fray Gerundio*, y sin duda los torpes errores que ofuscaban las conciencias fueron la causa de que se entibiara la fe religiosa, que ya no cautivaba las almas con la pureza y la sencillez de los primitivos símbolos; era un bárbaro delirar en que se mezclaban á vulgares remedos de lo divino lo más grosero y mundano. En el seno de las familias esta evolución fué tanto más funesta, cuanto que en aquella sociedad, cuya fe se apagaba, cuyo depurado sentimiento del honor se extinguía, no hubo una irrupción de nociones morales filosóficas que llenaran aquel vacío. La filosofía, si alguna vino, lejos de curar el mal, lo agravaba, y no podía inyectar en el dolorido y extenuado cuerpo social la sangre joven y fresca que éste necesitaba. Aflojados los lazos morales, fué el matrimonio lo que primero se resintió: las uniones ilícitas, si no menudearon más que en el siglo anterior, fueron más descaradas, y el adulterio principió á ser, si no disculpable, por lo menos tolerado sin escándalo en las clases bajas, y visto como cosa corriente y con

asomos de falsa elegancia en las superiores.

En tanto el pueblo guardaba bien su antiguo carácter, arrogante y desenvuelto, tenía particular empeño en satirizar á los individuos de la clase media, á los que adoptaban trajes ridículamente ostentosos, y á las mujeres de equívoca virtud, que se daban aire de grandes señoras. El manolo y la manola, personajes picados de orgullo, de una entereza á veces cómica, miraban con cierto desdén á los burgueses de la Montera y de Jacometrezo: ella, sobre todo, la dama de Lavapiés y de Maravillas, con su brusquedad desenfadada y su puntillo de honor quisquilloso, se cree más noble, más alta, más española que la señora de los buenos barrios, contaminada por la nueva moda y las exóticas costumbres. La majeza plebeya no cesaba de aplicar apodos ingeniosos á la gente fina, juzgándose á veces harto ofendida con su trato.

Nuestra legislación eclesiástica era funesta entonces, más defectuosa é incongruente aún que hoy. La desamortización y el Concordato han modificado mucho aquel monstruoso derecho, que Floridablanca y Jovellanos atacaron sin tregua como un grave mal. Nuestra empleomanía moderna no puede dar idea de lo que era aquel asalto á los bienes eclesiásticos, inmensos entonces. A más de la multitud de clérigos y frailes, la provisión de beneficios simples hecha en favor de jóvenes ordenados de primera tonsura, elevó la cifra á un grado ex-

orbitante. Millares de individuos se disputaban estos beneficios, sin ocupación canónica efectiva de ninguna especie, sin residencia ni papel alguno en la Iglesia: su trabajo era cobrar. Los principales entre estas sanguijuelas eran los abates, gente holgazana, afeminada, inmoral por lo común. No hay clase ninguna, en nuestra actual sociedad, que pueda dar idea de aquellos híbridos personajes, excrescencias del estado eclesiástico, séres cuyo puesto oficial era desconocido. La influencia de estos vagos en la familia fué desastrosa: por su estado, tenían abiertas las puertas de todas las casas; se entretenían en hacer música y cantarla, en inventar modas y dirigirlas, en presidir el tocador de las petimetras, en hacer malos versos y escribir cartas necias; eran, por lo general, como juglares ó bufones en las tertulias elegantes. Lo mismo alternaban con el pueblo que con las clases encumbradas; y para colmo de degradación, estos individuos, que no siempre hacían el amor por su cuenta, eran los más intrigantes urdidores de aventuras ajenas, llevando, escudados por su hipocresía, el desorden y la corrupción al seno de las familias. ¡Oh! ¿no eran más dignas de consideración las terceras y busconas del siglo XVII, y aun las repugnantes celestinas del XVI?

Ahora bien: esos nobles degradados, esos *usías* que arrastran su orgullo por los garitos de la plebe, esos maridos blandos de la clase media, esas esposas traviesas, esas pe-

timetras, esos cortejos, esos pisaverdes hambrientos con ínfulas de señores, esos manolos orgullosos, esas majas llenas de donaire y presunción, esos abates desvergonzados, constituyen el teatro de don Ramón de la Cruz, y son las figuras que forman, en su perpetuo movimiento y en la variedad de sus colores, la vida de aquellas breves y epigramáticas escenas.

PARTE SEGUNDA

Tipos de la clase media: los Petimetres, los Cortejos, los Abates.—Tipos del pueblo: la Maja, el Manolo, los Payos.—Juicio de los contemporáneos.

I

Cuando leemos con alguna detención, y con la paciencia que el caso requiere, los cien sainetes coleccionados por la *Unión literaria*, nos asombra y cautiva el ingenio que don Ramón de la Cruz, escritor hoy casi desconocido, empleó en la creación de tantas y tan variadas obrillas. En el teatro solemos ver algunas, como *La Comedia de Maravillas* y *La Casa de tócame Roque;* pero esto no basta para conocer el singular talento de aquel poeta, y menos para formar juicio de la sociedad en que vivió y que supo retratar con rasgos tan felices. En la colección citada, muy superior á la que hizo el autor, de 1786 á 1791, poniendo en lugar secundario los sainetes, como inferiores á sus soporíferas comedias, es donde está la sociedad madrileña del siglo XVIII, en los mismos años en que aterraban al mundo los

primeros rugidos de la revolución francesa, precursora de grandes mudanzas fuera de España y aquí mismo.

Los sainetes pueden dividirse en dos grupos: unos son cuadros populares con un colorido local madrileño muy marcado, con abundancia extraordinaria de figuras, mucha fuerza de colorido, gran viveza y propiedad en el diálogo, y una gracia inimitable, pero con escasa ó trivial acción; otros son pequeñas fábulas dramáticas con aspiración á comedias, caracteres de la clase media, vicios y virtudes de los más generales y dignos de la sátira, movimientos teatrales bien ideados, pero mal expresados generalmente; acción y fin moral que, si bien recto y honrado, no siempre es airoso y artístico. En estos sainetes con molde de comedia, es donde mejor y más pronto se encuentra la sociedad de aquel tiempo. Verdad es que en lo que llamamos primer grupo se manifiesta el ingenio de Cruz en su propia esfera; en aquellos cuadros populares, no imitados por nadie, es tal la gracia de las figuras y tan grande la fuerza cómica del lenguaje, que pueden ser considerados como modelos acabados del sainete. Son un simple bosquejo, un dibujo, un grupo de figuras presentadas sin asunto importante que las mueva, ni más encanto que su propia gracia ó ridiculez. Pero en el segundo grupo, pintura de las costumbres y tipos de todas las clases sociales, hallamos, á vuelta de una pobreza grande de conocimientos

teatrales y de una noción muy incompleta de la verdadera comedia, rasgos muy felices de expresión, y sobre todo, una incalculable abundancia de humanos documentos históricos.

Los caracteres dominantes en aquella sociedad, no nos son conocidos hoy sino por estas obras de una frivolidad sin escrúpulo, producidas con fácil espontaneidad por una imaginación privilegiada que entrevé un ideal; pero que por su carencia de luces y la funesta influencia del siglo en que vivió, es incapaz de realizarlo.

Don Ramón de la Cruz, de quien dice Moratín con justicia que fué el único que comprendió entonces la índole de la buena comedia, aparece en un período literario infi cionado por lo conceptuoso y lo convencional. Pero él se conserva puro; y si no supo más, si no tuvo la educación que á su privilegiado entendimiento correspondía, en cambio no cayó en los errores de que no se libraron otros de más saber y experiencia. A fines del pasado siglo, influído por los petulantes detractores de nuestro Teatro nacional, y al mismo tiempo recibiendo su inspiración directamente del pueblo, sin otra regla que la observación, encariñado siempre con unos mismos modelos, fué un notable pintor de costumbres. Perteneciendo á la raza de los grandes artistas, no llegó á serlo, porque la fatalidad del tiempo y del lugar le privó de esa luz que en los culminantes días de la historia literaria enseña á

los privilegiados ingenios caminos ignorados de todo el mundo.

La sociedad que vive y bulle en los sainetes es originalísima: cuando se la ve, movida por sus pasiones; cuando se oye su lenguaje, y se observan sus frívolos pasatiempos, nos da espanto el considerar lo que fuimos, y causa extrañeza que una sociedad haya atravesado tan rara crisis y haya podido en sus transformaciones llegar á ofrecer una faz tan opuesta á su antiguo carácter, perpetuado en luengos siglos, antes que la influencia francesa viniese á modificarlo.

La introducción de la cultura francesa en nuestras costumbres produjo, al principio, y mientras las ideas y revoluciones del presente siglo no empezaron á dejar sentir sus efectos, muchas monstruosidades y ridiculeces. Nuestros caballeros, con todas sus viriles cualidades, desaparecieron bajo el oropel de las galas nuevamente introducidas; su afeminación no tuvo límites; sus ocupaciones no fueron las armas ni la caza, ejercicios que dan temple al cuerpo y vigor al ánimo, ni las letras, ni los honrados y apasionados amores, sino el vano galanteo, la poesía de salón, las modas, las trivialidades del tocador y de la tertulia. El caballero, el galán español, hermoso tipo de lealtad y nobleza, que cautiva y asombra en el siglo XVI, es en la segunda mitad del XVIII un tipo degradado, todo chocarrerías y afeminación.

La figura del galanteador aparece en el

teatro de don Ramón de la Cruz con tal frecuencia, que es raro el sainete en que no interviene. El petimetre, joven de la clase media, no tiene más oficio que vestirse á la última moda y alternar con los abates en el tocador de las damas: no le iguala ni el *incroible* del tiempo del Directorio en Francia. El célebre sainetista le trata con la dureza que merece, y es sobrado fuerte en la acentuación de los rasgos de esta caricatura, lo cual prueba cuán grave y general era entonces aquella plaga. Donde mejor retratado se halla es en *El Petimetre*, cuyo héroe, don Soplado, es uno de los tipos más cómicos que cabe imaginar. En las primeras escenas de esta pieza, escrita y dialogada con una gracia y una fuerza cómica que no desdeñaria Molière, se puede ver cuál era la vida de un elegante en el siglo XVIII.

Don Soplado se levanta á eso de las diez, y ya le aguarda el peluquero, personaje á quien la moda de los peinados con polvos dió en aquel tiempo un puesto muy importante en la escala social. Por una anomalía hoy difícil de comprender, don Soplado toma un libro de misa y reza el Oficio divino mientras el Fígaro le peina: éste es un detalle de los más picantes que se encuentran en el sainete, y marca como nada el estado de las costumbres. El buen señor, cuya vida se consagra por entero á la moda, á presidir el tocador de las damas, á dar las leyes del buen gusto en materia de vestidos y á todo lo más trivial y necio del mundo, no

puede prescindir de rezar el Oficio con verdadera devoción. Con su rezo intercala las advertencias al peluquero, y le dice:

> Mirad
> que ayer dicen que llevaba
> tres pelos más en un lado,
> y un canto de real de plata
> más levantado ese bucle.

También da rienda suelta el peluquero á sus chismes, contando anécdotas de las damas á quienes ha peinado aquella mañana; y en esto entran algunos amigos, entre los cuales viene un tal don Zoilo, abate que ha pasado algunos años en el extranjero. La conversación recae, á poco de empezada, sobre las cosas de nuestro país, sus adelantos ó atrasos con respecto á los demás de Europa, y el recién venido hace una pintura muy exacta de la transformación que la moda estaba realizando en esta sociedad (1). Pero en

(1) Para que se comprendan los juicios que entonces hacíamos de nosotros mismos, comparándonos con otras naciones, y el efecto que causaban en nuestras costumbres las primeras irrupciones de la moda extranjera, transcribimos la relación ingeniosa del abate.

> ZOILO. Pues yo traía echada
> la cuenta de no pararme
> en Madrid ni una semana;
> pero en estos cuatro días
> he observado que se halla

materia de adelantos, para don Soplado no hay otros que los de la etiqueta y el tocador, los de las finas esencias, lazos y perendengues. Es chistosísimo cuando, al terminar sus afeites, hace traer varios frascos con distintas esencias, y moja en ellos una gran cantidad de pañuelos, diciendo:

—No me vea en la desgracia
del otro día.
— ¿Qué fué?
— Varios pañuelos llevaba
rociados de las mejores

---

digno tal cual de que yo
le habite: está adelantada,
en lo que cabe, la gente.
Ayer comí en una casa
y estuvo mediano aquello:
no hubo las extravagancias
de la sopa guarnecida
ni lo de pichón por barba.
. . . . . .
Ya la amanece el buen gusto
en el mueblaje: las casas
se adornan con cornucopias
en vez de petos y lanzas.
Parece se ha propagado
el cultivo hasta las caras:
aquel bruto desaliño
del cabello y de la barba,
que hacía nuestra nación
tan terrible á las contrarias,
ya dócil á beneficios
del jabón y las pomadas,
por donde quiera que vamos,
va diciendo nuestra facha
que somos gente de paz.

y más exquisitas aguas,
y se le antojó el olor
del clavel á cierta dama:
pidiómelo, y yo, que acaso
entonces no le llevaba,
discurrid cuál quedaría,
sorprendido, hecho una estatua,
corrido; éstos son los lances
en que los hombres se atrasan
sus carreras, y es un caso
que en las historias no se halla.
Por eso ahora siempre voy
hecho una botica.

Todo este diálogo es de primer orden: las disertaciones de don Soplado y don Zoilo sobre lo que entienden por buen gusto, exceden á todo encarecimiento por lo saladas y divertidas. Por lo demás, el sainete apenas tiene acción: mudada la escena, aparece una familia en que hay dos petimetras y un padre, que cose mientras sus hijas recitan seguidillas y leen comedias. Don Soplado, presentando en esta sociedad á su amigo don Zoilo, que viene de París, dice:

Este sujeto
ha ido á estudiar las ciencias
á las Cortes: trae secretos
para disimular pecas
de rostro, limpiar blondinas,
quitar manchas, lavar medias,
y otros grandes intereses
de la nación...

En este segundo cuadro no hay tampoco acción: domina el diálogo vivo, ingenioso, verdadero, bastante inclinado á la caricatura, muy semejante al de *Las Preciosas Ridículas*. Ni un instante fatiga la lectura: todo respira vida y verdad; los ridículos personajes hablan su propio y natural lenguaje, rico en gracia y color (1).

En el *Petimetre burlado* hay un conato de lección moral de esas que Cruz da con tan buena intención como poca gracia. Quiere castigar al ridículo galán con uno de los mil

(1) La mejor pintura del caballero galanteador en aquellos tiempos, la hace hablando de sí mismo un petimetre en el sainete *La oposición á cortejo*.

FAUSTO. Yo sé que no
lo podéis estar, sabiendo
que ninguno contará
diez años como yo cuento
de perenne cortejante
obstinado á los pies vuestros,
tanto que en Madrid soy yo
decano de los cortejos.
Yo, por vos he tolerado
que me desuelle el barbero
todos los días; por vos
he desmentido mi sexo,
ya al tocador, porque fuera
mi peinado el más perfecto;
ya bordando en cañamazo
á vuestro lado; ya haciendo
bufandas; por vos, con todos
mis parientes indispuesto
vivo; por vos renuncié
los más brillantes ascensos;

recursos que se emplean al final de las obras dramáticas, como para satisfacer el vulgar deseo del público de ver aplicado un castigo material al vicioso, sin comprender que el verdadero castigo está en la exhibición, en el menosprecio que excita, y no en esos golpes finales de una lógica tan enfática como inútil. El petimetre no necesita más correctivo que su propia ridiculez, y éste es el que con más donaire le aplica el célebre sainetista en casi todas sus obras. La damisela presumida ó petimetra es también un elemento indispensable en los dramas de Cruz: de este tipo no nos quedan sino restos, y no podemos asimilarlo á lo que hoy se llama una mujer elegante. Aquélla tenía algo de la *preciosa* francesa, y sin dejar de ser esclava de la moda y del buen gusto, se asemejaba mucho al tipo *cursi* de nuestros días; era menos que la gran dama y menos que la coqueta; era un conjunto de frivolidad y tontería, de que la mujer moderna, cualesquiera que sean sus defectos, no puede dar idea. Las petimetras aparecen en todos los sainetes, aun en los de más baja estofa, y son siempre las mismas, traviesas, empalagosas, ya por el

por vos jamás voy á misa
sino el día de precepto;
por vos soy un animal,
pues ni me aplico ni leo,
y sólo sé hablar de modas
y murmurar, ¡que son, cierto,
en un hombre conocido
muy apreciables talentos!

estilo de la que hoy llamamos una romántica, ya asimilables á las que designamos con nombres más concretos, si bien un poco menos pudorosos.

II

Pero hay en estos admirables grupos de caricaturas un tipo que representa el vicio fundamental de aquella sociedad, al cual dirige principalmente el sainetista su punzante sátira. Este tipo es el cortejo, palabra que hoy resuena un poco mal, y que entonces era de uso corriente. El cortejo aparece en el Lavapiés, en los círculos de la clase media, en los de la clase alta, en las reuniones del Prado, de San Isidro, en las casuchas de Maravillas, en las casas de Tócame Roque, en los bodegones del Rastro, en las tabernas de las Vistillas ó Embajadores. El cortejo es el fundamento de todas las intrigas y el tema de todos los diálogos: á cortejar aspiran los petimetres, y sobre tan delicado punto charlan las petimetras en sus tertulias de confianza. Para que se comprenda á qué punto llegó la relajación de costumbres, y cuánto se rebajó y degradó el antiguo carácter castellano, basta conocer la terrible propagación del adulterio, vicio desorganizador de la familia. No sólo en el teatro de Cruz, que como tomado del natural es verdadero documento histórico, sino en

otras muchas fuentes, se adquiere la triste verdad. La depravación cundía pasmosamente, no sólo en las grandes ciudades, sino también en los pueblos, y es bien claro que aquella sociedad conocía su propio mal y no lo ocultaba. De esta creencia general, de esta opinión común, hallamos muestras en todos los sainetes, donde es frecuente que los personajes serios se quejen de la corrupción del tiempo. En *La duda satisfecha*, discurriendo unos labriegos sobre este espinoso asunto, dice una mujer:

> Señores: todo eso es prosa,
> y llevado del concepto
> de algunos estrafalarios
> y ridículos engendros
> que quieren hacer creer
> que el mundo hace un siglo ó menos
> era un santo y hoy un diablo.

Sobre esta cuestión se discurre sin tregua en todos los sainetes, en que la manía de cortejar aparece satirizada. Las viejas que presentan á sus hijas en el mundo, las mismas petimetras desenvueltas, ciertas casadas que profesan y practican una cómoda filosofía, todas hablan de la moral de su siglo, comparándola con la de los anteriores. En el sainete *La oposición á cortejo* dicen doña Laura y doña Elvira:

> —La mujer casada no
> puede tener mayor riesgo

que el enojo del marido
ó la sospecha.
— Ese cuento
al principio de este siglo
dicen que lo recogieron.

A pesar de la exageración que hay en este rasgo, se comprende toda su exactitud, y es fácil conocer la despreocupación y desenfado que entonces cundían, matando tantos nobles sentimientos y tradicionales virtudes. En otro sainete *(El Prado por la noche)*, dicen unas damas:

— ¡Qué necios
y qué pesados que son,
amiga, todos los viejos!
—Antes: ya de algunos días
á esta parte se han dispuesto
mejor las cosas; que antes
era el mueble más molesto
del mundo cualquier marido.
—En este siglo se han puesto
las cosas en un gran pie.

Aunque los diálogos de Cruz son caricaturas, fácil es comprender, disminuyendo un poco la acentuación de ciertos rasgos, el sentir y el pensar de aquella gente. Nos quejamos hoy de nuestra sociedad, sin reparar en lo que ha ganado en consistencia moral desde aquel tiempo; entonces, sin perder antiguas deformaciones, se acepta-

ban multitud de ideas desorganizadoras, nacidas del desmayo de los caracteres. Entonces empezó la libertad en las relaciones ilícitas, y la tolerancia un poco elegante con que eran miradas: no aterraba á las damas, ni aun á las familias, inexorables siempre con la pobre soltera, la idea de que se las señalara como contaminadas de relajación. Antes bien, no parecían desmerecer en eso, y hablaban de tales cosas con cínica naturalidad. Oigamos cómo se explica una dama, dando consejos á otra sobre el particular. La pintura es fuerte; pero en el fondo resplandece la verdad. Por boca de los innumerables personajes de Cruz podemos decir que habla la sociedad con la voz ahuecada y contrahecha, es cierto, pero siempre sincera y veraz.

La dama dice así:

—Amiguita: es necesario
que usted se vaya con tiento,
que es materia delicada
esto de elegir cortejo;
y no se pague al instante
de lo buen mozo, porque eso
la que está de conveniencias
muy sobrada puede hacerlo.
Para usted lo que le es más
conveniente es uno bueno
que haga á todo; verbigracia:
que supla el escaso sueldo
del marido, ó le acomode
mejor; que tenga talento

para compraros las cintas,
flores, gasas, todo aquello
que se os ofrezca, y que tenga
para acompañaros dentro
y fuera de casa, poca
sujeción y muchos pesos.

El espíritu de estos versos domina en casi todos los sainetes. Hablar de tales cosas es natural y corriente, y asombra el considerar qué dosis de tolerancia había en un público que escuchaba en calma apreciaciones tan crudas. Por último, citaremos un diálogo que hallamos en *La Comedia casera:* en una tertulia, un caballero se dirige á dos niños, hembra y varón, que cuchichean en un extremo de la sala.

D. FAD. Por qué no jugáis, chiquillos?
NIÑO. Ya jugamos.
D. FAD. Yo no os veo
sino cuchichear.
NIÑA. Es que
jugamos á los cortejos.
D. FAD. Y decidme, vidas mías,
¿quién os enseñó ese juego?
NIÑA. ¡Qué preguntón es el hombre!
Esto se aprende de verlo.

Son asimismo inagotable recurso en estas breves obras de arte las viudas coquetas y casquivanas, las viejas verdes que se enamoran de sus lacayos, las devotas ridículas,

las literatas, las madres busconas como la doña Orosia, de *La oposición á cortejo*. En tipos de mujer, ninguno tan cómico y verdadero, descontada la exageración, como el de *Doña María Estropajo*, en el sainete *La presumida burlada*, comedia burlesca de construcción irreprochable, cosa rara en nuestro sainetista. El pensamiento se deriva del *Bourgeois Gentilhomme*, y está desarrollado con una ligereza y una gracia inimitables. Es una mozuela, especie de *preciosa* improvisada, que por casamiento con hombre de buena posición, su antiguo amo, quiere hacer el papel de gran dama, y celebra fiestas y recepciones, donde su vanidad, sus contiendas con los criados, las lucubraciones de cierto abate maestro de música, los diálogos de las visitas, y por último la aparición intempestiva de los padres, unos infelices payos que vienen del pueblo á visitar á su hija, á quien enviaron á servir, provocan incidentes variados y chistosos.

Completan el cuadro de esta singular sociedad los abates, que varían de aspecto, aunque en el fondo son siempre los mismos seres parásitos, inútiles, enredadores é intrigantes. Muy mala debía ser la opinión que el vulgo tenía de estos hombres en aquel tiempo, porque en todos los documentos de la época se les trata con gran menosprecio. En un número del *Diario de Madrid* de 1788 hay un artículo en que, hablando de cierto rosario que celebraron los cómicos de la corte, se dice así, alabando su piedad

y devoción: "¿Quién no se sentirá penetrado de la mayor edificación, al ver que los que ayer han representado los tiranos, los impíos, los traidores y disolutos, los que han remedado los tramposos, los estrafalarios, los tontos y los *abates*...?„ Sin duda la opinión pública no les era favorable, y había hecho sinónimos de su nombre todos los edificantes epítetos que le preceden. Cruz se ensaña con estos seres híbridos, á quienes presenta siempre cargados de ridiculez, desempeñando menesteres muy bajos y despreciables. En el sainete de *Las dos viuditas* aparece el abate como esos amigos de las casas que se encargan de mil cometidos oficiosos, que hoy pertenecen á la competencia de criados y recadistas. El abate lleva las cartas al correo, trae los precios del mercado, va por una vara de cinta, corre á enterarse de si ha hecho efecto la purga á tal amigo, va á pedir informes de los criados (1)... El

(1) Es chistosísima la entrada y relación del abate en *Las dos viuditas*. Dice así:

—Señora, estuve aguardando
los correos.
— ¿Y las cartas?
—Aún no las han apartado.
Luego volveré. Aquí están
la Guía y los calendarios.
El cotillero vendrá;
el zapatero está malo;
la comedia es la de ayer;
la batera está pegando

tipo de este vago oficioso no ha desaparecido enteramente de nuestra sociedad; pero ya no ofrece la repugnante incongruencia de estar revestido de carácter eclesiástico como entonces. Más grotesco y repulsivo es el abate que pone Cruz en el sainete *Las Escofieteras*. Al alzarse el telón, aparece plegando cinta al lado de las modistas que cortan y cosen. Ocúpase después en relatar los medios que emplea para que las damas sus amigas consuman las telas y adornos de aquella tienda; idea un nuevo estilo de batas, y habla de sus invenciones en moños y cachirulos. Pero el abate por excelencia, el que sintetiza el carácter genérico, es el de

---

ya las cintas; doña Petra
ayer se sangró del brazo,
y don Jacinto se purga
hoy por la boca. Están ambos
mejores. No hay en la plaza
nada bueno extraordinario;
en la Puerta de Toledo
me han dicho que aún no han llegado
los arrieros de Sevilla;
fuí al Hospicio de paso,
y, en efecto, la doncella
que ayer les recomendaron
á ustedes para su casa,
está allí: la he visto y salgo
por ella; su padre dicen
que fué mozo muy honrado;
de su madre no sé nada;
pero en Castilla el caballo
lleva la silla. Con esto
creo quedan evacuados
los recadillos que anoche
ustedes me confiaron.

El Fandango de candil. Un señorito de la nobleza pasea con su ayo por los barrios bajos de Madrid: el ayo le lleva á un bodegón de Lavapiés, donde canta y baila la gente del bronce con su habitual desenvoltura y gracia. El señorito, que es tímido y para poco, se espanta ante aquella marimorena; pero el abate, hombre ladino, muy corrido en el mundo, procura despabilarle, y sin duda entra en su sistema de enseñanza el poner la filosofía popular al alcance del muchacho para que se haga hombre de provecho. El diálogo entre los dos personajes es curiosísimo: pocas sátiras hay tan picantes, pocos anatemas se han lanzado á una sociedad con más amargura y enérgica ironía (1).

(1) Así hablan el señorito y el abate:

ABATE. Señorito, mire usted
qué lindo par de muchachas
van con ese petimetre.
SEÑ. ¡Qué se me da á mí que vayan!
Ayo mío, este paseo
no me divierte y me cansa:
vámonos por el Retiro
que hay flores, hacia la plaza
que hay fruta, ó á ver las calles
donde la procesión anda.
ABATE. Hombre, esas son niñerías;
y á usted ya la edad le basta
para pensar cosas grandes,
como cortejar madamas,
conocer el vario mundo
y entrar con todos en danza.
SEÑ. ¿Y si lo sabe mi madre?

Otros abates son menos inofensivos, como el de *La Presumida burlada*, maestro de música, que se permite desarrollar en plena tertulia unas teorías de arte muy graciosas. En el sainete *Los Fastidiosos*, el abate hace el amor á una dama principal: le envía recaditos con la doncella, y al verse despreciado por pobre, asegura que anda á caza de un empleo, y acaba por pedir un duro prestado á cuenta de la primera mesada. La exacta definición del abate se hace en *Los Hombres con juicio*, cuando dicen:

ABATE. Por ahora está ocupada
en rezar sus oraciones;
y bien sabe á quién encarga
su hijo: venga usted conmigo,
que no le daré crianza
opuesta á la de los que
más en Madrid se señalan.
SEÑ. Si esto á mí no me divierte.
ABATE. Ahí veréis vuestra ignorancia:
y es menester por lo mismo
que la diestra vigilancia
del ayo á quien os confían,
la venza con enseñanza
de lo bueno y de lo malo;
porque no digáis mañana
que no os enseñé de todo.
¿Qué gruñís?
SEÑ. Voy estudiando
la lección para mañana.
ABATE. Eso importa menos. Ahora
vaya estudiando en las caras
que se encuentran, lo difícil
de encontrar la semejanza
en unas mismas especies
de un mismo modo criadas.

Si en Madrid hay más abates
que galones de oro falso,
ya por parecer sujetos,
ya por no parecer vagos,
y ya porque les parece
el traje más adecuado
para introducirse con
ambigüedad en los estrados,
y.....

III

El otro grupo de sainetes, aquéllos en que el modelo para los ingeniosos retratos sociales es el pueblo bajo, sus fiestas, sus hábitos, sus vicios y virtudes, difiere mucho de los del primer grupo. Valen, por lo general, bastante más en conjunto, aunque carecen de aquel organismo dramático que pone á los otros en la jerarquía de verdaderas comedias. En los sainetes populares predomina el colorido local, la casta madrileña; y algunos son pinturas de la vida en determinados sitios de la Corte, como *La Casa de tócame-Roque*, *La Pradera de San Isidro*, *El Rastro por la mañana*, etc. En la mayor parte de ellos no se cuida el autor de imaginar una acción, como lo hizo en los de carácter burgués, aunque no siempre con buena fortuna: generalmente los sainetes populares son cuadros dialogados, teniendo por

único elemento de arte la exhibición simple de los caracteres, dados á conocer por el lenguaje, rara vez por los hechos. Pero este lenguaje es primoroso, y en él se muestra Cruz consumado maestro.

Sin duda tuvo ocasión en su azarosa vida de rozarse con el pueblo, y frecuentó los bodegones de Maravillas y Lavapiés, lo mismo que si hubiera nacido y criádose entre aquella gente. Dos tipos descuellan en estos grupos inimitables: la Maja y el Manolo. La primera es la figura más característica y pintoresca que ha ofrecido el buen pueblo matritense en sus evoluciones, y hoy no podemos formar de ella sino una idea muy inexacta por las mujeres de los barrios bajos, que conservan lo zafio y lo grosero, habiendo perdido el donaire y la originalidad. Aquélla era altiva, desenvuelta, de una audacia sugestiva, ingenua en el vicio, con cierta firmeza de carácter y una especie de pundonor á su manera, llevado al último grado de intransigencia. La Maja parece como una corrupción de la antigua mujer española: en ella resplandecen, juntamente con el desgaire á que su condición social la llevaba, algunos rasgos de carácter de los que fueron adorno y orgullo de las nobles damas del siglo XVI. Examinando este tipo tal como lo presenta Cruz, detrás de su desvergonzada y airosa facha, de sus dichos atrevidos y picantes, se ve siempre no sé qué de gran señora. Ella, por lo menos, lo cree así, y está tan orgullosa de su clase, que no se

cambiaría por las hembras de más alta condición, en quienes ve marcados síntomas de extranjerismo; advierte en ellas la misma relajación de costumbres que cunde por las bajas esferas, sin que puedan embellecerlas el gracioso desenfado y la encantadora malicia, que sólo son patrimonio de la maja.

En el sainete *La Maja majada* hay dos magistrales, Colasa y Bastiana. En ellas pueden verse todos los rasgos de carácter que hemos indicado, y además la pasión, la gallarda entereza, y otros accidentes que, aun presentados en forma de truhanería y desvergüenza, revelan ciertas cualidades, obscurecidas por el vicio y la miserable condición [1].

(1) He aquí un poco del diálogo de la *Maja majada*, sainete que, como otros muchos de igual índole, yace en el olvido y alejado de los teatros, mientras imperan el género bufo y las insulsas piezas en un acto, arregladas del francés:

BLAS. ¡Qué brava cesta de frutas!
COL. ¡Para tí estaba aquí! Mira si la dejas ó te abro con el martillo en la frente una tronera para que salgan á misa del gallo las tres potencias.
BLAS. En no estando don Patricio aquí, no hay diablos que puedan aguantarte.
COL. Calla, Blas.
BLAS. Digo bien. Sí.

En *Las Castañeras picadas*, el diálogo entre la *Pintosilla* y la *Temeraria* es la mejor muestra del género: las dos damas acaban por sacar la navaja, después de ponerse como ropa de pascuas. Los coloquios entre ellas y sus queridos son también singulares, y rara vez habla la maja sin que le maltrate á él de palabra y hasta con obras: un detalle invariable en la vida de esta gente es que la mujer siempre domina al hombre, y en sus frecuentes riñas siempre

COL. ¿Cuánto apuestas
que te sacudo?
BLAS. Dale.
¿No callo ya?
COL. Blas.
BLAS. ¡Paciencia!
. . . . . .
PEPA. ¿Y Patricio?
COL. ¡Qué sé yo!
Si en dando las seis y media
no ha parecido, á las siete
ya estoy yo de centinela
en la puerta de la calle,
y la pregunta primera
no se la haré yo.
PEPA. ¿Pues quién?
COL. Esta manita derecha
con un sopapo tan limpio
que, antes que llegue, las muelas
se le han de salir de miedo
con el aire que he de hacerlas.
. . . . . .
Si al instante no me cuentas
lo que sabes, me encaramo
encima de tu conciencia
y te hago de cada brinco
echar un pecado fuera.

sale ella mejor librada, compensando los golpes del varón, si á dárselos acierta, con la punzante procacidad de su lenguaje.

La *Temeraria* habla así en el sainete citado:

— Gorito:
ya há tres meses que me tratas,
y aunque sabes que yo.... digo,
soy *plus-ultre* de las majas
cuando quiero, cuando quiero
soy tambien aseñorada,
sé lo que es formalidá,
y á llevar bien una bata
ó un *savillé*, desafío
á la usía más pintada.
—Si eres la reina.
— ¡La reina!
Alcalde que yo me hallara
un mes, habías de partir
los piñones esta Pascua
con los cantos de Melilla,
ó había de quebrar la vara.

Cuando ellas riñen entre sí, el lenguaje no es menos chistoso; así hablan la *Temeraria* y la *Pintosilla:*

TEM. Pero no tengo ahora gana
de reñir contigo.
PINT. Avisa
luego que te dé, y señala
hora en que no me incomode,
ó no esté desafiada

de otra; que no he de privarla
á ella de las bofetadas
que le tenga prevenidas
para hacerte á tí esa gracia.

En *El careo de los majos* es manifiesto el desprecio con que las gentes del pueblo miran á los usías, y la creencia general en ellas de que los vicios de las clases bajas son más intensos en las altas, agravados por la hipocresía. Créese la maja más honrada que la señora que acude á un baile de candil, llevada por la extravagancia de un abate ó el capricho de un petimetre; desprecia siempre á la presumida que disimula la profanidad de sus equívocas costumbres con los oropeles de la etiqueta, y los recursos que una regular educación puede ofrecer. La maja conoce su corrupción, conoce la sentina en que vive, y ella misma publica sus vicios; pero el objeto de sus más violentas increpaciones, y hasta de su odio, es la clase alta, á quien ridiculiza y escarnece, como si por una extraña intuición del pueblo comprendiera que de arriba viene la norma de las costumbres, y que en las esferas elevadas se elaboró la relajación del carácter nacional.

El *Manolo*, nombre que, según don Ramón Mesonero Romanos, no tiene otro origen que el célebre personaje de la *tragedia para reir* que lleva este título, es uno de los tipos más característicos de los sainetes populares. El *Manolo* vale menos que la

maja, cuya entereza es muy real, mientras todas las amenazas de él no pasan de baladronadas sin consecuencias. Sin embargo, son muy interesantes los tipos de *Gorito*, *Alifonso*, *Zurdillo*, *Pocas Bragas* y *Canillejas* (1). La clase proletaria de hoy es más inteligente y menos pintoresca: entonces sabía disimular su miseria con una alegrí constante y el desahogo de sus fiestas continuas algazaras; hoy es menos perezos y conoce mejor sus deberes, aunque no h perdido enteramente los resabios que le pusieron entonces tan marcado sello. En la última escala de esta clase pone Cruz á los licenciados de presidio, héroes no menos graciosos que los de las antiguas novelas picarescas. Signorelli, en su *Historia crítica de los teatros*, se ensañó injustamente contra Cruz, censurándole que sacara á la escena á esta miserable gentuza, y la hiciera inte-

(1) Canillejas convoca así á los majos del Barquillo:

Grandes, invencibles héroes,
que en los ejércitos diestros
de borrachera, rapiña,
gatería y vituperio
fatigáis las faltriqueras,
las tabernas y los juegos,
venid á escuchar el modo
de vengar nuestro desprecio.
Envidiable Pelachón,
Marrajo temido y fiero,
inimitable Zancudo,
y demás que sois modelo
de virtudes, venid todos...

resante las más de las veces por las gracias de sus dichos y travesuras. Difícil es decir si tuvo razón el severo crítico italiano, ó la tuvo el poeta español al defenderse, alegando en su abono que él pintaba la canalla tal como era, sin disimular sus vicios ni ocultar su donaire. Verdad es que si no eran el mejor ejemplo para el pueblo que asistía á los espectáculos las heroicidades del *Zurdillo* y *Mediodiente*, en cambio no perdonaba medio el sainetista de volver por los fueros de la honradez, de la sobriedad, de la decencia, mostrando, ya por el desenvolvimiento de la acción, ya valiéndose de fórmulas sentenciosas no siempre oportunas, sus ideas respecto á la moral del pueblo y á los medios de extirpar los seculares vicios que le corroían (1). Don Ramón de la Cruz reprende á los héroes de baja estofa el vicio de la taberna; á menudo les pone en manos de la justicia; otras les presenta castigados por personajes de la misma laya, ó burlados en sus amores; y alguna vez, discurriendo con acierto, no les da más correctivo que la repugnancia y horror que inspiran sus ca-

(1) Al final del *Manolo* dice *Mediodiente* estos versos, que son como la moraleja del sainete:

¿De qué aprovechan
todos vuestros afanes, jornaleros,
y pasar las semanas con miseria,
si después los domingos ó los lunes
disipáis el jornal en la taberna?

racteres, no siempre disimulados con la sal del chiste y lo jocoso de las empresas.

Menos interés tienen los *payos*, cuya rudeza no les distingue mucho de los paletos de hoy. Desgraciadamente, la cultura del siglo XIX, que se propaga en nuestro país con incansables esfuerzos, no ha salido aún de las poblaciones, ni ha penetrado por tanto en las comarcas rurales. Aunque algunas líneas de ferrocarril unen el centro de la Península con sus más remotos extremos, en lo intelectual y en lo moral puede decirse que Vallecas y Jetafe están á mil leguas de la Corte. El payo de fines del siglo pasado es un conjunto de candor y barbarie; y el campesino de hoy, aunque suele hablar de elecciones, de libertad y hasta de derechos, no le podría dar lecciones de cultura. Tipos de labriego presenta Cruz, que son modelos de socarronería: la variedad de estos tipos no es grande. En punto á hidalgos provincianos grotescos, ninguno como el don Rodrigo que aparece en *El Peluquero soltero*, y que es de lo más zafio, sórdido y chabacano que cabe imaginar..

IV

Acerca del juicio que de estas obras formaron sus contemporáneos, poco puede decirse. La mayor parte de los literatos de su época apenas le nombran en sus escritos, y

la circunstancia de pertenecer á la Academia de los *Arcades* de Roma y á la de Buenas Letras de Sevilla, no supone gran cosa en honor suyo. Puede asegurarse que entre la gente de letras no podía ser tenido en gran estima por la índole de sus escritos, nada conforme á las ideas de atildamiento y pulcritud que entonces dominaban. Era imposible que Cadalso y Moratín padre, tan afrancesado y luzanista el primero, tan nimio y riguroso el otro, gustaran de aquellos sainetes creados por la observación simple de un ingenio libre, fácil y poco escrupuloso. No podía ser tenido como maestro del arte quien se preciaba de recibir su inspiración directamente del pueblo, contradiciendo en esto las ideas del austero Forner, que profesaba estrechos principios de aristocracia literaria. Sin duda, estos graves escritores se reían de los empeños siempre felices de Cruz en sacar á la escena la canalla de Lavapiés y los licenciados de presidio; sin duda consideraban todo esto indigno de las altas concepciones del arte, y propio tan sólo para hacer reir á la gente de escasa instrucción y extraviado gusto. No hay noticias de que don Ramón frecuentara el Parnasillo de la fonda de San Sebastián, á donde iban Moratín, Cadalso, Conde, Sedano, Signorelli y otros muchos. En las obras de Jovellanos no encontramos nada que indique aprecio ó desdén del sainetista, aunque se sabe que fué suscriptor á la edición de 1786-91; pero conocidas sus ideas lite-

rarias y el juicio que hace de ciertos espectáculos, indicando una severa reforma, parece que no debía ser muy amante de tales obrillas.

Lo indudable es que don Ramón gozó de extensa popularidad, como lo prueban las representaciones frecuentes de sus sainetes y comedias, no sólo en los teatros, sino en las casas particulares (1). Al frente de la colección de sus obras, que Cruz principió á publicar por entregas en 1786 y terminó en 1791, hay un documento que prueba más que nada el general aprecio de que gozaban sus composiciones: es una lista de las personas que se suscribieron para el coste de la edición, dos años antes de que comenzara á imprimirse. Encabezaban la lista damas y caballeros de la más esclarecida nobleza, las Duquesas de Benavente, de Osuna, de Alba, de Santisteban; el Duque de Alba, el de Osuna, el de Granada, el de Híjar, el de Abrantes; los Condes de Fernán-Núñez, de Floridablanca, y el Embajador de Francia. Entre las personas que se inscribieron luego de anunciada la edición de la *Gaceta*, hay

(1) La comedia *El día de Campo* se representó en el palacio de la Duquesa viuda de Benavente y Gandía por las damas y servidumbre de S. E., según dice el autor en nota puesta á dicha obra. La desempeñaron con la mayor gracia, viveza y propiedad en celebridad de los días del señor Duque de Osuna. La *Briseida* se representó en la casa del Conde de Aranda en 1768.

una serie de altos funcionarios del Consejo y Cámara de Castilla, magistrados, padres provinciales, priores de conventos, dignidades de catedrales, obispos, generales, otros militares de alta graduación y muchas personas de todas clases y condiciones, entre las cuales figuran algunos escritores de los más renombrados de la época, tales como don Gaspar Melchor de Jovellanos, don Tomás de Iriarte, don Vicente García de la Huerta y don Juan Sempere. Todas estas personas alentaron á Cruz en la empresa de dar á la prensa su teatro, haciéndole un anticipo que no habla muy alto en favor de los recursos pecuniarios del afamado sainetero. Cinco años tardó en imprimir, en diez tomos pequeños, la edición harto incompleta y falta de criterio, porque aparecen excluídos de ella la mayor parte de los sainetes, sobre todo los picarescos, é incluídas algunas de sus comedias y zarzuelas, que valen bien poco.

Moratín le juzgó benévolamente en el prólogo á su teatro, indicando que fué el único que en aquel desdichado período literario comprendió la índole de la buena comedia; y si no le puso en el lugar que merece por su fecundidad, por la exactitud de su observación y la inmensa variedad de los tipos que creó, fué porque un excesivo amor á la regularidad le impedía ser tolerante con las faltas de que Cruz no podía prescindir por ignorancia, ú obligado por causas externas. Como autor de circunstancias, escribiendo las más veces sin formalidad alguna, ni otra

aspiración que divertir durante veinte minutos á un público poco exigente, no podía corresponder al criterio de aquel insigne escritor y preceptista, que nacido en época de mayor madurez, y habiendo recibido una severa educación literaria, ajustaba todo á los clásicos principios de que estaba profundamente penetrado.

Don Juan Sempere le incluye en su *Ensayo de una Biblioteca*, etc., poniendo en ella el catálogo completo de sus obras dramáticas, y el juicio que Napoli Signorelli hace de nuestro autor en su *Historia crítica de los teatros*, obra que no por estar escrita en España, carece de aquellas inexactitudes y majaderías que cometen los extranjeros siempre que se ocupan de nuestras cosas. A don Ramón de la Cruz le trata el italiano con extremado desdén; y sin duda debió saberle muy mal á nuestro compatriota, porque en la edición de 1786-91 escribió un largo prólogo para defenderse de Signorelli, tratándole á su vez con doble rigor. Este prólogo, en que Cruz cita en defensa suya á Montaigne, Aristóteles, Lampillas, Strabón, Quintiliano y Longino en su *Tratado de lo sublime*, revela una irritabilidad muy grande: el poeta se defiende con ahinco, trata de rebatir prolijamente los cargos de su detractor, y no perdona medio de ponerle en ridículo. Allí hace también alarde de sus conocimientos: según da á entender, estaba versado en la alta literatura y no carecía de principios. El tono de este prólogo es agresi-

vo, violento, sin ningún aticismo, y con un humor jovial y zumbón no exento de despecho: bien se ve que Cruz amaba sus sainetes y conocía cuanto había de transcendental en aquellos breves bosquejos. Véase una muestra:

"Los que han paseado el día de San Isidro por su pradera, los que han visto el Rastro por la mañana, la Plaza Mayor de Madrid la víspera de Navidad, el Prado antiguo por la noche, y han velado en las de San Juan y San Pedro; los que han asistido á los bailes de todas clases de gentes y destinos; los que visitan por ociosidad, por vicio ó por ceremonia... en una palabra, cuantos han visto mis sainetes, reducidos á veinticinco minutos de representación (después de rebajar el punto de vista con la decoración á veces nada á propósito y las actitudes tan mal estudiadas como los versos), digan si son copias ó no de lo que ven sus ojos y de lo que oyen sus oídos; si los planes están arreglados ó no al terreno que pisan, y si los cuadros no representan la historia de nuestro siglo."

Este juicio de sí propio, hecho con tan ingenua firmeza, es exacto. Signorelli, cegado por las ideas dominantes en punto á regularidad, no supo ver el encanto de aquellos lindos entremeses, despreciados por los poetas y aplaudidos por el pueblo que allí se encontraba retratado. La posteridad les ha hecho más justicia, siendo leídos y representados en nuestra época, mientras yacen en perpetuo y justo olvido la *Hormesinda* de

Moratín padre, la *Numancia destruída* de Ayala y el *Sancho García* de Cadalso. Ni aun de la *Raquel* de Huerta se acuerda nadie ya. Todo aquel mundo artificioso, creado por el espíritu de imitación, se desvaneció como el humo.

V

Si Cruz hubiera nacido en otra época; si á la concienzuda educación de Moratín hijo, hubiera unido las prendas de carácter suficientes para emprender obras intensas y llevarlas á cabo con madurez y criterio, sus creaciones honrarían en alto grado á su país y á su siglo. Pero don Ramón no tomó jamás en serio la profesión artística: escribía por entretenimiento, movido por la casualidad, como él mismo dice; no sabia estimarse en su verdadero mérito, no tenía la dignidad de su ingenio; lo gastaba, lo despilfarraba sin tasa ni juicio en multitud de creaciones, entre las cuales son muy pocas las que tienen su desarrollo natural. Escribía por una especie de necesidad instintiva, no acertando las más de las veces á comprender los tesoros de arte que su propia feliz observación le ponía ante los ojos. Claramente nos da á conocer sus procedimientos cuando dice:

"La mayor parte de ellos (los sainetes) no tendrán lugar en mi teatro, aunque le ha-

yan tenido en los públicos, por no pertenecer al verdadero y general objeto de la comedia, y haberse escrito sin otro que las casualidades y práctica particular de las compañías españolas, como las *Loas de empezar temporada* en las pascuas de Flores para presentar autores nuevos, y las que llaman *introducciones*, cuando sale después alguno extraordinario ó se ha de representar pieza nueva que lo necesite.„

En el mismo prólogo dice, hablando de *El Licenciado Farfulla*, duramente censurado por el *Memorial literario:*

"La ligereza de mi docilidad en tomar cualquier asunto que se me dió sobre qué fundar una operilla bufa, que en vez de arias se adornara con música de todos los aires españoles, y haberla afarfullado en cuatro días...„

Y aun procediendo de este modo, autor de circunstancias, que á veces no ponía á los personajes de sus sainetes más nombres que los de los cómicos que los representaban, fué este hombre el mejor pintor de las costumbres de su siglo. La posteridad, no muy justa siempre con tan fecundo ingenio, ha formado este juicio; y si por mucho tiempo le tuvo olvidado, al fin, en los últimos tiempos, después que vió la luz la edición de la *Unión literaria*, le ha puesto en su verdadero lugar, ni más alto ni más bajo de lo que le corresponde.

En resumen: don Ramón de la Cruz, dotado de un talento superior, no llegó, por la

dañosa influencia de los vicios intelectuales de la sociedad en que nació, á realizar el alto fin á que parecía estar destinado; pero aun así, y á pesar de la flojedad de su carácter, produjo una imagen artística de aquella sociedad, que es el reflejo por donde mejor y más directamente la conocemos. El mundo artístico creado por este ingenio, es vasto, de una multiplicidad asombrosa, vivo, palpitante, todo calor y movimiento. Como obras de arte, algunos de sus sainetes son por lo general engendros de imperfecto desarrollo que sólo en algunos rasgos dan á conocer la buena casta del ingenio que les ha dado la existencia; si no logran todos los fines del arte, consiguen el de la imitación de la naturaleza las más de las veces. Fáltales la lógica de la acción; carecen de organismo, de juicio, de esa sensatez que exigimos aun á los productos del humor más desenvuelto y voluble; pero no hay en ellos ni sombra del vicio más funesto para las obras de arte, el fastidio.

Es pueril á veces el prurito de enseñar que el autor manifiesta, no circunscribiéndose á los medios propios que para tan importante fin tiene la comedia, sino practicando la enseñanza directa, por medio de las fastidiosas amonestaciones que tanto nos cansan en el teatro. Esto procedía sin duda de aquel prosáico espíritu didáctico que fué una consecuencia de la reforma literaria, y que no creó otra cosa buena que los fabulistas. En esta parte, Cruz no sabe lo que

se hace. Diríase que se avergüenza de la llaneza de sus asuntos, de lo pedestre de la forma, de la baja condición y conducta encanallada de sus personajes, y quiere remediar todo esto con algunos retazos de moral escrita; á las veces, introduce unos personajes serios, á quienes no falta sino un poco de estudio y alguna naturalidad para parecerse al don Pedro de *La Comedia nueva*. Pero aquellos personajes serios, sacados á la escena en nombre de la moral y del sentido común para reprender las extravagancias de los otros, son de una insipidez muy marcada, cuando no ridículos. La verdadera moral de los sainetes está en el desprecio, en la repugnancia, en el horror que inspiran los petimetres insubstanciales, los usías, los abates desvergonzados, las viejas coquetas, los manolos desalmados, los presidiarios procaces y soeces. De este modo enseña don Ramón de la Cruz, después de haber logrado el principal objeto del arte; y puede sintetizarse su procedimiento en aquellos versos de un chistoso diálogo de *La Comedia casera:*

— ¿De qué libro
habéis sacado ese texto?
—Del teatro de la vida
humana, que es donde leo.

VI

La sociedad retratada en los sainetes presenta una de las épocas de mayor turbación registradas en la historia. Falso es el concepto de regeneración atribuído al reinado de Carlos III. Si en apariencia es así, un examen atento puede descubrir lo contrario: hubo, ciertamente, progresos administrativos, y se vió como un renacimiento de los buenos principios, sobre todo en la esfera de las artes monumentales; pero esto, lo mismo que otras muchas cosas útiles debidas á la iniciativa del monarca, no tuvieron verdadera realidad, pues todos los esplendores de aquel reinado fueron puramente oficiales. La arquitectura, la ciencia, la filosofía, las obras públicas, todo fué de Real orden. Ninguna de estas ventajas emanó de la sociedad, que no comprendía la pureza de los monumentos, ni la utilidad de las vías de comunicación, ni la transcendencia de los estudios científicos; así es que cuando concluyó el creador de aquel mundo ficticio; cuando desapareció el buen Carlos III, todo se fué con él; y la sociedad infecunda, incapaz de producir grandes cosas en ninguna de las esferas del entendimiento humano, patentizó su esterilidad y corrupción en los años sucesivos, hasta que las revoluciones del siglo presente infun-

dieron nueva sangre en su cuerpo gastado y dolorido. A pesar de la sombra de bienestar que existía en las regiones oficiales, el reinado de Carlos III fué de honda turbación y decaimiento. Nunca se abatió más el espíritu nacional, cuya flojedad llegó á un extremo inconcebible; nunca la sociedad mostró en todas sus clases más señalados síntomas de ceguera y corrupción, sin que ningún ideal próximo ni lejano le diera luz y esperanza.

Madrid, Enero de 1871.

NIÑERÍAS [1]

Querido Doctorcillo: No creas que voy á empezar ésta con la gazmoñería de suponerme indigno de poner un prólogo á tu libro; no creas que voy á quejarme de tu elección, ni á decirte, con afectado mal humor, que debiste escoger á otra persona para presentar tus *Niñerías* al público. Lejos de pensar así, me tiene muy satisfecho la honra de sacar de pila á estas criaturas; me habría molestado que el padrino de ellas fuese otro, porque, dicho sea con sinceridad, algunas cosillas hay en mi pensamiento pertinentes al asunto médico-infantil, las cuales no podría exponer si dejara pasar esta coyuntura del padrinazgo de un libro. Conste, pues, que no me has buscado tú, sino que yo he querido meterme donde no me llamaban, y que no soy prologuista solicitado, sino más bien intruso, con lo cual se dice bien claro que seré quizás algo impertinente.

El primer fundamento de mi simpatía hacia las narraciones que componen esta obra, consiste en que son como un terreno neutral en que se juntan nuestros gustos y aficiones.

(1) Carta-prólogo dirigida á Tolosa Latour.

Ciertamente, tienes tú más de literato que yo de médico; pero tu amor á las letras no excede á la pasión silenciosa, resignada, como esos noviazgos platónicos y desiguales en que el galán se pasa la vida mirando de lejos á la que cree novia, haciéndole alguna tímida seña, mas sin atreverse á pretenderla en matrimonio, y echándose á temblar si por acaso tiene que dirigirle la palabra.

Pues en la ocasión presente, perdida toda esperanza de conquistar con señas, garatusas y suspiros á la hermosa doncella, se me antoja romper la cortedad y echarle cuatro flores cara á cara, cosa para la cual siempre me había faltado valor. A tus *Niñerías* debo estos ánimos. Considera si no hay suficiente motivo para que yo las ame, avivando el afecto que mi padrinazgo me impone.

Y debo añadir que si las estimo por su parentesco con la hermosa hija de Esculapio, no me entusiasman menos por la atención preferente que en ellas dedicas á la parte más interesante de la humanidad, los chiquillos, que á mí tanto me gustan, como sabes, y con los cuales hago muy buenas migas, dejándome tratar por ellos de igual á igual, con una especie de santa nivelación ante la inocencia. Aquí tienes un motivo más para ofrecerme á tí como prologuista oficioso, copando tu voluntad y apoderándome de la plaza antes que otros se presentaran, con sus manos lavadas, á posesionarse de ella.

Ahora tengo que cohonestar mi oficiosi-

dad con unas cuantas lisonjas que voy á dirigirte.

Es mi obligación darte bombo; pero te prometo hacerlo con templanza, para que no crean que te adulo por conveniencia propia. Me concreto á decirte que admiré siempre la especialidad profesional que has escogido, porque cuidar á los pequeñuelos enfermos me parece la mayor gloria y la dificultad más grande de esa ciencia experimental y caritativa, que al erigirse en profesión, por la paciencia y valor que exige, por la rudeza del trabajo y su contacto tristísimo con la miseria humana, viene á convertirse en una especie de caballería entre científica y religiosa. Por tal la tengo, y los que militan en ella parécenme tanto más dignos de encomio cuanto más desvalido, más indócil y más rebelde á los medios terapéuticos se manifiesta el sér á cuyo cuidado se consagran. Para atender al niño enfermo y defenderle de la muerte, que le acecha en la cuna, en los juegos infantiles, en la escuela misma, se necesitan mayor abnegación y solicitud que para cuidarnos á nosotros, los adultos, que ayudamos la acción médica con nuestro propio discernimiento. El médico de niños no cumplirá bien su objeto si á la ciencia no reúne la ternura, y eso que llaman *ángel*, ó don misterioso de ganar confianzas; si no maneja el arte exquisito de endulzar los bordes del vaso para hacer tragar sin resistencia los amargores que contiene. Que tú posees estas cualidades, bien á la vista

está, y ni aun me tomaría yo el trabajo de decirlo si no me sirviera de punto de partida para decir algo de tus aficiones literarias, considerando éstas como el mejor adorno de tu especialidad facultativa, ó si se quiere, como una consecuencia de las delicadezas de espíritu que aquella especialidad lleva consigo.

No puedo considerar como casual el hecho de que muchos afamados médicos hayan sido artistas notables, cultivando con éxito las letras ó la oratoria, la poesía ó la música. Existe indudable concordancia entre aptitudes que, ante la mirada vulgar, parece que rabian de verse juntas. El sentimiento de la naturaleza, la observación y el amor á la humanidad, germinan en el alma del médico que ejerce con elevadas miras su profesión, y no pueden menos de producir una florescencía artística, que se manifiesta con caracteres diversos. Si el arduo trabajo profesional no permite á muchos ofrecer al mundo estas flores del espíritu en forma determinadamente literaria, es, en cambio, muy común que maestros eminentes de la ciencia médica expresen sus ideas en la cátedra ó en la conversación con elegancia y galanura. Los que tratamos al Doctor Asuero, no olvidaremos nunca la gracia seductora con que hablaba, su dominio de la frase imaginativa y el donaire con que revestía el conocimiento científico de elegantísimas galas retóricas. Era verdadero poeta, sin dejar de ser profesor de los más esclarecidos. Los

enfermos recibían de su trato un consuelo efectivo; y al quererle con filial ternura, facilitaban la acción médica de un modo pasmoso. Ejercía como una fascinación sobre el paciente, ganándose su afecto ó infundiéndole alegría y confianza. Otros ejemplos de esta clase podría citar. En cuanto á los médicos que han manifestado su aptitud artística produciendo hermosas obras literarias, podría citar muchos, españoles y extranjeros.

De una manera ó de otra, dicha aptitud existe y existirá siempre en los cultivadores fervientes de la Medicina, y se avalora con la observación, con la piadosa tristeza que les infunde el continuo estudio del dolor físico, y de las miserias y debilidades de nuestra especie. Lo que comunmente se llama *ojo médico* no es más que intuición, que obra en el terreno físico, por ejercitarse en él con preferencia; misteriosa facultad de un espíritu zahorí, que sabe sorprender en la exterioridad de nuestros semejantes el reflejo de sus desórdenes fisiológicos.

Comprendo sin esfuerzo que los hombres consagrados al examen del mal físico, sientan verdadera avidez por expresar en forma artística lo que ven y oyen en su continuo comercio con la humanidad más espiritual. Muchos de ellos no tienen tiempo ni ocasión de satisfacer su anhelo, ó retroceden ante las dificultades técnicas; otros procuran vencerlas, y producen obras estimables. Los más viven siempre apartados de toda ten-

tativa de este género, callándose muy buenas cosas, archivando experiencias y casos que nos serían muy útiles á los que tenemos por oficio el pintar la vida y el dolor, y estudiamos nuestro asunto menos directamente que el médico, á mayor distancia de las verdaderas causas, y fijándonos en la naturaleza moral antes que en la física. Creo más fácil llegar al conocimiento total de aquélla por el de ésta, que dominar la moral sola, sin tener en cuenta para nada ó para muy poco el proceso fisiológico. Por eso envidio á los que poseen la ciencia hipocrática, que considero llave del mundo moral; por eso vivo en continua *flirtation* con la Medicina, incapaz de ser verdadero novio suyo, pues para esto son necesarios muchos perendengues; pero la miro de continuo con ojos muy tiernos, porque tengo la certidumbre de que si lográramos conquistarla y nos revelara el secreto de los temperamentos y de los desórdenes funcionales, no sería tan misterioso y enrevesado para nosotros el diagnóstico de las pasiones.

Las escapatorias de los médicos al campo de las letras revelan elevación de espíritu, y el que consagra sus horas de descanso á referirnos en narraciones amenas lo que siente y observa al lado de los enfermos, me parece que perfecciona sus servicios á la humanidad, y que merece doble estimación. Si tú no curaras, podríamos cercenarte el encomio, concretándolo sólo al mérito literario; pero como curas y trabajas con

afán y caridad, visitando diariamente á multitud de desgraciados, hemos de tributar á tus pasatiempos un aplauso entusiasta, proclamando muy alto que tus *Niñerías* son narraciones de la vida real, interesantes y sinceras, en las cuales el sabor artístico no perjudica á la intención docente, y que en ellas adivinamos, aunque parezca extraño y paradógico, las bellezas de la Terapéutica, los hechizos de la Neuropatía, de la Higiene y de otra porción de señoras á quienes muchos creen absolutamente privadas de gracias personales.

Lo que agradará sin duda en esas páginas es que en ellas se ve siempre al médico tras el escritor; que las escenas, cuadros y figuras que en ellas se pintan son hechura de la experiencia, y se han elaborado en las entrañas fecundas de la realidad. La ficción imaginativa no disimula, ni había para qué, el origen profesional de estas historietas, concebidas ante los espectáculos tristísimos que ofrece la pérdida de la salud, y en el fragor de las luchas que la Ciencia entabla con la Muerte. Todas revelan profundo amor á la humanidad, y particularmente á la infancia desvalida, y el vivo deseo de defender á ésta contra las mil celadas que en el terreno moral y en el físico les tiende el mal; tarea generosa y altamente caritativa, que ha de hallar simpatía en todos los corazones. Alégrate mucho de haberlas escrito, y más de reunirlas, como ahora lo haces, en volumen, para que tomen puesto en la bi-

bliografía literaria de nuestros tiempos. En ellas se ve que, siendo tu ocupación normal la práctica de la ciencia, posees los gérmenes de la flor del arte, que tan fácilmente arraiga en los hábitos intelectuales del médico, y en vez de dejarlos perder en conversaciones ociosas, los cultivas en tus ratos de descanso. Es sensible que, por causa del trabajo creciente, aquéllos hayan de ser cada vez más breves, y no puedas en lo sucesivo vaciar en páginas amenas y graciosas lo mucho que has de observar y sentir todavía posando tus manos, cada día más expertas, sobre tantas lástimas y dolores.

La ciencia no perdería nada con que estos escarceos de la fantasía se repitieran, y los profanos á la Facultad, los que la conocemos de lejos y la amamos sin atrevernos á decírselo, nos alegraríamos de poder tratarla en esta forma. Si de algo vale mi consejo, te incito á no abandonar las letras, que, además del bien que puedan reportarnos, vistiendo de galas imaginativas los asuntos áridos, tienen, para un trabajador como tú, la ventaja de proporcionarte el reposo más agradable y más higiénico, pues bien sabes que no es el mejor remedio de la fatiga la ociosidad, sino el dar de mano á la férrea obligación de nuestros quehaceres habituales, ocupando el espíritu en cosa muy distinta, y que lo recree sin oprimirlo.

Las letras permiten elasticidad casi sin límites en la manera de cultivarlas, por no ofrecer su técnica las asperezas de otras ar-

tes. Las han cultivado con gran acierto hombres que sólo podían poner en ellas una atención secundaria. Anímate con este recuerdo, y no cedas á la rutina de creer que es impropio de la formalidad de un *filósofo de salud* el dar á sus escritos amenidad, emoción y esa ligereza de concepto que tan bien suele encarnar á veces la solidez de los principios. A las personas ordenadas no les faltan medios de arrancar al tiempo algún jirón para dedicarlo á desahogar el alma de penitas que á veces la agobian y que sólo se aplacan vaciándolas en el ánfora del arte. La idea que se nos atasca, como embolia de nuestra mente, deja de ser un suplicio desde que la expulsamos, convirtiéndola en historia soñada ó fingida, semejante á la realidad, y es gran satisfacción verla prender de cabeza en cabeza por el infinito reguero de lectores, posesionándose lentamente del reino de la opinión. Haz, pues, más *Niñerías*, que han de parecernos *hombradas* por su valor literario y por el sentimiento cristiano que las inspira. Sanos, nos deleitaremos con ellas; enfermos, tendremos que agradecerte algunos ratos de solaz, y si sobre recrearnos nos curas, te bendeciremos dos veces: como doctorcillo inteligente y como escritor de buena sombra.

Madrid, Junio de 1889.

SOÑEMOS, ALMA, SOÑEMOS [1]

Aprendamos, con lento estudio, á conocer lo que está muerto y lo que está vivo en el alma nuestra, en el alma española. Aprendámoslo aplicando el oido al palpitar de estos enojos que reclaman justicia, equidad, medios de existencia. Apliquemos todos los sentidos á la observación de los estímulos que apenas nacen se convierten en fuerzas, de los desconsuelos que derivan lentamente hacia la esperanza, de la gestación que actúa en los senos del arte, de la industria, de la ciencia... Observemos cómo el pensamiento trata de buscar los resortes rudimentarios de la acción, y cómo la acción tantea su primer gesto, su primer paso.

Al examinar lo que caducó y lo que germina en el alma nuestra, observemos la triste ventaja que da la tradición á las ideas y formas de la vieja España. Las diputamos muertas, y vemos que no acaban de morirse. Las enterramos, y se escapan de sus mal cerradas tumbas. Cuando menos se piensa, salen por ahí cadáveres que nos increpan

(1) Publicado en el primer número de la revista *Alma Española*.

con voz estertorosa, y arremeten con brío y dureza de huesos sin carne contra todo lo que vive, contra lo que quiere vivir: defendámonos. Respetando lo que la tradición tenga de respetable, rechacemos el espíritu mortuorio que en buena parte de la Nación prevalece aún, *dilettantismo* del morir y de toda destrucción. Tengamos propósito firme de adquirir vida robusta y de crecer con todo el vigor y salud que podamos. Declaremos que es innoble y fea cosa el vivir con media vida, y procuremos arrojar del alma todo resabio ascético. Ninguna falta nos hacen sufrimientos ni martirios que no vengan de la Naturaleza, por ley superior á nuestra voluntad. Lo primero que tiene que hacer el alma remozada es penetrarse bien de la necesidad de evitar á su cuerpo los enflaquecimientos y desmayos producidos por ayunos voluntarios ó forzosos. Detestamos el frío y la desnudez; anhelamos el bienestar, el cómodo arreglo de todas nuestras horas, así las de faena como las de descanso. Creemos que la pobreza es un mal y una injusticia, y la combatiremos dentro de la estricta ley del "tuyo y mío.„ Trabajaremos metódicamente con el despabilado pensamiento, ó con las manos hábiles, atentos siempre á que esta pacienzuda labor nos lleve á poseer cuanto es necesario para una vida modesta y feliz, con todo lo que la sostiene y vigoriza, con todo lo que la recrea y embellece. Opongamos briosamente este propósito al furor de los ministros de la muer-

te nacional, y declaremos que no nos matarán aunque descarguen sobre nuestras cabezas los más fieros golpes; que no nos acabará tampoco el desprecio asfixiante; que no habrá malicia que nos inutilice, ni rayo que nos parta. De todas las especies de muerte que traiga contra nosotros el amojamado esperpento de las viejas rutinas, resucitaremos.

El pesimismo que la España caduca nos predica para prepararnos á un deshonroso morir, ha generalizado una idea falsa. La catástrofe del 98 sugiere á muchos la idéa de un inmenso bajón de la raza y de su energía. No hay tal bajón ni cosa que lo valga. Mirando un poco hacia lo pasado, veremos que, con catástrofe ó sin ella, los últimos cincuenta años del siglo anterior marcan un progreso de incalculable significación, progreso puramente espiritual, escondido en la vaguedad de las costumbres. Después del 54 y del 68, consumadas las revoluciones que sólo alteraban la superficie de las cosas, el sér doméstico, digámoslo así, de nuestra raza pobre y ociosa, sin trabajo interior ni política internacional, se caracterizaba por la delegación de toda vitalidad en manos del Estado. El Estado hacía y deshacía la existencia general. La sociedad descansaba en él para el sostenimiento de su consistencia orgánica, y el individuo le pedía la nutrición, el hogar, la luz y hasta la leña. Las clases más ilustradas reclamaban y obtenían el socorro del sueldo. Había

dos noblezas, la de los pergaminos y la de los expedientes, y los puestos más altos de la burocracia se asimilaban á la grandeza de España. Un socialismo bastardo ponía en manos del Estado la distribución de la sopa y garbanzos del pobre, de los manjares trufados del rico. Al olor de aquella sopa y de los buenos guisos, acudía la juventud dorada, la plateada y la de cobre... Pues de entonces acá, en el lento correr de los días de la Revolución de Septiembre, del reinado de don Amadeo, de la efímera República, de la Restauración y Regencia, se ha determinado una transformación radical, que ya vieron los despabilados, y ahora empiezan á ver los ciegos. Va siendo ya general la idea de que se puede vivir sin abonarse por medio de una credencial á los comederos del Estado; de éste se espera muy poco en el sentido de abrir caminos anchos y nuevos á los negocios, á la industria y á las artes. El país se ha mirado en el espejo de su conciencia, horrorizándose de verse compuesto de un rebaño de analfabetos conducido á la miseria por otro rebaño de abogados. Del Estado se espera cada día menos; cada día más del esfuerzo de las colectividades, de la perseverancia y agudeza del individuo. Detrás, ó más bien debajo de la vida enteca del Estado, alienta otra vida que remusga y crece, y adquiere savia en las capas internas. En cincuenta años, es incalculable el número de los que han aprendido á subsistir sin acercar sus labios á las que un tiem-

po fueron lozanas ubres y hoy cuelgan flácidas: los españoles han crecido; comen, ya no maman. Aceptamos al Estado como administrador de lo nuestro, como regulador de la vida de relación; ya no lo queremos como principio vital, ni como fondista y posadero, ni menos como nodriza. ¿No es esto un gran progreso, el mayor que puede imaginarse?

Debajo de esta corteza del mundo oficial, en la cual campan y camparán por mucho tiempo figuras de pura representación, quizás necesaria, y la comparsa vistosa de políticos profesionales, existe una capa viva, en ignición creciente, que es el sér de la Nación, realzado, con débil empuje todavía, por la virtud de sus propios intentos y ambiciones; vida inicial, rudimentaria, pero con un poder de crecimiento que pasma. Un día y otro la vemos tirar hacia arriba, dejando asomar por diferentes partes la variedad y hermosura de sus formas recién creadas. Entre estas formas podemos señalar las más próximas: el esfuerzo de la ciencia agrícola para sobreponerse á las prácticas rutinarias, la flamante industria en pequeñas y grandes manifestaciones, el arte que pretende acomodar las formas arcáicas al pensar amplio y al sentir generoso; señalamos también las más lejanas, que son la libre conciencia, el respeto, la disciplina, el orden mismo, la vieja espada que los tiempos pasados legan á los futuros. No quiera Dios que esta capa de formación nueva, en parte

somera, en parte profunda, suba por súbita erupción. Subirá por alzamientos parciales y consecutivos del terreno, sin sacudidas violentas, para sustituir al suelo polvoroso y resquebrajado en que tiene su secular asiento nuestro país.

Entre lo mucho que nos traen las nuevas formaciones de terreno, descuellan dos aspiraciones grandes, que han de ser las primeras que busquen la encarnación de la realidad. Necesitamos instrucción para nuestros entendimientos, y agua para nuestros campos. La superficie de esta porción de Europa que habitamos no es bella en todas sus partes, y es necesario que lo sea. Estimulan al amor las gracias y el sonrosado color de un rostro bello. No es fácil que amemos á una patria que nos muestra su cuerpo y semblante cubiertos de lacras lastimosas, y afeados por la sequedad y aspereza de la epidermis. Una nación europea no puede ofrecer á las miradas del mundo, en pleno siglo XX, el espectáculo de las estepas desnudas, que dan idea de la ancianidad trémula, pecosa y cubierta de harapos. Preciso es desencantar el viejo terruño, dándole, con las aguas corrientes, la frescura, amenidad y alegría de la juventud; preciso es vivificar la tierra, dándole sangre y alma, y vistiéndola de las naturales galas de la agricultura. No queremos nada que sea imagen del yermo solitario, ni tristeza y sequedad de calaveras mondas. En nombre del bienestar público y de la belleza, inunde-

mos las estepas áridas. No queremos fealdad en ninguna parte, sino hermosura que nos enamore de nuestros campos, para que en ellos podamos vivir y gozar de cuanto da la Naturaleza: lozanos plantíos, risueños bosques, deliciosas alquerías donde hallemos el ejercicio sano y la paz del alma. Un país reconcentrado en poblaciones obscuras y pestilentes, es un enfermo de congestión crónica. La vida se estanca, la sangre no circula, y el tedio urbano, grave dolencia, estimula todos los vicios.

Como el agua á los campos, es necesaria la educación á nuestros secos y endurecidos entendimientos. Han dicho que no deseamos instruirnos, puesto que no pedimos la instrucción con el ansia del hambriento que quiere pan. La instrucción no se pide de otro modo que por la voz, ó mejor, por los signos de la ignorancia. El ignorante es un niño, y el niño no pide más que el pecho si es chiquitín, ó los juguetes si grandecito. Aguardar, para la educación de la criatura, á que ésta diga "llévenme á la escuela, que tengo muchas ganas de ser sabio,„ es fiar nuestros planes á la infinita pachorra de la Eternidad. Si así lo hiciéramos, demostraríamos que los grandes somos tan cerriles como los pequeños.

Procuremos, grandes y chicos, instruirnos y civilizarnos, persiguiendo las tinieblas que el que menos y el que más lleva dentro de su caletre. El cerebro español necesita más que otro alguno de limpiones enérgicos

para que no quede huella de las negruras heredadas ó adquiridas en la infancia. Y al paso que nos instruímos, cuidémonos mucho de no ser presumidos ni envidiosos, que el orgullo y el desagrado del bien ajeno son dos feísimas excrescencias adheridas á nuestro sér, que piden un formidable esfuerzo para ser arrancadas y arrojadas al fuego como hierba dañosa. La presunción es cosa muy mala, peor todavía que el desprecio de nosotros mismos, cuando nos da por sostener que somos bárbaros incapaces de benignos sentimientos, de cultura y de vivir en paz unos con otros. Ni esto sirve para nada, ni menos el suponernos únicos poseedores de la verdad, y los más bonitos, los más agudos que en el mundo existen. El odioso remate de estos defectos es la pálida envidia, que nos priva del goce de admirar al que por su ingenio, por su perseverancia ó por otra virtud está más alto que nosotros. Seamos modestos, y aprendamos á no estirar la pierna de nuestras iniciativas más allá de lo que alcanza la sábana de nuestras facultades. Hagamos cada cual, dentro de la propia esfera, lo que sepamos y podamos: el que pueda mucho, mucho; poquito el que poquito pueda, y el que no pueda nada, ó casi nada, estése callado y circunspecto viendo la labor de los demás. Acostumbrémonos á rematar cumplidamente, con plena conciencia, todo lo que emprendamos; no dejemos á medias lo que reclama el acabamiento de todas sus partes para ser un con-

junto orgánico, lógico, eficaz, y conservémonos dentro de la esfera propia, aunque sea de las secundarias, sin intentar colarnos en las superiores, que ya tienen sus legítimos ocupantes. Cada cual en su puesto, cada cual en su obligación, con el propósito de cumplirla estrictamente, será la redención única y posible, poniendo sobre todo el anhelo, la convicción firme de un vivir honrado y dichoso, en perfecta concordia con el bienestar y la honradez de los demás.

¿Es esto soñar? ¡Desgraciado el pueblo que no tiene algún ensueño constitutivo y crónico, norma para la realidad, jalón plantado en las lejanías de su camino!

Noviembre de 1903.

RURA [1]

Volvamos á los campos, de donde salimos, para venir á embutirnos en las células de estas ciudades oprimidas, pestilentes, hospicios de la vanidad, talleres de una multitud de labores que acaban la vida antes de tiempo, y dan á la humanidad este sello de tristeza, señal de turbación, de clorosis y desequilibrio.

Sin renunciar á las luchas de la inteligencia, á las investigaciones científicas y á los afanes gloriosos de la industria y del arte, pongámonos en mejor terreno, en el terreno inicial, fecundo y primitivo, que es la sacra tierra, de donde todo sale y á donde todo ha de volver. La humanidad ha venido á ser excesivamente cerebral; la civilización no acaba de declararse satisfecha de sí propia ni orgullosa de sus conquistas: amarga sus horas el reverdecimiento de luchas que parecían extinguidas y de problemas que parecían resueltos; amárgala también la nostalgia de la tierra como elemental materia de trabajo. Un poderoso estímulo de atavismo despierta en ella el sentimiento de la

(1) Publicado en *El Progreso Agrícola* y *Pecuario*.

labranza; con pena y alegría combinadas, recuerda que el labrador es el primer civilizado, y reconoce que el mejor remedio del cansancio presente es volver al origen de las humanas tareas, buscando el reposo en las fatigas elementales para constituir sociedad y fundar la riqueza.

Seamos todos un poco *destripaterrones* y conciliemos la vida urbana con la vida agrícola, aspirando á la suprema síntesis, que ha de alegrar nuestra existencia, restaurando la higiene cerebral, atenuando nuestro neurosismo, y haciéndonos más fuertes y al propio tiempo más religiosos, más dueños de la Naturaleza y menos accesibles á la duda y al escepticismo.

¿Y cómo elogiaré yo ahora la vida campestre? Los que esto lean me agradecerán que antes que con el entendimiento lo haga con la memoria, de la cual me salen estos versos admirables del gran Lope:

¡Gracias, inmenso cielo,
á tu bondad divina!
No tanto por los bienes que me has dado,
pues todo aqueste suelo
y esta sierra vecina
cubren mis trigos, viñas y ganado,
ni por haber colmado
de casi blanco aceite
destas olivas bajas
á treinta y más tinajas,
donde nadan los quesos por deleite,
sin otras de henchir faltas

de olivas más ancianas y más altas;
no porque sus colmenas,
de nidos pequeñuelos
de tantas avecillas adornadas
de blanca miel rellenas,
que al reirse los cielos
convierten destas flores matizadas;
ni porque estén cargadas
de montes de oro en trigo
las eras que á las trojes
sin tempestad recoges,
de quien tú que lo das eres testigo,
y yo tu mayordomo,
que mientras más adquiero menos como;
no porque los lagares
con las azules uvas
rebosen por los bordes á la tierra,
ni porque tantos pares
de bien labradas cubas
puedan bastar á lo que Octubre encierra,
no porque aquella sierra
cubra el ganado mío
que allá parecen peñas,
ni porque con mis señas
bebiendo de manera agota el río,
que en el tiempo que bebe
á pie enjuto el pastor pasar se atreve.
Las gracias más colmadas
te doy porque me has dado
contento en el estado que me has puesto.
Parezco un hombre opuesto
al cortesano triste
por honras y ambiciones,
que de tantas pasiones

el corazón y el pensamiento viste,
porque yo sin cuidado
de honor, con mis iguales vivo honrado.
Nací en aquesta aldea,
dos leguas de la corte,
y no he visto la corte en sesenta años,
ni plega á Dios la vea,
aunque el vivir me importe
por casos de fortuna tan extraños.
Estos mismos castaños,
que nacieron conmigo,
no he pasado en mi vida,
porque si la comida
y la casa, del hombre dulce abrigo,
á donde nace tiene,
¿qué busca, á dónde va, de dónde viene?
Ríome del soldado
que como si tuviese
mil piernas y mil brazos, va á perdellos,
y el otro desdichado,
que como si no hubiese
bastante tierra, asiendo los cabellos
á la fortuna, y dellos
colgado el pensamiento,
los libres mares ara,
y aun en el mar no para,
que presume también beber el viento.
¡Ay, Dios! ¡Qué gran locura
buscar el hombre incierta sepultura!

El labrador feliz que en la comedia *El villano en su rincón* enaltece con hermosos versos la paz campestre, señala como enemigos de ésta la guerra, la política y el comer-

cio, y en general detesta las ambiciones, sin considerar que también el labrador ambiciona, y por eso siembra, y que las diversas ambiciones humanas dan valor y empleo á la energía del agricultor. Si hoy viviera, reconocería el buen villano la compatibilidad del cultivo de la tierra con todas las artes, con el comercio aventurero, con la política y aun con la guerra, y dirigiría sus cargos lastimosos contra la calamidad que ahora llaman absenteísmo, y consiste en que todo villano con suerte abandone su rincón apacible para venirse á holgar en las ciudades, criando á los hijos para paseantes en corte ó para *funcionarios* de postiza ilustración, engrosando así la muchedumbre parasitaria que devora el cuerpo social.

El siglo que ya hemos de llamar *pasado* (y trabajo nos cuesta llamarlo así) nos ofrece, junto á evidentes progresos, fenómenos y casos de contracivilización. El más notorio es el creciente desmedro social de la raza labradora, y el rebajamiento del tipo del hombre de campo. *Los caballeros del verde gabán* han venido muy á menos, bien porque los hijos les han salido poetas medianos, bien porque han menospreciado la labranza para dedicarse á *carreras facultativas*, á caciques, á diputados, de los de oficio, ó á otros menesteres incompatibles con el cultivo, ó más bien culto de la tierra. Ha ido ésta pasando de manos fuertes á manos débiles en el sentido social; el labrador rico no acierta á formar dinastía; los grandes pro-

pietarios, herederos de tierras ó compradores de las desamortizadas, huyen de ellas, entregándolas á la rutina y á la sordidez de arrendatarios que esquilman lo existente sin crear cosa alguna, ni mejorar lo que no les pertenece.

El labrador se ha declarado plebeyo sin redención posible y pobre de solemnidad. Vamos á la perdición si no impulsamos en el siglo que empieza la magna obra de ennoblecer al labrador, de armarle caballero, de hacerle rico y sabio para que constituya la primera y más poderosa de las clases sociales. Señales hay en estos tiempos de que los venideros marcarán esa dirección en los destinos de España; y si así fuere, los que empalmen el siglo XX con el XXI verán entre otras maravillas el prodigio de la Civilización Bucólica, la agricultura presidiendo todas las artes, el villano engrandecido, las ciudades estacionadas á las orillas de los campos, los palacios entre mieses, la humanidad menos triste que ahora, la tierra engalanada, cubierta de toda hermosura, más joven cuanto más arada, más linda cuanto menos virgen.

Madrid, Enero de 1901.

¿MÁS PACIENCIA...? [1]

La vida española, congestiva en las ciudades, anémica en el campo, necesita ponderación y equilibrio, reparto fisiológico de toda su savia y de todo su calor. Sólo así podrá formarse una nación robusta y saludable, capaz de afrontar el estudio y aun la solución de los ingentes problemas que el malestar humano ha planteado en este siglo. La labor de la tierra, fundamento de los bienes que de la Naturaleza hemos de obtener, clave de la riqueza privada y pública, nos ofrece sus elementos repartidos sin proporción entre el campo y las ciudades: en éstas viven las enseñanzas agrícolas, el conocimiento técnico de máquinas y métodos de cultivo, la burocracia que regula y á veces enmaraña las relaciones entre el Estado y los labradores; en el campo encontramos la fuerza elemental, la rutina, la ignorancia, luchando en desigual contienda con los obstáculos naturales, á los que se agregan las maldades del caciquismo y de la usura. Gigantes son los que así luchan en plena atmósfera de bar-

(1) Publicado en *El Progreso Agrícola y Pecuario.*

barie. ¡Heróico martirio que merece glorificación!

Los frutos de la tierra, de esa madraza que no acaba nunca de amamantar al hombre, se distribuyen también sin ninguna equidad. A las ciudades vienen las saneadas rentas que permiten al terrateniente urbanizado gustar todos los beneficios de la civilización y los innumerables placeres de la vida social, los progresos de la ciencia, los encantos del arte y los mil entretenimientos frívolos, caprichosos, que trae consigo la cultura opulenta. En el campo se queda el trabajo penoso, abrumador, y con él la miseria, el hambre y la desnudez, la ignorancia, que algunos llaman barbarie faltando al respeto que merecen las clases inferiores de la Nación, las cuales, por ser alma y sangre nuestra, tienen derecho, por lo menos, á que las saquemos de ese estado anfibio, medianero entre animales y personas.

De aquel ascetismo que nos vienen predicando como ideal de vida desde el siglo XVI, la España de las ciudades no ha tomado para sí más que algunos formulismos sermonarios, sin valor en la vida real, y abandonando al polvo de las bibliotecas la literatura mazacote en que se nos predicaba un sistema de vida que más bien lo es de muerte, ha relegado á la sociedad campesina el verdadero y efectivo ascetismo, condenándola á pobreza desesperante y á la privación de todos los goces. El español ci-

vilizado ó urbanizado no quiere que le hablen de tal ascetismo. Cuando más, lo considera como un bromazo que el llamado *siglo de oro* quiere dar á estos nuevos siglos, forjados de materias menos preciosas; pero lo aplica cruelmente al pobre español rural, dejándole sólo en la esclavitud de la tierra, en la faena dura que empieza cuando acaba, como los castigos del infierno pagano. Y para que el rural no desmaye, su hermano de las ciudades no cesa de recomendarle con hipócrita unción la práctica sistemática de las virtudes cristianas, genuinamente españolas: la paciencia y la sobriedad.

¡Paciencia, sobriedad! Pero ¿hasta cuándo, señores...? ¿No bastan cuatro siglos de virtudes, aunque éstas, por culpa de los *super-hispanos*, sean desconsoladora mezcolanza de santidad y salvajismo? El régimen español de vivir mal en la Tierra por querencias del Cielo, se sostiene y preconiza en el campo como ley religiosa y social, mientras que en las ciudades se le sustituye por el buen vivir y el gusto creciente de las comodidades. Los *infra-hispanos*, tristes, agobiados, vuelven sus ojos á los que participamos en mayor ó menor grado del humano bienestar, y nos dicen:—Caballeros: ya, de tanto ascetismo, hemos ganado el cielo de la razón y de la verdad. Muy santa y muy buena es la paciencia que por encargo vuestro, y como remuneración de estas tareas, hemos almacenado en nuestras almas; pero el tesoro va mermando de día

en día, y no está lejano el de su total acabamiento. Si queréis para la vida española un florecimiento integral, espléndido, reconoced en nuestra obra el más noble de los oficios, fundamento de todo bienestar y primer impulso de las fuerzas nacionales. No veáis en el cultivo de la tierra un castigo, ni en nosotros la condición de galeotes irredimibles. Sed justos, siquiera benignos, en el goce de los frutos que anualmente sacamos de la tierra. Que los fueros de la obra dura, incansable, no sean inferiores á los de la propiedad descansada. No pongáis entre las ciudades y el campo distancia ideal tan grande que parezcan regiones de distintos planetas. Aproximad, por la recíproca simpatía y por la constante atención, lo que hoy está distante por causa de nuestra rudeza y de vuestro absenteísmo. Seamos nosotros un poco civilizados y vosotros un poco campesinos. Venid acá y traednos toda la ciencia que en libros ó en viajes aprendísteis, y enseñadnos lo que ignoramos, rompiendo con paciente educación la corteza de nuestra rutina. Traed al campo á vuestros hijos, para curarlos de las caquexias hereditarias y del raquitismo contraído en las ciudades, y llevad á los nuestros allá para educarlos á la moderna. Y á nosotros, que por culpa vuestra conservamos las inteligencias endurecidas, enseñadnos á leer y escribir, aunque sea menester abrir á golpes las puertas y ventanas de nuestros cerrados entendimientos. Igualadnos á vos-

otros todo lo posible. Pasad la piedra pómez por las asperezas de nuestra barbarie; pasadla también por vuestra petulancia y vuestro orgullo, fundado en un poquito de saber y en otro poquito de empacho de tantos goces y divertimientos. Transformad el campo, dándole amenidad, frescura, placidez virgiliana; hacedlo habitable por la seguridad y accesible por las comunicaciones. Si estas voces que al *super-hispano* dirige el *infra-hispano* fuesen desoídas ó menospreciadas, y siguiérais negándonos la educación y aplicando á nuestra miseria las seculares recetas de paciencia y sobriedad, tened en cuenta que así como evolucionan las ideas y los intereses en la eterna rotación de la voluntad humana, evolucionan también las virtudes, y sin quererlo ni pensarlo, nuestras almas se desnudarán de la mansedumbre para vestirse de la severidad; abominaremos del sufrimiento, y ambiciosos de la dicha humana correremos á buscarla y adquirirla allí donde se encuentre. ¿No queréis traernos al campo los beneficios de las ciudades? Pues nosotros llevaremos á las ciudades las inclemencias de estos yermos, representadas en la tempestad de nuestros corazones, ansiosos de justicia. Inteligencias incultas y manos bárbaras os devolverán la lección ascética: contra paciencia, acción; contra miseria, bienestar.

Madrid, Enero de 1904.

LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS [1]

La idea de este periódico ha tomado cuerpo con inopinada rapidez, seguro indicio de la necesidad de su existencia. Ha sido uno de esos estímulos de la vida intelectual que, por su extraordinario poder expansivo, pasan velozmente de la intención de todos á la voluntad de muchos, y de ésta á la ejecución realizada por unos cuantos. Con más ó menos presuroso nacimiento, ello es que ya vive *La República de las Letras*, y dispuesta la vemos á cumplir el ideal programa que trajo de aquella colectiva intención á que debe su origen. Naturalmente, como nacida de un intenso deseo juvenil, ni aun pasando por manos maduras y por temperamentos enfriados ya de la edad, pierde su inicial naturaleza de aventura un tanto temeraria; no se despoja del carácter inherente á toda obra más inspirada que reflexiva, y trae consigo la dulce imprevisión, el entusiasmo de corazón ardiente y vendados ojos, y la confianza en las propias fuerzas. Adelante, hija; ya estás en el mundo de los vivos; agárrate bien á la existencia, y pre-

(1) Artículo inicial de *La República de las Letras*.

cura aumentar tu vigor á cada paso que dieres; fortalécete con la actividad, la paciencia, la tolerancia; ten las potencias del alma bien despiertas y vigilantes, y no mueras mientras dure en tu patria la vital atmósfera de arte y letras que hoy, por fortuna, respiramos.

Esta humilde *República* de los que no gobiernan, ni legislan, ni ponen su mano desinteresada en el mecanismo político y económico de la nación, no viene á mover guerra entre los espíritus, sino paces; no es movida de la rabia de destrucción, sino del generoso anhelo de que algo se construya; no pretende cerrar horizontes, sino ensancharlos, para que todas las hechuras del pensamiento y de la fantasía puedan llegar á los términos distantes de la publicidad. Quiere este periódico agrandar el territorio de la literatura receptiva, de la mansa República de lectores. Ya que no nos sea posible disminuir la cifra desconsoladora de analfabetos, aumentemos la de los que, poseyendo el don de lectura, no leen; la de los que leyendo no entienden, y la de los entendedores ociosos que no han adquirido la curiosidad y el gusto de las sensaciones inefables encerradas en el negro arcano de las letras de molde.

Buscamos lectores, los perseguimos y los sacaremos de donde quiera que estén metidos, para traerlos al conocimiento y goce de todos los ingenios, deparando á los jóvenes mayor difusión de sus trabajos, y á los iné-

ditos y obscuros la claridad á que tienen derecho. Para esto, *La República de las Letras* ofrece al público español no sólo la suma grande de frutos del ingenio que aquí se producen, sino también una recopilación fácilmente asimilable del saber y del imaginar de otras naciones, recogiendo el caudal de las Revistas extranjeras para difundirlo entre nuestros lectores. Así, el aristocratismo de las publicaciones costosas quedará desvinculado y vulgarizado, entrando en el acervo democrático de los conocimientos. Si todo lector tiene derecho á un público más ó menos crecido, según su mérito y constancia, todo lector tiene derecho al pan intelectual, sabroso para los que aman la belleza, nutritivo para los enamorados de la verdad.

Se dirá que la Prensa diaria y sus poderosos rotativos realizan cumplidamente esta misión civilizadora. Así es: gracias á esa fuerza, elevada á su mayor poder en nuestros días, ha podido España aproximarse al corro de las familias europeas. Pero la gran Prensa tiene bastante con la inmensa obra de condensar la opinión en las materias de necesidad primaria, como son el vivir político y económico de la Nación. Subalterna es hoy para ella, no sin motivo, la vida literaria y artística. Pero mientras llega ocasión de establecer en la Prensa diaria el necesario equilibrio entre todas las manifestaciones de la inteligencia, adquiriendo la Literatura y las Artes lugar y crédito mayores

del que hoy tienen, demos á lo nuestro, á este germinar del pensamiento y la fantasía, toda la representación que merece; condensemos su fuerza; reunamos y agrupemos los cerebros que en ello trabajan para que se vea toda su riqueza y variedad; establezcamos, no frente á la selva de la Prensa diaria, sino á su lado, un vivero humilde donde se críen y fomenten innumerables inteligencias, que irán á la conquista del público, así en el campo del Libro como en el del Periódico.

Si esta institución inocente y desinteresada proclama como su primer dogma la paz entre los *Repúblicos de las Letras*, no por eso proscribe la libre expresión del pensamiento, sin más limitaciones que las que imponen el mutuo respeto y la buena crianza. La cofradía de tantos espíritus, con una sola tribuna en que hablar á las muchedumbres, ha de dar más campo á la variedad que á la unidad. Hemos de ver criterios diferentes y contradicciones palmarias. ¿Pero quién puede asustarse de la contradicción en estas alturas tempestuosas en que nos hallamos? ¿Quién será el guapo que nos traiga una dogmática, inmutable unidad de formas estéticas, y que al traerla nos la robustezca con el ejemplo, dándonos un magno símbolo de belleza, ante el cual ningún artista contemporáneo deje de prosternarse con admiración y acatamiento? ¿Quién atajará las disputas, quién hallará el remedio de las contradicciones y la clave de la uni-

dad, cuando nos hallamos en la mayor ebullición de ideas y principios que han visto los tiempos?... Reconozcamos en nuestra edad más vibración de nervios desmandados que impulso persistente de caudal sanguíneo. Nos hallamos en la turbación y demencia que preceden á las grandes transformaciones del vivir humano, no por cierto en lo tocante al artificio político, que es cosa bien superficial y subalterna, sino á lo más esencial, á lo que más vivamente interesa á los cuerpos y las almas, al comer y al pensar, al sentir y al poseer.

¿Quién extrañará que esta inquietud precursora de movimientos grandes se manifieste en el reino del arte, sometido al gobierno de la imaginación, que ya es por sí revoltosa y quimerista? Nuestra *República* no excluirá, pues, sistemáticamente las contradicciones, por las cuales más vendrá sobre ella vida que muerte. Confía en ser asistida y alimentada por la muchedumbre de ingenios, y anhela que éstos traígan en sus variadas manifestaciones la honrada sinceridad y el entusiasmo. Tanto hielo tenemos por desdicha en la España contemporánea, que sería locura condenar el choque de ideas, padre del calor y abuelo de la fuerza.

Madrid, Mayo de 1903.

INDICE

	Páginas.
Paco Navarro	5
La Reina Isabel	17
La casa de Shakespeare	35
Pereda	59
Cuarenta leguas por Cantabria	73
Leopoldo Alas (Clarín)	119
Ferreras	137
Don Ramón de la Cruz y su época	141
Niñerias	227
Soñemos, alma, soñemos	237
Rura	247
¿Más paciencia...?	253
La República de las Letras	259

TRADUCCIONES

En inglés:

Doña Perfecta, a tale of modern Spain. Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

Idem. Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1885.

Idem. New-York, 1884.

Idem. Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1885.

Gloria. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

Idem. Traducción de Nathan Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Strand, W. C., 1879.

León Roch. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1888.

Marianela. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1883.

Idem. Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. C. Mac-Clurg and Company, 1892.

Trafalgar. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.

Zaragoza. Traducción de Minna Caroline Smith. Boston, Little, Brown and Company, 1899.

La batalla de los Arapiles. Traducción de Rollo Ogden. Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1895.

En francés:

Doña Perfecta. Traducción de L. Lugol. París, Giraud, 1885.

Idem id. id. París, Hachette.

La campaña del Maestrazgo (Le Roman de Sœur Marcela). Traducción de L. de L***. Paris, Calmann-Levy, Editeurs, 3, rue Auber.

Marianela. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie des publications à 50 centimes, 54, rue de la Montagne-Sainte-Geneviève.

Idem. Traducción de A. Germond de Lavigne. Paris, Librairie Hachette et C^ie^, 79, Boulevard Saint-Germain, 1884.

El amigo Manso. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie Hachette et C^ie^, 79, Boulevard Saint-Germain, 1888.

Misericordia. Traducción de Maurice Bixio. Paris, Librairie Hachette, 1900.

En alemán:

Doña Perfecta. Dos tomos, traducción

de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.

Electra. Traducción de Rudolf Beer. Wiener Verlag, 1901.

Idem. Traducción de Rodolfo Beer, arreglada para la escena alemana por Ricardo Fellner. Berlín, 1901.

Gloria. Traducción del Dr. Augusto Hartmann. Berlín, Verlag von L. Schleiermacher, 1880.

El amigo Manso (Freund Manso). Traducción de E. von Buddenbrock. Berlín, Verlag von Karl Siegesmund, 1894.

Trafalgar. Traducción de Hans Parlow. Dresde y Leipzig, Verlag von Carl Reitzner, 1896.

Marianela. Traducción de E. Plücher. Breslau, Auterhaltungsblatt, 1888.

En sueco:

Doña Perfecta. Traducción de K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglunuds Förlag.

León Roch. Traducción de A. P. de la Cruz Frölich. Kjöpenhaun (Copenhague). Forlag. Andr. Schous, 1881.

Torquemada en la hoguera (Torquemada paa baalet). Traducción de Johanne Alleu. Cristianía y Copenhague, Forlag A. Christianseus, 1898.

En italiano:

Nazarín (Sicut-Christus). Traducción de Guido Rubetti y José Leon Pagano. Firenze, G. Nerbini.

Gloria. Traducción de Italo Argenti. Firenze, R. Bemporad & Figlio, 1901.

Marianela. Traducción de G. Demichelis. Bologna, Tipografia Pont. Mareggiani, via Volturno, 3, 1880.

La Fontana de Oro. Traducción de Denuchelis. Milán, Fratelli Treves, 1890.

Doña Perfecta. Traducción de Cunes. Milán, Fratelli Treves, 1897.

En holandés:

Doña Perfecta. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

Electra. Leiden, A. H. Adriani, 1901.

En portugués:

Electra. Traducción de Ramalho Ortigao. Oporto, librería Chardron, de Lello & Irmao, editores, 1901.

En dinamarqués:

Fru Perfecta. Traducción de Gigas. Copenhague, Priors, 1895.

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales obscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and Introduction, by *F. A. Kirkpatrick. University Press:* Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes:* Boston, 1905.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh:* Boston and London, Ginn and Co, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridley Bunnell. American Brook Company:* New-York, 1902.

El Abuelo (en prensa): New-York.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

L.S.
P4387me
98880
Author Pérez Galdós, Benito
Title Memorande